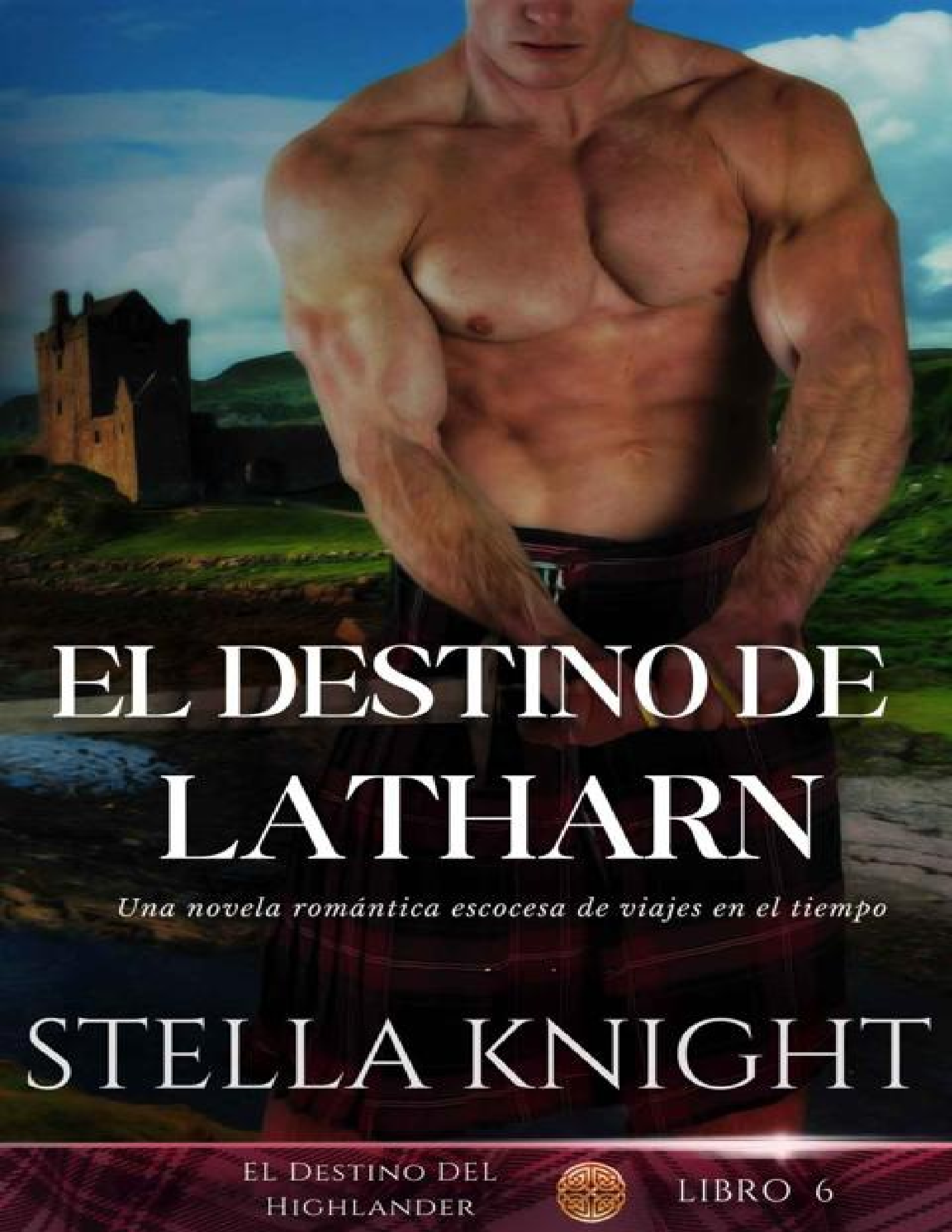


A muscular man with a fair complexion and intense gaze stands in the foreground, wearing a dark red kilt. He is positioned in front of a scenic Scottish landscape featuring a large stone castle on a hill under a blue sky with scattered clouds. The overall tone is dramatic and romantic.

EL DESTINO DE LATHARN

Una novela romántica escocesa de viajes en el tiempo

STELLA KNIGHT

EL DESTINO DEL
HIGHLANDER



LIBRO 6

EL DESTINO DE LATHARN

EL DESTINO DEL HIGHLANDER

LIBRO SEIS



STELLA KNIGHT

Derechos de autor © 2025 por Stella Knight

Todos los derechos reservados.

Este libro o cualquier parte del mismo no puede ser reproducido, ni almacenado en un sistema de recuperación, ni transmitido de ninguna forma ni por ningún medio, ya sea electrónico, mecánico, fotocopiado, grabado o de otra manera, sin el permiso expreso por escrito del editor.

Esta es una obra de ficción. Los nombres, personajes, organizaciones, lugares, eventos e incidentes son productos de la imaginación del autor o se utilizan de manera ficticia.

ÍNDICE

[Capítulo 1](#)

[Capítulo 2](#)

[Capítulo 3](#)

[Capítulo 4](#)

[Capítulo 5](#)

[Capítulo 6](#)

[Capítulo 7](#)

[Capítulo 8](#)

[Capítulo 9](#)

[Capítulo 10](#)

[Capítulo 11](#)

[Capítulo 12](#)

[Capítulo 13](#)

[Capítulo 14](#)

[Capítulo 15](#)

[Capítulo 16](#)

[Capítulo 17](#)

[Capítulo 18](#)

[Capítulo 19](#)

[Capítulo 20](#)

[Capítulo 21](#)

[Capítulo 22](#)

[Capítulo 23](#)

[Capítulo 24](#)

[Capítulo 25](#)

[Capítulo 26](#)

[Capítulo 27](#)

[Epílogo](#)

[El amor de Gawen](#)

[Postfacio](#)

[También De Stella Knight](#)

[Sobre La Autora](#)

CAPÍTULO 1



Actualidad
Tairseach
Highlands, Escocia

Una ligera brisa tiraba de la capa de Evelyn mientras se acercaba a la antigua aldea de Tairseach. Exhaló profundamente mientras contemplaba sus ruinas; la hierba crecida, un castillo decrepito en la distancia, los restos desmoronados de viejas casas con techos de paja.

Para cualquier otra persona, Tairseach parecería simplemente una vieja aldea en ruinas, una víctima del largo paso del tiempo. Pero Evelyn sabía que no era así. Tairseach no era solo una aldea antigua cualquiera. Era un portal a través del tiempo.

Podía recordar con claridad nítida la primera vez que había venido aquí años atrás con su madre, cuando aún era una adolescente. En aquel entonces, todavía estaba aturrida por la incredulidad y la ira ante la loca historia que su madre le había contado. Sin embargo, tan pronto como llegaron a Tairseach, sintió que había algo diferente en el lugar... algo que no podía explicar.

Y cuando realizó su primer viaje a través del tiempo, sus sospechas se confirmaron.

Evelyn se acercó más a la antigua aldea, levantando las faldas de su vestido del siglo XIV mientras avanzaba. Había ocultado su vestido bajo una gran capa, agradecida de que fuera finales de invierno y no pareciera demasiado sospechoso. Se detuvo, ajustando la cofia que había colocado sobre su largo cabello rojo antes de continuar. La primera vez que se había puesto un vestido medieval y una cofia se había sentido ridícula. Pero ahora la ropa se sentía tan natural como un par de vaqueros y una cómoda camiseta.

Tenía sentido que se sintiera tan cómoda con ropa del pasado... porque ella misma había nacido en el pasado. Había nacido en el siglo XIV con el nombre gaélico de Eibhlin Aingealag O'Brolchan. Su madre era una viajera del tiempo nacida en el siglo XXI, y su padre un noble de las Tierras Altas del siglo XIV.

Su madre le había soltado esta bomba cuando tenía dieciséis años. Incluso hoy, una década después, podía recordar cada detalle de ese momento: el fuego crepitando en la chimenea, la taza de té caliente temblando en las manos de su madre, el suéter carmesí intenso que llevaba su madre, el repiqueteo de la lluvia en las ventanas de la sala de estar, la voz baja pero desesperada de su madre y la tensión en sus finas y elegantes facciones.

—Tu padre lleva mucho tiempo muerto, Evie —había susurrado su madre—. Porque nació en el pasado, cuando lo conocí. En el año 1360.

Evelyn había reaccionado con incredulidad y rabia, sin hablar con su madre durante semanas

después. Pero su madre estaba diciendo la verdad; había viajado al pasado por accidente después de perderse durante una excursión en solitario por las Tierras Altas y tropezar con Tairseach. Había conocido, se había casado y se había enamorado de su alma gemela en el pasado, solo para regresar al presente después de su trágica muerte con su bebé en brazos, modernizando el nombre de Eibhlin a Evelyn Angelica O'Brolchan.

Fue solo después de que su madre la llevara a Tairseach y viajaran juntas al pasado que Evelyn aceptó completamente su historia. La culpa le oprimió el pecho al recordar su ira inicial, pero su madre la había perdonado.

—Yo tampoco me habría creído —había insistido su madre.

Fue con la bendición de su madre que había viajado al pasado por su cuenta, pero solo cuando alcanzó la edad adulta. Había realizado su segundo viaje al pasado mientras estaba en la universidad y se había quedado casi un mes antes de regresar con su aliviada madre.

Este era su tercer viaje al pasado. Su madre, su único verdadero anclaje al presente, había muerto en un accidente de coche hacía varios años. Fue su pérdida lo que impulsó a Evelyn a regresar al pasado, para llevar a cabo algo que anhelaba hacer una vez que supo las circunstancias de la muerte de su padre.

La determinación aceleró su paso mientras entraba en Tairseach. Había dejado su coche de alquiler a poco más de un kilómetro y caminado el resto del camino hasta aquí. La última vez que había venido, había tomado un taxi desde el pueblo más cercano, pero las preguntas indagadoras sobre por qué quería que la dejaran aquí se habían vuelto cada vez más difíciles de responder. Las personas que no podían viajar en el tiempo no podían ver Tairseach; parecía como si estuviera pidiendo que la dejaran en un valle remoto en medio de las Tierras Altas. Incluso había temido que el último taxista se negara a dejarla, advirtiéndole que hacía peligrosamente frío aquí por la noche y que podría no ser capaz de encontrar el camino de vuelta. Evelyn había tenido que suplicarle prácticamente que la dejara aquí.

Se enderezó mientras escudriñaba la aldea, pronto encontrando lo que buscaba. Un pequeño vórtice de viento en la base de una cabaña en ruinas, perturbando la hierba que la rodeaba. El viento, había notado, aparecía en un lugar diferente cada vez que viajaba. Parecía ser la fuente del poder —la magia— que lanzaba a los viajeros a través del tiempo.

Tragando saliva, se movió hacia el vórtice de viento. Cerró los ojos, evocando cada detalle que podía recordar sobre las ruinas del Castillo MacUisdean y cómo debía haber lucido en su apogeo: sus relucientes muros de piedra, el patio bullendo de actividad, carros tirados por caballos entrando y saliendo por sus enormes puertas principales.

Pero sobre todo, pensó en su verdadero propósito al regresar al pasado: vengar a su difunto padre. Su determinación creció, y continuó avanzando, hasta que una familiar oscuridad arremolinada la reclamó, y el mundo a su alrededor desapareció.



1391

Highlands, Escocia

CUANDO EL MUNDO se enderezó alrededor de Evelyn, ella respiró hondo, agarrándose el estómago revuelto. Pensaba que ya se había acostumbrado a las secuelas de viajar en el tiempo, que era como saltar de una montaña rusa a alta velocidad en su punto más alto. Pero seguía sintiéndose tan mareada y temblorosa como la primera vez que había viajado al pasado con su

madre, quien le había sujetado el pelo mientras vomitaba.

Una vez que su estómago se calmó, Evelyn levantó la mirada, sintiendo como el alivio la invadía. *Esto era*. Había realizado varios viajes de reconocimiento a esta área en su propia época, decidida a llegar al lugar correcto.

En la actualidad, esta zona era solo un extenso valle lleno de hierba crecida, con las ruinas desgarradas del Castillo MacUisdean en la distancia.

Ahora, un camino de tierra serpenteaba por el valle, y el castillo que se alzaba en la distancia no era una ruina. Se erguía alto e imponente, hecho de piedra gris y torres almenadas, pareciendo en todo sentido un castillo medieval vivo y respirando.

Este era el lugar donde sus padres se habían conocido y casado. Donde habían venido para muchas fiestas y reuniones como parte del Clan MacUisdean. Durante sus viajes anteriores al pasado, no se había permitido venir aquí, sabiendo que le dolería ver el lugar donde su padre había muerto.

Ignorando la punzada de dolor y rabia que la atravesó al pensar en el asesinato de su padre, Evelyn ajustó su vestido y se enderezó, repasando mentalmente su plan antes de continuar.

Su corazón aceleró su ritmo mientras se acercaba al castillo y al bullicio que yacía más allá de sus puertas: carros tirados por caballos entrando y saliendo del patio, sirvientes cargando sacos de grano al interior, mozos de cuadra llevando caballos a los establos.

Durante sus viajes anteriores al pasado, había evitado interactuar con la gente, aunque había aprendido la forma de hablar de esta época con tutores de idiomas a lo largo de los años, y su acento moderno era ahora apenas detectable. Esperaba que fuera suficiente para pasar desapercibida, ya que tenía la intención no solo de interactuar, sino de vivir entre la gente de esta época como una sirvienta del castillo.

Evelyn se acercó a las puertas abiertas del castillo, siguiendo a un carro tirado por caballos y a un puñado de sirvientes que llevaban sacos de lo que supuso eran granos o harina. Vio a dos guardias junto a la puerta y se tensó, esperando parecer una joven sirvienta con su sencillo vestido de lana marrón y cofia de lino blanco. Incluso se había preocupado por hacer algunos agujeros en el vestido para que pareciera gastado y auténtico.

Afortunadamente, había suficiente tráfico entrante al patio como para poder seguir a los otros sirvientes más allá de las puertas sin llamar mucho la atención. Miró alrededor, viendo más sacos de grano que descansaban cerca de una de las entradas del castillo. Necesitaba mezclarse lo antes posible si su plan iba a funcionar.

Acelerando el paso, se dirigió a uno de los sacos y lo levantó, llevándolo hacia una de las entradas del castillo. Una vez dentro, tendría que improvisar para encontrar las cocinas o las bodegas para dejarlo.

—¿Adónde vas, muchacha?

Evelyn se congeló, volviéndose para enfrentar a un hombre delgado y pelirrojo que se acercaba a ella con el ceño fruncido.

—Llevo este grano a las cocinas —dijo, bajando la cabeza.

—Pues te diriges a las bodegas —dijo el hombre con una mueca—. Las cocinas están por esa entrada —continuó, girándose para señalar otra entrada.

—Mis disculpas —dijo ella, manteniendo la mirada fija en el suelo.

El hombre solo gruñó y pasó junto a ella para entrar. Aliviada de haber sobrevivido a su primer encuentro, aunque breve, se giró y se dirigió a la entrada que el hombre le había indicado.

Dos jóvenes sirvientas entraron delante de ella, y las siguió, esperando que se dirigieran a las cocinas.

—Deoridh se fugó con el hijo del mayordomo; probablemente ya estén lejos en los Países Bajos —decía una de las sirvientas, una mujer menuda y rubia, a su compañera en voz baja—. ¿Puedes creerlo?

—No sé qué ve en Deoridh; es una vaca —respondió la otra sirvienta con un resoplido.

—Una vaca que abre las piernas —dijo la sirvienta rubia, con una risita baja—. El hijo del mayordomo no es el primero con el que se ha acostado en el castillo.

Las mujeres se rieron mientras el corazón de Evelyn se aceleraba. Esto era perfecto. Si pudiera tomar el lugar de esta Deoridh, sería más fácil obtener un puesto como sirvienta aquí.

Siguió a las dos sirvientas chismosas hasta las amplias cocinas, llenas de aún más sirvientes que iban y venían: atendiendo los fuegos de los hornos, cortando verduras, clasificando y almacenando granos, fregando los mostradores de madera y los suelos de piedra.

—¡Por aquí! —gritó un hombre calvo y robusto desde la esquina, haciéndole gestos para que se acercara con el grano. Levantó una ceja, tomando el saco de ella.

—Traer el grano suele ser tarea de Tulach —dijo, mirándola con curiosidad—. ¿Te he visto antes?

—Deoridh arregló que yo tomara su lugar, —dijo Evelyn, pensando rápidamente.

Pero el hombre ya la estaba ignorando, centrando su atención en el saco y su contenido.

—¿Dijiste que estás reemplazando a Deoridh?

Evelyn se giró. Una mujer que parecía tener unos cincuenta años, con el pelo oscuro encanecido y ojos oscuros severos, estaba detrás de ella, mirándola con el ceño fruncido.

—Sí —dijo Evelyn—. Ella dijo que podía tomar su...

—No me interesan los detalles —dijo la mujer, con un gesto desdenoso de su mano—. Soy Floraidh, la criada jefe de las cocinas. Puedes tomar su cama en los aposentos de los sirvientes. El pago se entrega cada día después del anochecer; puedes ver al mayordomo por eso, solo dile que estás tomando el lugar de Deoridh. Ahora ponte a trabajar, muchacha; la ayudante de cocina necesita ayuda para amasar la masa de cebada para el pan.

Floraidh se movió para ladrar órdenes a otra criada de cocina. El alivio floreció dentro de ella; eso había ido más suave de lo que podría haber esperado.

Se dirigió hacia la ayudante de cocina, una mujer de aspecto agobiado que le hizo un gesto hacia un grueso montón de masa en el mostrador. Evelyn se puso a trabajar, apenas teniendo tiempo para asimilar el hecho de que estaba en las cocinas de un castillo medieval, ya que le asignaron una variedad de tareas: desde ayudar a una joven criada a fregar los mostradores con jabón de lejía, asistir a las ayudantes de cocina cortando verduras y clasificando granos en ollas hirviendo, hasta girar manualmente un pollo asándose en un espetón sobre el fuego del horno.

Para cuando terminó su jornada laboral, el agotamiento se había filtrado en sus huesos. Siguió a las otras sirvientas hasta sus aposentos, que era un sótano iluminado tenuemente con luz de velas y lleno de colchones de paja.

Mientras se acomodaba en la cama que Floraidh le había indicado, la enormidad de la tarea que tenía por delante se asentó, y sintió los primeros indicios de duda. Respiró hondo, repitiéndose las palabras que se había dicho a sí misma en los días, las semanas, los meses antes de viajar a esta época.

Voy a matar al hombre que asesinó a mi padre.

Este no siempre había sido su plan. Cuando se enteró por primera vez de las circunstancias de la muerte de su padre biológico y la realidad de los viajes en el tiempo, había fantaseado con cambiar el pasado, con volver en el tiempo para advertirle a él y a su madre.

—Quería hacer eso, Evelyn. Desesperadamente —le había dicho su madre, con sus ojos color

avellana llenos de angustia—. Pero el stiuireadh me dijo que algunas cosas no se pueden cambiar: la muerte de tu padre era una de ellas. Era algo que, en sus palabras, el tiempo tenía destinado a suceder. Me advirtieron que si intentaba cambiar lo que le pasó a él, podría haber consecuencias negativas para ti y todo tipo de peligrosos efectos en cadena. Y la única persona que amo más que a tu padre eres tú. No podía arriesgarme. Por mucho que me haya roto el corazón, he aceptado que lo que sucedió siempre estuvo destinado a ocurrir.

Evelyn cerró los ojos ante el recuerdo, con lágrimas ardiendo en sus ojos. Aún así, obstinadamente había ido a ver a un stiuireadh, una de las brujas druidas que ayudaban a guiar a los viajeros a través del tiempo, solo para que le dijeran lo mismo.

Había decidido que, aunque no pudiera cambiar la muerte de su padre, podría vengarlo. Su vida en el presente había estado dedicada a regresar a la época en la que había nacido. Había estudiado historia medieval en la universidad, tomado clases de equitación y tiro con arco, incluso lecciones de esgrima y entrenamiento de combate en caso de que alguna vez necesitara empuñar una espada.

Las amistades y relaciones habían quedado en segundo plano debido a sus intenciones; incluso su madre le había instado a vivir su vida en el presente. Pero un ardiente deseo de volver a esta época había impulsado a Evelyn, para hacer las cosas bien, vengando a su padre y a su madre afligida por el dolor.

Su mano se deslizó hacia el bolsillo que había cosido en su vestido interior, aliviada de encontrar la bolsa de cicuta seca que había sellado allí. Dejó a un lado su duda y se repitió su juramento.

Vengaré a mis padres. El Laird Steaphan MacUisdean pagará por lo que ha hecho.

CAPÍTULO 2



Cuando el caballo de Latharn se detuvo frente a la pequeña cabaña de techo de paja en el límite de las tierras de los MacUisdean, encontró a tres personas alineadas afuera esperándolo. Su agarre se tensó en las riendas y una repentina oleada de ansiedad surgió en su estómago.

Como antiguo sirviente, era extraño tener gente esperándolo. Pero así sería su vida una vez que reclamara su título como señor del Castillo MacUisdean y jefe del Clan MacUisdean.

Recientemente había descubierto que los padres que lo habían criado no eran sus verdaderos padres; ellos habían sido sirvientes de sus padres biológicos, el señor y jefe Seoras MacUisdean y la dama Beitris MacUisdean. Su tío paterno Steaphan había matado y traicionado a su padre, y su madre murió años después mientras estaba encarcelada. Su madre adoptiva le había contado todo esto en su lecho de muerte, diciéndole que sus dos primos Padraig y Neacal estaban en conflicto por quién tomaría el liderazgo del clan, que era su derecho de nacimiento.

Desmontó mientras uno de los hombres, alto y de hombros anchos, se acercaba para tomar su caballo, haciéndole un respetuoso gesto con la cabeza. Otro hombre, de cabello castaño con mechones grises y cálidos ojos marrones, dio un paso adelante para saludarlo.

—Señor y Jefe Latharn MacUisdean —dijo el hombre, haciéndole una respetuosa reverencia—. Soy Gormal; he sido yo quien ha estado en correspondencia con usted.

—Gormal —dijo Latharn, dándole una amplia sonrisa, aunque se sentía desconcertado por el hecho de que Gormal ya se refiriera a él como señor y jefe.

Gormal había servido una vez como asesor cercano de su padre. Había huido de las tierras de los MacUisdean después de su asesinato y había tomado trabajo como mayordomo en la mansión de un noble en las tierras vecinas del Clan Creagach. Había conocido a los padres adoptivos de Latharn y era una de las pocas personas que sabían que estaba vivo. Su tío había matado a sus hermanos mayores, y se suponía que Latharn, que era solo un bebé, había muerto, pero su madre biológica había logrado sacarlo a escondidas del castillo.

Latharn se había puesto en contacto con Gormal por carta después de enterarse de su verdadera identidad; Gormal había arreglado alojarlo en secreto en las afueras de las tierras de los MacUisdean mientras se preparaba para reunir hombres de su lado.

—Muchos de nosotros nunca perdimos la esperanza de que usted volviera a reclamar su derecho de nacimiento —decía Gormal ahora—. Bienvenido a casa, mi señor.

Latharn tuvo que contenerse para no corregir a Gormal, recordándose que el título era su derecho de nacimiento, el título que había venido a reclamar.

—Se lo agradezco —dijo Latharn con voz ronca.

—Este es Horas, servirá como su guardia hasta que tenga más hombres de su lado —dijo Gormal, señalando al hombre que había tomado su caballo.

Latharn se quedó quieto de sorpresa cuando Horas dio un paso adelante, desenvainando su espada y arrodillándose ante él, dándole una mirada solemne.

—Así como su padre tuvo mi espada, usted la tendrá —prometió Horas.

Latharn solo le dio un asentimiento, inseguro de cómo responder a tal lealtad.

—Y esta joven muchacha es Aoife, servirá como su doncella personal hasta que esté de vuelta en el castillo donde pertenece —dijo Gormal, señalando a una tímida joven de cabello color paja que se mantenía cerca de la entrada de la cabaña.

Latharn casi quiso decirle a Gormal que no necesitaba una doncella personal, pero se contuvo. Pronto tendría un séquito de sirvientes; era algo más a lo que tendría que acostumbrarse.

—No es mucho —dijo Gormal disculpándose, mientras escoltaba a Latharn dentro de la cabaña—. Tuve que renunciar a mi hogar más fino una vez que su padre fue derrocado; mi familia y yo vivíamos aquí antes. Mi esposa y yo ahora vivimos en la antigua casa de nuestro hijo adulto; él se mudó a Edimburgo. Mis pequeños ya han crecido, pero he conservado esta cabaña para su uso cuando vienen a las Highlands.

Latharn lo observó todo. Consistía en una gran habitación principal con un hogar y un área para comer, otras dos puertas que conducían a pequeños dormitorios y una ventana con postigos.

—Es más que suficiente —dijo Latharn, desestimando su disculpa. Le aliviaba estar alojado en un hogar sencillo; era a lo que estaba acostumbrado. Había crecido en una cabaña que no se veía muy diferente a esta.

—No es lo que usted merece como nuestro verdadero señor —replicó Gormal, con un feroz ceño fruncido—. Haré todo lo que pueda para ayudarlo; tiene mi palabra. Un hombre de confianza ha tomado mi puesto mientras trabajo con usted para recuperar sus títulos. Sus padres, tanto los de nacimiento como los que lo adoptaron, eran buenas personas. Es un honor ayudar a su hijo a reclamar su derecho de nacimiento.

Gormal le dio otra mirada reverencial; Latharn se obligó a mantener su mirada. ¿Se acostumbraría alguna vez a tal lealtad sin reservas, la misma lealtad que él había mostrado al hombre al que había servido, Artair Dalaigh, durante sus años como sirviente? Sabía por lo que su madre le había contado que su padre biológico era un buen hombre: un fuerte guerrero, admirado y reverenciado. ¿Cómo podía esperar seguir a un hombre así? ¿A un hombre que nunca había conocido?

Lo harás, se dijo a sí mismo. *Debes hacerlo*. Necesitaba dejar de lado sus dudas y actuar como un líder, aunque aún no se sintiera como uno. Era lo que necesitaba hacer si esperaba que los hombres lo siguieran.

—Se lo agradezco —repitió, deseando tener algo más profundo que decir—. Una vez que me instale, necesitaré hablar con...

—Ya me he encargado de eso —interrumpió Gormal—. Tan pronto como recibí su carta, comencé a planear. Había contienda sobre cuál de los hijos de Steaphan se convertiría en señor; muchos en el clan murmuran sobre la crueldad de Padraig. Temía que hubiera una batalla por ello. Pero el señorío fue para Padraig, el hijo mayor, a pesar de su falta de honor. He mantenido oculta su llegada; Padraig no sabe que usted está aquí, y me aseguraré de que siga siendo así hasta que esté listo para luchar contra él por sus títulos. Un noble del clan llamado Baigh, que aún es leal a su padre, lo visitará aquí mañana. También he arreglado que un par de sirvientes que conozco en el castillo espíen en su nombre. Ah, tenemos mucho que hacer, mi señor. Pero por ahora, le insto a que descanse. Aoife ya ha preparado su cama y le hará una comida —dijo Gormal—. Y Señor MacUisdean —continuó, con la voz temblorosa por la emoción—, es bueno

tenerlo de vuelta en casa.

Latharn se sintió abrumado por este aluvión de información, pero simplemente le dio un educado asentimiento. Gormal lo dejó solo después de hacerle otra reverencia, y Aoife comenzó a moverse silenciosamente por la pequeña área de cocina para prepararle una comida.

Resistiendo el impulso de ayudarla, Latharn se acercó a la ventana, abriendo los postigos para contemplar las tierras que eran suyas por derecho de nacimiento: vastos valles ligeramente mordidos por la escarcha, una línea de bosques en el horizonte, montañas cubiertas de nieve en la distancia.

Si tenía éxito, gobernaría estas tierras y a la gente que vivía aquí. El Castillo MacUisdean sería suyo. Una vez más, la duda le oprimió el pecho. Había mucho que necesitaba aprender sobre las complejidades del liderazgo. Había observado a su laird Artair Dalaigh dirigir su mansión y a la gente que trabajaba para él. Había aprendido a luchar bajo la tutela de Artair y luego con el clan MacGreggor. Pero no era suficiente saber cómo luchar, haber observado a un buen líder. ¿Cómo podría aprender a ser un laird y jefe cuando solo había conocido la vida como un sirviente que seguía a otros?

Pensó en la familia que siempre había conocido: sus padres adoptivos, que lo habían amado tan ferozmente como si fuera de su propia sangre, y sus cuatro hermanos menores: Crisdean, Iain, Anabal y Sineag. Era más cercano a su hermano menor Crisdean; solo a Crisdean le había revelado su verdadero nombre y lo que pretendía hacer. Le había hecho jurar que no se lo diría a sus hermanos todavía. Latharn sabía que todos ellos, incluso sus dos hermanas, querían luchar en su nombre. Pero ahora tenían sus propias vidas, y no permitiría que ninguno de ellos sufriera daño por su causa.

Latharn bajó la mirada, agarrando el broche dorado en plata que había prendido a su túnica.

—Pertenece a tu padre biológico —le había dicho su madre adoptiva cuando se lo dio—. Un regalo de su padre, y del padre de este antes que él. Tu madre biológica quería que te lo diera cuando fuera el momento adecuado.

Acarició el delicado diseño de filigrana del broche, deseando poder recordar algo sobre sus padres biológicos o los hermanos que habían muerto. Su madre le había dado todos los detalles que pudo: a sus padres les gustaba reír juntos, estaban profundamente enamorados a pesar de que su matrimonio había sido arreglado. Su padre había sido formidable pero querido; su madre se aseguraba de que los sirvientes del castillo estuvieran bien atendidos, especialmente durante los duros inviernos de las Tierras Altas. Sus hermanos, que aún eran muchachos cuando Steaphan los hizo asesinar, habían sido excelentes cazadores y jóvenes joviales que disfrutaban haciendo sonreír a sus padres con sus bromas.

Pero escuchar sobre esos detalles no se comparaba con haberlos conocido él mismo. La rabia pulsaba dentro de él; si tan solo siempre hubiera sabido quién era realmente. Si tan solo hubiera podido vengar adecuadamente a sus padres y matar a Steaphan MacUisdean antes de que muriera por causas naturales y vejez, en lugar de pasar sus años en servidumbre.

Puedes vengarlos reclamando los títulos que te otorgaron, se dijo a sí mismo. Aún puedes enorgullecerlos.

Volvió su mirada a las tierras que se extendían más allá de la cabaña. La tarea que tenía por delante era desalentadora, pero tendría éxito. No había otra opción.

Tendría éxito en reclamar su derecho de nacimiento o moriría en el intento.

CAPÍTULO 3



Evelyn sentía dolor en la espalda mientras fregaba los mostradores de madera, luchando por mantener los ojos abiertos. Le había llevado horas conciliar el sueño; tres de las doncellas habían estado chismorreando toda la noche, y la paja de su jergón se le había clavado dolorosamente en la piel. Por un momento, había fantaseado con su mullido colchón tamaño king del siglo XXI, acompañado de un edredón esponjoso y una almohada.

Pero había apartado ese pensamiento. Su madre, como si presintiera que algún día Evelyn viajaría sola al pasado, la había llevado de joven a muchas acampadas y había fomentado su atletismo natural. Evelyn había pasado innumerables noches sobre la dura tierra en incómodos sacos de dormir. Dormir en un jergón duro era algo a lo que podía acostumbrarse, y ya había observado cómo era la vida en esta época.

Durante su primer viaje en solitario al pasado, había pasado un par de semanas en el año 1382, absorbiendo los entresijos del siglo XIV, alojándose en una posada donde le había dicho al posadero curioso —y suspicaz— que estaba esperando a su marido. Intentar localizar a la familia de su padre estaba fuera de toda cuestión; su madre le había dicho que nunca habían aprobado que se casara con una sassenach y se habían negado incluso a reconocer su matrimonio.

Había observado la vida cotidiana con asombro: campesinos atendiendo sus granjas, mercaderes pregonando sus mercancías en los mercados, el extraño timbre de sus acentos. Había absorbido todo lo que pudo sobre la época, sabiendo que algún día volvería. Aunque sabía que estaba mucho mejor en su propia época —más sana y mejor educada—, no podía evitar preguntarse cómo habría sido su vida en este tiempo. ¿Estaría ya casada y con hijos propios? ¿Sería la señora de un manor si su padre no hubiera sido asesinado? ¿En qué pasaría sus días?

Evelyn hizo una pausa en el fregado, se secó la frente y obligó a sus pensamientos a volver al presente. Solo necesitaba llegar hasta el bastardo que había matado a su padre, Steaphen MacUisdean, y asegurarse de entregarle personalmente una comida rociada con la cicuta que había traído. Después de decirle quién era ella y verlo sucumbir al veneno, podría volver a su propia época, segura de haber destruido al hombre que había destruido a sus padres.

Una vez que los mostradores brillaron, dejó caer el trapo en un pequeño cubo, echando una mirada disimulada a su alrededor. Necesitaba averiguar dónde estaba él en el castillo y conocer su horario. Nadie había hablado del laird desde que ella había llegado; tendría que hacer que alguien hablara. Necesitaba, admitió a regañadientes, hacer amigos. Preferiblemente con una de las doncellas chismosas que de vez en cuando se pasaban por las cocinas.

Como si fuera una señal, una de esas doncellas, una menuda morena llamada Aimil, entró en las cocinas con el rostro encendido de emoción. Aimil se acercó a una de las criadas de cocina, una mujer de cara agria llamada Marsail, que estaba cortando y preparando un montón de

verduras para un guiso.

—He oído a dos de los mozos de cuadra hablando —le dijo Aimil a Marsail en un susurro.

Evelyn se arrodilló para fregar el suelo, con las orejas bien abiertas.

—¿Ah, sí? —preguntó Marsail, sin parecer remotamente interesada.

—Sí. Decían que el hijo del laird Seoras MacUisdean ha vuelto... y que se está quedando en algún lugar de las tierras de los MacUisdean.

—Todos los hijos del antiguo laird están muertos —respondió Marsail, aún con tono aburrido—. Llevan años muertos. Todo el mundo lo sabe.

—No es así. Dicen que el hijo menor, Latharn MacUisdean —continuó Aimil, bajando aún más la voz susurrada—, fue sacado a escondidas cuando era un bebé. El laird Steaphan pensó que el bebé estaba muerto; nunca supo que el muchacho estaba vivo y se fue a la tumba creyéndolo así. Pero de alguna manera, Latharn vivió... y ahora ha vuelto para reclamar su título al laird Padraig.

Marsail resopló.

—Tus chismes solían ser al menos verídicos, Aimil. No es posible que...

—Las dos necesitan volver a sus tareas —interrumpió Floraidh—. Hay suficiente trabajo por hacer sin vuestros chismorreos.

Aimil salió corriendo de las cocinas y Marsail reanudó su tarea de cortar, pero Evelyn se había quedado inmóvil, con el corazón latiendo tan fuerte que por un momento ridículo se preguntó si los demás podían oírlo.

Dos revelaciones en menos de cinco minutos. Steaphan MacUisdean estaba muerto; su hijo Padraig había asumido el mando. Latharn MacUisdean, su sobrino y legítimo heredero, estaba vivo.

Había intentado encontrar registros sobre Steaphan MacUisdean durante este período, pero no había encontrado nada, y había venido aquí con la esperanza de que aún estuviera vivo. Pensó que sentiría más pesar, más frustración por el hecho de que ya estuviera muerto. Pero el alivio la invadió.

En el fondo, no creía ser capaz de envenenar a alguien, aunque ese alguien se lo mereciera. La vergüenza le revolvió las entrañas; nunca le había dicho a su madre que planeaba matar a Steaphan MacUisdean. Solo podía imaginar la decepción de su madre si lo hubiera sabido. Pero saber que ya estaba muerto en esta época le quitó un peso de encima.

Sus pensamientos se desviaron hacia Latharn MacUisdean. Su nombre había aparecido muchas veces en las historias de su madre sobre el pasado. Sus padres habían sido amigos de los padres de Latharn; su padre había muerto en el mismo golpe que finalmente mató a los padres de Latharn y obligó a su madre a volver al presente.

Su madre le había dicho que Latharn, que entonces era solo un bebé, había muerto junto con sus hermanos mayores durante el golpe. Si las palabras de Aimil eran ciertas y Latharn estaba vivo y había vuelto...

—¿Qué les pasa hoy a mis sirvientes? —espetó Floraidh, sacando a Evelyn de sus pensamientos desordenados—. ¿Por qué estás ahí sentada como una tonta, Eibhlin? Ven aquí y ayuda a preparar el guiso.

Evelyn obedeció, con la mente aún trabajando a toda velocidad. Mientras se ocupaba de sus tareas, recordó la tristeza y la ira en la voz de su madre cuando había hablado de la traición de Seoras MacUisdean. Si Latharn había venido a las tierras de los MacUisdean, solo podía estar aquí para reclamar su derecho de nacimiento. Dado que Steaphan MacUisdean ya estaba muerto, quizás podría vengar a su padre de una manera diferente: quitando al hijo de Steaphan del poder

y ayudando a Latharn a tomar su legítimo lugar como laird y jefe del clan.

Ayudó a una de las cocineras a clasificar cebada seca en varias ollas hirviendo para cocinar, con las manos temblándole mientras trabajaba. Necesitaba obtener más información de Aimil. Como doncella, solo podía adivinar que Aimil pasaba la mayor parte de su tiempo en los pisos superiores. Evelyn no quería arriesgarse a esperar hasta la noche cuando los otros sirvientes estuvieran cerca. Necesitaba encontrar a Aimil a solas y interrogarla.

Pero ¿cómo? Miró a su alrededor y notó a un sirviente luchando con un saco de grano, el mismo hombre que la había confrontado cuando llegó por primera vez al castillo. Tomando una respiración profunda, se acercó y lo ayudó a levantar el saco. Él frunció el ceño, pareciendo ofendido por su ayuda.

—Puedo manejarlo, muchacha —gruñó.

—Me parece que estás luchando con él —respondió ella. Señaló detrás de ella a los sirvientes ocupados—. Los demás están ocupados con sus tareas; a nadie le importa que una muchacha te esté ayudando. —Mientras él continuaba mirándola con el ceño fruncido, ella exhaló un suspiro—. Puedo hacer que parezca que estoy luchando y tú me estás ayudando, no al revés, si tu orgullo no te permite aceptar mi ayuda.

Los labios del hombre se crisparon, y Evelyn podría haber jurado que era una sonrisa, antes de que desapareciera de nuevo. Él asintió y le dio un gruñido de aceptación.

Juntos, se dirigieron fuera de las cocinas. Una vez que depositaron el saco de grano en el carro que esperaba en el patio, él murmuró su agradecimiento y se presentó como Tulach.

—Hay tres sacos más con los que podría usar ayuda —continuó, con una mirada avergonzada.

—Estoy encantada de ayudar —dijo Evelyn con una sonrisa, y esta vez, Tulach le devolvió abiertamente la sonrisa.

Mientras llevaban otro saco de grano, vio a dos hombres de hombros anchos salir del gran salón. Un séquito de sirvientes y nobles por igual los seguía. Casi dejó caer su mitad del saco. Eran nobles de alto rango o los hijos y herederos de Steaphan, Padraig y Neacal. Ambos tenían el pelo oscuro, con los mismos rasgos afilados y angulosos.

Uno de los hombres, el más alto de los dos, se dio la vuelta. Sus ojos se encontraron con los de ella, y se quedó paralizada. Sus ojos grises tormentosos eran duros mientras recorrían su cuerpo de arriba abajo de una manera que le puso la piel de gallina. Rápidamente apartó la mirada, continuando por el pasillo con Tulach.

Cuando ella y Tulach depositaron el segundo saco de grano en el carro que esperaba, él se volvió hacia ella con el ceño fruncido.

—Necesitas tener cuidado, muchacha —siseó Tulach.

—¿Q-qué?

—Sé que no era tu intención, pero no quieres llamar la atención de Padraig —dijo—. Eres una muchacha bonita. Eso es todo lo que diré.

Evelyn lo miró fijamente, sintiendo una lenta ira ardiente en sus entrañas. El significado de Tulach era claro. Sus palabras le dijeron todo lo que necesitaba saber sobre los hijos de Steaphan.

Su madre le había dicho que Seoras MacUisdean mostraba amabilidad a sus sirvientes; de ahí su lealtad hacia él. Los hijos de Steaphan debían haber aprendido tal comportamiento de algún lado: su padre. Su determinación de encontrar a Latharn se renovó.

No eres una mujer del siglo XXI. Eres una humilde sirvienta del siglo XIV, se recordó a sí misma, mientras Tulach continuaba mirándola fijamente.

—Me mantendré fuera de su camino —dijo, forzándose a parecer arrepentida, cuando en

realidad quería decirle que Padraig tendría suerte de seguir vivo si intentaba agredirla, dado el entrenamiento de lucha que había recibido en su época.

Tulach pareció satisfecho, y reanudaron sus tareas. Esta vez, ella mantuvo un ojo atento buscando a Aimil, viéndola durante su tercer viaje de las cocinas al patio.

—Hay un mensaje que necesito pasar a Aimil. De parte de Floraidh —le dijo Evelyn a Tulach, pensando rápidamente.

Evelyn se apresuró tras Aimil, siguiéndola hasta una cámara vacía. Aimil se dio la vuelta, gritando sorprendida al ver a Evelyn.

—¿Qué estás haciendo aquí? —exigió Aimil, presionando su mano contra su corazón—. Me has dado un susto. ¿No trabajas en las cocinas?

Evelyn tragó saliva y cerró la puerta detrás de ella. Se volvió para enfrentar a Aimil, decidiendo ir directamente al grano.

—Sí, lo hago. Estoy aquí porque necesito saber algo. Si Latharn MacUisdean está vivo y en las tierras de los MacUisdean... necesito que me digas dónde está.



EVELYN IBA SENTADA DETRÁS de Tulach mientras cabalgaban alejándose del castillo, frunciendo el ceño en la oscuridad del saco que él le había puesto sin ceremonias sobre la cabeza.

—¿Era necesario cubrirme la cabeza? —exigió.

—Sí —espetó él—. Ya es bastante malo que sepas sobre Latharn.

Evelyn apretó los dientes. Después de que le preguntara a Aimil sobre Latharn, insistiendo en que quería saberlo por curiosidad, Aimil la había llevado a la fuente del rumor: uno de los jóvenes mozos de cuadra, que estaba en una acalorada discusión con Tulach cuando se acercaron.

—No sé dónde escuchaste ese rumor —había respondido Tulach por el mozo de cuadra, lanzando una mirada fulminante al hombre más joven—. Latharn murió cuando era un bebé.

Ella había dejado los establos, derrotada y preguntándose si siquiera debería molestarse en quedarse en esta época, cuando Tulach la había acorralado momentos después.

—Necesito que me respondas con sinceridad —había dicho, mirándola de cerca—. No llegaste aquí al castillo por casualidad, ¿verdad?

Por un momento de pánico, se había preguntado si él sabía que era una viajera en el tiempo, pero rápidamente descartó la idea por improbable. Había decidido que tenía que arriesgarse; él podría ser la única pista para encontrar a Latharn.

Le había dicho quién era y la verdadera razón por la que estaba aquí (menos lo del viaje en el tiempo), y Tulach se había puesto pálido. La había acompañado a las cocinas sin decir una palabra, donde le había dicho a Floraidh que iban a hacer un recado en el pueblo. Una vez que estuvieron solos, le había echado un saco sobre la cabeza, ignorando sus protestas.

Ahora, apretó su agarre en la cintura de él, con el corazón retumbando en su pecho. ¿Tulach realmente la estaba llevando a ver a Latharn? ¿O se había equivocado al decirle a Tulach quién era su padre, y estaba caminando directamente hacia una trampa? Pero entonces recordó cómo Tulach la había advertido sobre Padraig, la sinceridad que brillaba en sus ojos. No, no creía que la estuviera engañando, aunque se había negado a decirle cómo conocía el paradero de Latharn.

El caballo pronto aminoró el paso, y le quitaron el saco de la cabeza. Vio que se acercaban a una cabaña con techo de paja. Un hombre alto y pelirrojo estaba de pie afuera; se puso rígido al verlos acercarse. Tulach se dio la vuelta para mirarla con severidad.

—Yo hablaré, muchacha.

Ella asintió en señal de acuerdo, tragando saliva mientras él la ayudaba a desmontar.

—Horas, esta es Eibhlin Aingealag O'Brolchan —dijo Tulach—. Hija del difunto noble del clan Tormod Ualan O'Brolchan y Ginnifer Robertson O'Brolchan. Eran buenos amigos de los padres de Latharn; Steaphan hizo que mataran a su padre. Se me acercó en el castillo; quiere ofrecer su ayuda a Latharn.

Pero Horas continuó estudiándola con sospecha.

—Aquí no hay nadie llamado Latharn. Murió junto con sus hermanos hace años —dijo Horas, después de un largo momento—. Ahora váyanse. Antes de que los obligue.

Tulach palideció, pero Evelyn se erizó, intuyendo que Horas mentía. Latharn estaba aquí, o en algún lugar cercano. Abrió la boca para responder, pero otra voz cortó el silencio. Una voz profunda y sexy con un distintivo acento de las Highlands.

—Está bien, Horas —dijo la voz—. Déjala entrar. Al menos escucharé lo que tiene que decir.

Su corazón dio un salto hasta su garganta. ¿Pertenecía esa voz a Latharn MacUisdean?

Horas la fulminó con la mirada, pero se hizo a un lado. Lanzándole una mirada fulminante propia, Evelyn entró en la cabaña, siguiendo a Tulach.

Un hombre alto de cabello oscuro estaba de pie frente a un hogar, calentándose las manos. Cuando se volvió para mirarla, se le cortó la respiración.

Era más alto que los otros dos hombres, con un cuerpo sólido y musculoso que se evidenciaba bajo la túnica oscura y los pantalones que llevaba. Su cabello era negro azabache y ondulado, sus ojos color whisky estaban encajados en un rostro apuesto de finas facciones, su mandíbula angular estaba salpicada de una sexy barba incipiente.

¿Este era Latharn MacUisdean, el bebé del que había hablado su madre? ¿El bebé que estaba muy vivo y se había convertido en el hombre más impresionantemente guapo que jamás había visto?

Latharn dio un paso adelante, arqueando una ceja curiosa mientras se acercaba a ella. Evelyn siempre era consciente de su estatura menuda, pero Latharn la hacía sentir positivamente minúscula: apenas le llegaba al centro de su amplio pecho.

Para su irritación, pudo sentir que su rostro se encendía, lo que sabía que la hacía lucir ridícula dado su cabello rojo fuego, algo por lo que su madre y sus amigos de la infancia se habían burlado sin cesar de ella, tanto que siempre hacía un esfuerzo consciente por *no* sonrojarse. Debía parecer un tomate azorado. Un tomate azorado y sudoroso con ropa de sirvienta apagada. ¿Por qué no se había molestado al menos en lavarse y cambiarse a ropa limpia antes de salir del castillo con Tulach?

Concéntrate Evelyn, se ordenó a sí misma. Esto no era una primera cita. Estaba aquí por un asunto serio.

—Soy Latharn MacUisdean —dijo el atractivo highlander, su voz un ronroneo bajo que la envolvió como terciopelo suave, y no pudo evitar el escalofrío de deleite que recorrió su espalda—. Y tú —continuó, su mirada deslizándose por su cuerpo de arriba a abajo, dejando un rastro ardiente de calor sobre su piel—, ¿quién eres?

CAPÍTULO 4



Latharn tuvo que esforzarse por concentrarse mientras la hermosa muchacha pelirroja lo miraba. Era una belleza impactante, desde su melena de cabello rojo fuego, hasta su sensual boca de capullo de rosa y sus orgullosos pómulos altos salpicados de pecas. Aunque era menuda, no carecía de curvas; su sencillo atuendo de sirvienta no ocultaba la seductora curva de sus caderas, ni la tentadora redondez de sus senos...

Se obligó a mirarla a los ojos; su rasgo más llamativo. Eran de un ámbar dorado, como si el sol hubiera cobrado vida. Trató de no quedarse mirando, intentó mantener una expresión neutral, aunque todos sus sentidos ahora vibraban de deseo.

—Me llamo Eibhlin Aingealag O'Brolchan —respondió la belleza—. Mi madre hablaba mucho de vuestra familia. Escuché a una criada chismorrear que podríais estar aquí, así que me arriesgué y vine con Tulach para encontrarlos. Quiero ayudarlos.

Había algo ligeramente diferente en su acento, algo que no podía ubicar. Dejó de lado su preocupación por su belleza —y su voz— cuando sus palabras se asentaron, y un destello de irritación surgió en su interior. Si ella se había enterado de que estaba aquí, también podrían hacerlo sus enemigos. Tendría que arreglar un nuevo alojamiento lo antes posible.

Se volvió hacia Tulach, quien pareció leer sus pensamientos y le hizo un gesto de asentimiento. Gormal le había presentado brevemente a Tulach el día anterior; le caía bien el hombre, parecía completamente digno de confianza.

—Es cierto. Creo que pudo haber sido otro de los espías de Gormal, uno de los mozos de cuadra que tiene la lengua suelta —dijo Tulach.

—Tendremos que sacarlo del castillo —dijo Horas, con expresión dura—. No podemos tener lenguas sueltas mientras estáis escondido. Gormal puede encontrarle un puesto en otro lugar.

Latharn asintió, volviendo a centrar su atención en Eibhlin.

—¿Queréis ayudarme? —preguntó—. ¿Por qué?

—Steaphan MacUisdean, vuestro tío y el hombre que mató a vuestros padres, también mató a mi padre —dijo ella, su voz endureciéndose por la ira—. Vine aquí para matarlo, solo para descubrir que ya está muerto. Pero puedo ayudar a vengar a mi padre de otra manera: quitando el poder a los hijos del traidor.

Detrás de él, Horas dejó escapar un resoplido escéptico, y Latharn le lanzó una mirada de advertencia. Sí, era una muchacha menuda, pero había una fuerza en ella, una ferocidad. Aún no sabía cómo podía ayudarlo; era una sirvienta. Necesitaba nobles de su lado: fuertes guerreros del clan. No muchachas distractoramente hermosas con ojos dorados.

—Os agradezco que hayáis venido aquí, muchacha —dijo finalmente—. Y admiro vuestro coraje. Pero ya tengo aliados.

Sus ojos se estrecharon, y ahí estaba esa ferocidad otra vez, ardiendo en sus ojos como una llama violenta.

—¿Cómo sabéis que no necesitaréis mi ayuda? —exigió.

—Sois una sirvienta y una muchacha —dijo él suavemente—. Mi plan es peligroso incluso para los hombres más fuertes. Lamento lo que le sucedió a vuestro padre, pero no permitiré que sufráis daño o muráis por mi causa.

Sus ojos relampaguearon, y ella dio un paso adelante. Su dulce aroma llenó sus fosas nasales: notas de agua de rosas y miel. Apartó la mirada de sus tentadores y sensuales labios para concentrarse en sus ojos ardientes.

—¿Y cómo sabéis que moriré o sufriré daño?

—Estoy seguro de que sois muy capaz —evadió Latharn, tratando de mantener su voz firme, de no mirar fijamente su boca invitadora—. Pero no puedo permitir que arriesguéis vuestra vida por mí.

—No estoy arriesgando mi vida por vos. Lo hago por mi padre... y por mi madre. Su muerte la destruyó, y nunca se recuperó —dijo ella, con angustia brillando en sus ojos—. Si no me permitís ayudaros... encontraré una forma de derrocar a Padraig por mi cuenta. Pero estáis cometiendo un error al no utilizarme.

Lanzándole una última mirada fulminante, se dispuso a marcharse, pero Latharn dio un paso adelante impulsivamente.

—Esperad.

Horas frunció el ceño, haciendo un imperceptible gesto negativo con la cabeza, mientras que las cejas de Tulach se elevaron con sorpresa. Latharn los ignoró a ambos.

—¿Qué haríais para ayudarme?

—Espiaría a los hermanos Padraig y Neacal. Puedo servir comidas en el gran salón para escuchar las conversaciones; la jefa de las criadas prefiere que las muchachas sirvan en el gran salón. Eso es algo que Tulach y vuestros mozos de cuadra no pueden hacer.

Sostuvo su mirada, con determinación brillando en las profundidades de sus ojos. Su oferta era tentadora; ahora mismo, los espías que tenían eran todos hombres. Y sabía por su tiempo como sirvienta que los banquetes en el gran salón eran donde tenían lugar muchas discusiones importantes, discusiones que podrían proporcionarle información muy necesaria sobre lo que Padraig estaba tramando.

—Tendréis que conocer a mi consejero, Gormal. Quiero que él sepa —y apruebe— la existencia de otro espía —dijo.

Los ojos de Eibhlin se llenaron de triunfo. Sonrió: una sonrisa amplia y luminosa que pareció iluminarla desde dentro y la hizo parecer aún más encantadora. Se obligó a desviar la mirada hacia Tulach.

—¿Podéis ambos escaparos del castillo mañana al mediodía? —preguntó.

—Sí —respondió Tulach.

—Tulach os escoltará hasta mí entonces —le dijo Latharn a Eibhlin.

Para su sorpresa, Eibhlin dio un paso adelante para tomarle la mano, mirándolo con intensa sinceridad. No estaba preparado para el tsunami de calor que lo invadió ante su contacto.

—No os arrepentiréis de esto, mi señor —dijo ella.

Soltó su mano y salió con Tulach. Latharn la vio marcharse mientras Horas se acercaba con un ceño preocupado.

—Gormal no estará contento con esto —dijo Horas—. Y, mi señor, lo digo con respeto; espero que estuviera pensando en términos de estrategia, y no con sus deseos, ya que la moza es

hermosa...

—No terminarás ese pensamiento, Horas —dijo Latharn bruscamente, mirándolo con furia.

Horas guardó silencio, ofreciéndole un brusco asentimiento antes de salir para reanudar su puesto afuera.

Una vez solo de nuevo, Latharn volvió a concentrarse en el hogar, estudiando las llamas danzantes del fuego. Eibhlin era hermosa, sí, pero esa no era la razón por la que había aceptado dejarla ayudar. En sus ojos, vio la misma determinación que ardía dentro de él para vengar a sus padres, para recuperar los títulos que le habían robado. Podía notar que su deseo de ayudar nacía puramente del amor por su padre fallecido; había visto el destello de dolor en sus ojos cuando lo mencionó. Era el mismo dolor que lo ensombrecía desde que se enteró de las circunstancias de la muerte de sus padres biológicos.

Ni Gormal, ni Horas, ni ninguno de los hombres que lucharían por él podrían entender tal dolor: ese pesar teñido de furia. En los pocos momentos que había hablado con ella, había visto esas emociones jugar en sus hermosos rasgos.

Y eran hermosos rasgos. Incluso ahora, su miembro se agitaba en sus calzones al recordar su belleza, ese cuerpo pecaminoso escondido bajo ese soso vestido de sirvienta.

Apretó los dientes y alejó sus pensamientos lujuriosos. No serviría de nada tener tales pensamientos, especialmente si ella iba a actuar como espía para él. No tenía tiempo para centrarse en sus deseos más básicos. Si tenía éxito, necesitaría casarse con la hija de un noble de clan bien conectado para solidificar su reclamo. Más tarde, después de casarse, podría tomar una amante si lo deseaba, pero no se centraría en nada —ni en nadie— más hasta que hubiera recuperado los títulos que le pertenecían.



AL MEDIODÍA DEL DÍA SIGUIENTE, Latharn caminaba ansiosamente en la sala de estar de la casa de Horas.

Gormal decidió trasladarlo a la casa de Horas después de enterarse de su encuentro con Eibhlin; era demasiado arriesgado que se quedara donde pudieran encontrarlo. Latharn no había querido incomodar a Horas usando su casa, pero Horas insistió en que él nunca estaba allí; no tenía esposa ni hijos, y quería que Latharn la usara.

Horas ahora estaba afuera, esperando la llegada de Tulach y Eibhlin, mientras Gormal estaba sentado a la mesa en el pequeño comedor, bebiendo un caldo caliente que Aoife había preparado. Gormal estaba ceñudo, aún furioso por saber que la lengua suelta de uno de sus espías había revelado que Latharn estaba vivo, y estaba molesto ante la perspectiva de que una moza trabajara para Latharn como espía. Fue solo por la insistencia de Latharn que aceptó al menos conocer a Eibhlin.

Latharn detuvo su ir y venir al oír el sonido de cascos de caballos acercándose. Se volvió para salir apresuradamente, seguido por Gormal.

Al ver a Eibhlin desmontando de su caballo, una oleada de calor lo recorrió. Aún llevaba un soso vestido de sirvienta, pero esta vez ninguna cofia cubría su cabello, y sus mechones color llama fluían sueltos alrededor de sus hombros.

A su lado, Gormal se quedó inmóvil por la sorpresa. Latharn lo miró, preguntándose la causa de su reacción. Gormal dio un paso adelante, mirando a Eibhlin con tanta intensidad que ella se movió incómoda bajo su escrutinio.

—Cuando Latharn me dijo quién era tu padre, no podía creerlo —dijo Gormal, negando con

la cabeza—. Pero tienes sus ojos distintivos. ¿Dónde has estado todos estos años? ¿Tu madre sigue viva?

Latharn notó un breve destello de incertidumbre en sus ojos antes de que hablara.

—Murió hace varios años. Mi madre huyó a las Tierras Bajas después de que mi padre muriera, temiendo por nuestras vidas. Tenía parientes que vivían en una granja allí y nos acogieron. Crecí allí y tomé trabajo como sirvienta para traer más monedas. Pero siempre supe que volvería aquí para vengar a mi padre.

—¿Qué hay de la familia de tu padre? ¿No querían acogerte?

—Nunca aprobaron que mi padre se casara con una Sassenach —respondió Eibhlin, torciendo la boca con amargura—. Y aunque mi madre no tuvo nada que ver con lo que hizo Steaphan, aunque lo lloró por el resto de su vida y nunca tomó otro marido, muchos de ellos la culparon por su muerte. Incluso si hubiéramos ido a ellos, nos habrían rechazado.

El dolor y la ira parpadearon en su hermoso rostro, y la simpatía lo invadió. Eibhlin había pasado por mucho en su vida, y todo por culpa de su tío.

Como si sintiera su simpatía, ella levantó la barbilla desafiante.

—No os lo cuento para obtener vuestra simpatía. Os lo cuento para que entendáis por qué quiero ayudar.

Antes de que Latharn pudiera responder, Gormal dio un paso adelante.

—Entiendo querer vengar a tu padre, pero elegí a los espías que tenemos en el castillo porque son hombres que pasan desapercibidos. Eres hermosa, y esos ojos son memorables.

Latharn miró con el ceño fruncido a Gormal, aunque en el fondo había tenido el mismo pensamiento. ¿Cómo podría algún hombre no fijarse en semejante belleza?

—No soy la única moza hermosa en el castillo —respondió ella—. Como mujer, puedo llegar a lugares a los que vuestros hombres no pueden. Puedo encargarme de las tareas de camarera y servir en el gran salón; el señor prefiere a las mozas como sirvientas allí. Y vos mismo lo dijisteis, Latharn. Soy una pequeña sirvienta. Nadie sospechará que estoy espiondo.

Sus ojos dorados estaban llenos de determinación, y el orgullo se hinchó en su pecho. Aunque sabía que los hombres del castillo se fijarían en ella —algo que le causaba una sorprendente cantidad de irritación—, ella tenía razón en que nadie sospecharía que era una espía. Parecía inofensiva. Una belleza pequeña e inofensiva. Pero por el propósito ardiente en sus ojos, sospechaba que era tan inofensiva como una araña venenosa.

—Creo que la moza dice la verdad —dijo Latharn, ofreciéndole una pequeña sonrisa.

—Muy bien —gruñó Gormal—. Pero te diré lo mismo que les he dicho a los otros espías. Aunque seas una moza, si te atrapan, no te ayudaremos. Los otros espías negarán conocerte.

Latharn quiso protestar, la inquietud enroscándose en su columna ante la idea de que Eibhlin fuera abandonada a su suerte si la descubrían.

Pero Eibhlin ni siquiera se inmutó.

—No esperaré otra cosa —dijo—. Haré lo que sea necesario para quitar del poder a los hijos del traidor. Cualquier cosa que pueda hacer para vengar a mi padre y honrar su memoria.

CAPÍTULO 5



Un tumulto de ansiedad y deseo se arremolinaba en el cuerpo de Evelyn mientras cabalgaba de vuelta al castillo con Tulach. Tenía que esforzarse por ocultar su atracción hacia Latharn. ¿Quién hubiera pensado que el bebé del que hablaba su madre crecería para convertirse en semejante... bueno, en un bombón? Había tenido que usar toda su fuerza de voluntad para no sonrojarse y tartamudear a su alrededor. Ese hombre la estaba volviendo loca: su profundo acento de las Highlands, esos ojos color whisky, su mandíbula definida, ese cuerpo musculoso...

Sacudió la cabeza como si quisiera deshacerse del recuerdo de él. Latharn tenía la tarea monumental de reclamar sus títulos, y ella era su espía. Tener pensamientos eróticos sobre él solo complicaría las cosas.

—¿Estás segura de que quieres hacer esto, muchacha? —preguntó Tulach, mientras se acercaban al castillo.

—Aye —respondió ella abruptamente, con la cara ardiendo, como si él pudiera de alguna manera adivinar que había estado fantaseando con Latharn.

Él se volvió, lanzándole una mirada que era mitad escepticismo, mitad admiración, y le dio un asentimiento.

—Tienes que entender, muchacha —dijo Tulach mientras desmontaban—. Lo que dijo Gormal era cierto. Si sospechan que eres una espía, no podremos protegerte.

—Lo sé —dijo ella, aunque su estómago se retorció al pensar en lo que le pasaría si la atrapaban. Se tranquilizó pensando que, si llegaba el caso, podría huir de vuelta a Tairseach si se encontraba en peligro. Pero rezaba para que no llegara a eso.

—Tulach, necesito que lleses estos barriles de vino a la bodega —dijo Floraidh tan pronto como entraron en las cocinas—. Eibhlin, ayuda a Marsail a preparar el estofado para el festín de esta noche.

Al mencionar un festín, las orejas de Evelyn se aguzaron. Necesitaba servir durante el festín de esta noche; sería su primera oportunidad real de espiar para Latharn.

La adrenalina la impulsó mientras trabajaba junto a Marsail picando una pila de verduras para el estofado de venado, su mente concentrada únicamente en el festín de esta noche y en cómo obtendría información útil. Por alguna razón, anhelaba el respeto de Latharn.

Antes de darse cuenta, había caído la noche. Floraidh hizo que las sirvientas que atenderían en el gran salón durante el festín se lavaran y se cambiaran a ropa limpia.

—El laird y los nobles no necesitan oleros mientras comen —dijo Floraidh sin rodeos, arrugando la nariz.

El corazón de Evelyn latía con fuerza contra su caja torácica mientras se lavaba y se cambiaba a un vestido limpio de sirvienta. Deoridh, la sirvienta cuyo lugar había ocupado, tenía

más o menos su talla; Floraidh le había dado la ropa de Deoridh para que la usara. Esperaba descubrir algo útil esta noche; el consejero de Latharn, Gormal, y su guardia Horas ya parecían pensar que su papel como espía era un error. Necesitaba demostrar que estaban equivocados.

—Lo siento por lo que te dije... sobre que Latharn estaba vivo —susurró Aimil.

Evelyn se giró, sorprendida. Aimil se cernía detrás de ella con una sonrisa de disculpa.

—No pasa nada —dijo Evelyn. Necesitaba asegurarse de parecer leal a Padraig—. No es asunto mío aunque estuviera vivo. Solo estoy feliz de tener un puesto aquí para servir al Laird MacUisdean.

—El próximo rumor que comparta será verídico —dijo Aimil con una sonrisa traviesa.

Se apresuraron a salir de sus aposentos cuando Floraidh les ordenó ponerse a trabajar; los nobles estaban llegando. Evelyn siguió a las otras sirvientas a las cocinas, donde uno de los ayudantes de cocina le entregó una bandeja de pan fresco que llevó al gran salón.

Evelyn ahogó un jadeo al entrar, asombrada por su grandeza. En su época, los grandes salones que había visto en los viejos castillos estaban húmedos y en ruinas, sin rastro de la vida que alguna vez los había habitado. Este gran salón era extenso y rebosaba de vida; varias docenas de nobles se sentaban en largas mesas de roble bajo un techo abovedado. La luz de las velas y las llamas de la chimenea iluminaban el salón con un resplandor romántico y brumoso. Finos tapices de lana decorados con escenas de la naturaleza cubrían las paredes, dando al gran salón una sensación acogedora. El tentador aroma del venado ahumado y las verduras asadas glaseadas con miel llegó a sus fosas nasales; no pudo evitar inspirar profundamente.

Por un momento, se permitió imaginar a sus padres sentados en una de las largas mesas, con las cabezas inclinadas mientras compartían una conversación privada. Su madre había hablado de las comidas en el gran salón con cariño. Al principio, encontraba estos festines abrumadores, pero a medida que se enamoraba de Tormod y los nobles comenzaban a aceptarla, había empezado a esperarlos con ansias.

Sonriendo al pensar en su madre, Evelyn dejó la bandeja de pan en una de las mesas y echó un vistazo discreto alrededor. En la mesa principal estaba sentado Padraig, con la cabeza inclinada mientras un hombre a su lado le hablaba en voz baja. En el extremo opuesto del salón estaba sentado Neacal. Neacal miraba alrededor del salón con expresión aburrida, bebiendo su cerveza distraídamente. ¿Por qué no estaba en la mesa principal con su hermano?

Mientras Evelyn entraba y salía del salón durante el resto del festín, dejando y retirando platos, hizo lo posible por escuchar fragmentos de conversación. Pero no estaba captando nada notable, y era difícil entender los acentos cerrados de algunos nobles.

Había empezado a rendirse en captar algo útil cuando escuchó un intrigante fragmento de conversación al pasar junto a la mesa principal.

—Debe hacerse pronto para asegurar tu reclamo —dijo el hombre al lado de Padraig.

—Lo sé —dijo Padraig secamente.

—Tu hermano no...

Evelyn tenía que seguir caminando para evitar sospechas, pero necesitaba saber más. ¿Qué debía hacerse pronto para asegurar el reclamo de Padraig? ¿No estaba ya asegurado su reclamo?

Cuando regresó a las cocinas para buscar una jarra fresca de cerveza, decidió ser audaz. Respiró hondo y volvió al gran salón, dirigiéndose a la mesa principal. Mantuvo la cabeza baja mientras rellenaba las copas de cerveza, escuchando atentamente la conversación.

—Y no debe haber duda —decía Padraig—, mi débil hermano no intentará nada, pero lo tengo en el castillo, bajo vigilancia, por si acaso. Y en cuanto a los otros que puedan intentar...

Evelyn soltó una maldición muy moderna cuando accidentalmente derramó cerveza sobre la

mesa. Para su horror, Padraig y los nobles sentados junto a él dejaron de hablar. Todas sus miradas se posaron en ella.

—L-lo siento, mi señor —dijo apresuradamente, limpiando la mesa con la esquina de su delantal.

—Mírame, muchacha —dijo Padraig, con voz cortante.

Con el miedo arremolinándose en su estómago, ella levantó la mirada hacia él. Él la miró fijamente por un largo momento, algo desconocido brillando en sus ojos grises.

—¿Qué dijiste? ¿Esa maldición que soltaste?

Evelyn parpadeó sorprendida. Y entonces recordó que la palabra malsonante que había usado —o al menos la forma moderna de la palabra— aún no existía en la Escocia medieval. ¿Decirle la palabra causaría algún tipo de extraño efecto mariposa? Si no estuviera tan aterrorizada en ese momento, se habría reído de la idea.

—D-dije "fuck", mi señor —tartamudeó. De todas las conversaciones que había imaginado tener en el siglo XIV, esta no era una de ellas.

Padraig levantó las cejas, con diversión bailando en sus ojos.

—No había escuchado esa maldición antes. Me gusta —dijo, sonriendo a los nobles a su lado—. ¿Dónde escuchaste tal palabra, muchacha?

—De un francés —dijo, pensando rápidamente.

Padraig y los hombres a su alrededor se rieron, con varios hombres burlándose de la obscenidad de los franceses. Evelyn rápidamente limpió la cerveza, esperando que esto fuera el final y pudiera escabullirse del salón sin ser notada. Pero cuando empezaba a darse la vuelta, la mano de Padraig se alzó para agarrarle el brazo.

—Ten cuidado de no derramar nada cerca de mí otra vez —espetó—. No me gusta la negligencia, muchacha.

Todo humor había desaparecido de su voz y su expresión; su rostro estaba completamente inexpresivo. Fue una transición aterradora, y Evelyn ahora entendía cómo debía usar el miedo para mantener su liderazgo.

—Sí, mi señor —murmuró.

Su mano se apretó en su brazo hasta que estuvo segura de que dejaría un moretón. Solo entonces la soltó. Evelyn le hizo una reverencia apresurada y salió del salón, con el miedo y el pavor corriendo por sus venas.

CAPÍTULO 6



—¿No escuchaste lo que planeaba hacer para asegurar su reclamo? —preguntó Gormal, por lo que parecía ser la millonésima vez.

Evelyn apretó los dientes. Era la tarde siguiente; ella y Tulach habían dejado el castillo para ver a Latharn con el pretexto de hacer un recado en la aldea. Les había contado lo que había escuchado en el banquete, decidiendo omitir que Padraig la había notado y su amenaza. No tenía duda de que se negarían a dejarla seguir espionando si supieran lo que había ocurrido. Y aunque el miedo aún corría por sus venas al recordar la expresión fría y cruel de Padraig y el moretón que le había dejado en el brazo, se negaba a dejar que ese incidente la disuadiera.

—No. Pero habrá otros banquetes en los que pueda servir. Podré averiguar más —dijo.

—Muy bien —dijo Latharn, después de una breve pausa—. Pero ten cuidado. Sé cómo pueden ser estos banquetes. ¿Alguno de los nobles te prestó atención?

Tragó saliva con dificultad. Diciéndose a sí misma que la mentira era necesaria, negó con la cabeza.

—No —dijo, y la culpa la invadió al ver el alivio en los ojos de Latharn.

—¿Tenéis tiempo para comer algo antes de regresar? —preguntó Latharn, señalando una mesa detrás de él.

Una extraña emoción la recorrió ante la invitación de Latharn, aunque se dijo a sí misma que solo estaba siendo cortés. Había extendido la invitación tanto a ella como a Tulach, quien parecía encantado mientras su mirada ansiosa se posaba en la mesa preparada con una comida de salmón ahumado, pan y cerveza.

—Aye —respondió Tulach por ambos—. Floraidh no nos espera de vuelta hasta dentro de un rato.

Latharn asintió, pero su atención estaba en ella. Sintió que su rostro se calentaba bajo su mirada mientras todos se sentaban a comer. Mientras Gormal y Horas entablaban una conversación con Tulach, Latharn se sentó junto a ella.

—Quería agradecerte de nuevo —murmuró. Su aliento rozó su oreja, y ella tuvo que esforzarse por no temblar de deseo—. Por lo que estás haciendo.

—No hay necesidad —dijo, manteniendo la mirada en su plato—. Lo hago por mis padres y porque es lo correcto.

—Aun así —insistió—. Lo estás haciendo a gran riesgo para ti misma.

Ella lo miró mientras él le ofrecía una sonrisa que le robó el aliento, y una calidez envolvió su vientre.

—Escuché que fuiste sirviente durante muchos años —preguntó abruptamente, queriendo quitar la atención de sí misma y de su persistente culpa por su mentira.

—Aye —dijo, sacudiendo la cabeza como si apenas pudiera creerlo él mismo—. Hasta hace unas semanas, era todo lo que conocía. Secretamente anhelaba más; esperaba elevar mi posición a mayordomo algún día. Nunca soñé que tenía un título. Tierras.

—Un título y tierras que te fueron arrebatados —le recordó.

—Lo sé —dijo, dándole una sonrisa irónica—. Pero aún es mucho para asimilar.

—Solo puedo imaginarlo —dijo ella—. He pasado mi vida como sirvienta. Me cuesta imaginar a mi madre viviendo en una gran mansión.

Aunque no estaba diciendo la verdad sobre la parte de ser sirvienta, era sincera sobre su incredulidad al imaginar a su madre viviendo en una mansión del siglo XIV. Su madre siempre había parecido tan moderna, con sus habituales jeans y camisetas, y los elegantes trajes que a menudo usaba para el trabajo. Todavía no podía imaginar a su madre vistiendo felizmente vestidos medievales. —Pero no creo que le importara la pérdida de riqueza, solo mi padre. Su corazón quedó roto para siempre por su pérdida. Siempre quise arreglar las cosas por ella, verla verdaderamente feliz.

Recordó la tristeza persistente que parecía atormentar a su madre, un dolor que la afligía después de ser arrancada del amor de su vida y del padre de su hija. A su insistencia, su madre había salido ocasionalmente, pero ninguno de los hombres se quedó, y su madre insistía en que estaba bien estando sola. Pero Evelyn sabía la verdad. Simplemente no había nadie que pudiera reemplazar a su padre en el corazón de su madre.

—Lamento oír sobre su dolor —dijo Latharn, dándole una mirada de genuina simpatía—. Envidio que al menos conociste a tu madre. Yo amaba a mis padres adoptivos, pero desearía poder recordar a mis padres biológicos.

—Mi madre me contó algunas cosas sobre ellos. Tu madre te adoraba a ti y a tus hermanos. Al igual que tu padre.

Le contó más de lo que podía recordar de las historias de su madre: lo sorprendentemente atlética que había sido su madre, practicando tiro con arco con su padre y hermanos, acompañándolos en viajes de caza, sin importarle la desaprobación de los otros nobles. Cómo su padre se preocupaba por invitar a un sirviente a sentarse a su lado durante los banquetes y contarle sobre su vida, animando a sus jóvenes hermanos a hacer lo mismo. Cómo ambos padres nunca permitían que las nodrizas los acostaran a él o a sus hermanos; insistían en cantarles para dormirlos ellos mismos.

Latharn escuchó cada palabra con tanta atención que ella deseó poder contarle más.

—Gracias, Eibhlin —dijo, dándole otra sonrisa que le robó el aliento—. Lo que me has contado... es como si me hubieras devuelto una parte de mis padres.

—Cuéntame sobre tus padres adoptivos —dijo ella—. ¿Cómo eran?

Latharn guardó silencio por un largo momento, sus ojos llenándose tanto de amor como de melancolía.

—Tuvieron muchos hijos, así que eran muy estrictos con nosotros. Teníamos que atender nuestras obligaciones en la casa y la tierra antes de poder disfrutar de algún tiempo libre. Pero a mi padre le encantaba contarnos historias. Relatos que había escuchado de mercaderes ambulantes que visitaban a los señores a los que había servido, cuentos de los bardos de los clanes. Y mi madre, le gustaba cantar mientras cocinaba para nosotros. Mi padre la convenció para que nos cantara durante nuestro tiempo libre. Tenía una voz preciosa. Si hubiera nacido en una posición más alta, podría haber cantado en la corte del rey.

Se quedó perdido en sus recuerdos por un momento antes de volverse hacia ella.

—¿Y tu madre? —preguntó—. Era una sassenach, ¿verdad?

Ella dudó, temerosa de revelar demasiado, pero él la miraba con tanta curiosidad genuina que cedió.

—Aye. Vino a las Highlands a visitar a unos parientes lejanos —dijo, manteniéndose fiel a la historia de cobertura que su madre había usado en el pasado—. Los ojos de mis padres se cruzaron en un banquete. Ella dijo que supo que amaba a mi padre en el momento en que lo vio. Me contó que él le confesó lo mismo. Fue el amor de su vida, por eso su muerte la destrozó tanto. Me crió con toda la alegría y amor que pudo, pero siempre faltaba algo. Yo solo quería que ella tuviera alegría en su vida.

Una repentina tristeza le oprimió el pecho al recordarlo.

—Puede que no haya conocido a tu madre, pero sospecho que tú le trajiste alegría.

Su corazón aceleró su ritmo ante sus palabras y su amable sonrisa, que solo lo hacía más apuesto. Cuando sus ojos se encontraron con los de ella, una ardiente oleada de calor se arremolinó en su vientre, y de repente se le hizo difícil respirar.

—Eibhlin y Tulach deberían regresar al castillo —dijo Gormal abruptamente, interrumpiendo el momento.

Evelyn apartó la mirada de los ojos de Latharn, dándose cuenta con vergüenza de que los demás los estaban mirando a ella y a Latharn. Horas parecía curioso; Tulach se veía divertido, mientras que el rostro de Gormal estaba tenso de molestia.

Evelyn tragó saliva con dificultad, bajando la mirada. Se recordó a sí misma que este era un tiempo diferente; ella era una simple sirvienta, y Latharn pronto reclamaría su título de señor. Probablemente estaban rompiendo todo tipo de reglas sociales solo por sentarse uno al lado del otro.

Se puso de pie junto con Tulach, haciendo una rápida reverencia a Latharn.

—Gracias por la comida, mi señor —dijo, antes de darse la vuelta para irse, su cuerpo aún hormigueando de conciencia y deseo no correspondido.

CAPÍTULO 7



Latharn estaba de pie junto a la puerta, observando cómo Eibhlin se alejaba a caballo. Pasar tiempo con ella había sido su único destello de alegría después de un par de días difíciles.

El día anterior, Gormal había organizado un encuentro para él con un noble llamado Baigh, quien secretamente había permanecido leal al padre de Latharn durante los años que había servido a Steaphan MacUisdean.

Cuando Latharn entró en el salón de Baigh, este se arrodilló ante él, inclinando la cabeza en una reverencia.

—Tu padre sigue siendo mi jefe en mi corazón —dijo, con un destello de vergüenza en su rostro—. Fingí lealtad a Steaphan para sobrevivir. No sabes cómo era en aquel entonces... Steaphan mataba o encarcelaba a cualquiera que no se alineara. Pero siempre permanecí leal a tu padre en mi corazón.

—No tienes que disculparte —dijo Latharn, indicándole a Baigh que se pusiera de pie. No había hecho nada para merecer tal reverencia, al menos no todavía. Quería ganarse el respeto de los hombres que decidieran seguirlo.

—Haré lo que pueda, lo que deba, para ayudarte a reclamar tus títulos. Pero debo advertirte, aunque Padraig acaba de llegar al poder, ya ha infundido mucho miedo tanto en los campesinos como en los nobles del clan. Me temo que tendrás dificultades para conseguir que los hombres te juren lealtad.

Una pesadez se instaló en los huesos de Latharn al escuchar esto, aunque ya sospechaba que sería así. Baigh se ofreció a traer a algunos de sus parientes a su lado antes de que Latharn dejara su casa, pero la pesadez persistió.

—Si vas a acostarte con la muchacha —dijo ahora Gormal, sacándolo de sus pensamientos—, hazlo después de casarte con una mujer que ayude a solidificar tu reclamo.

Latharn se tensó, volviéndose para mirar a Gormal, quien lo fulminaba con la mirada. Estaba agradecido de que Horas y Aoife estuvieran afuera; no necesitaba que escucharan las palabras de Gormal.

—¿Acostarme con Eibhlin? —preguntó, esperando parecer adecuadamente ofendido, aunque el solo pensamiento despertaba un torrente de deseo en su vientre. Eibhlin tendida debajo de él, esa cortina de cabello rojo fuego extendida a su alrededor, sus hermosos labios entreabiertos mientras gemía su nombre...

—Estás pensando en acostarte con la muchacha ahora mismo. Como tu padre, no eres un buen mentiroso —dijo Gormal, suavizando su expresión por un momento, con un destello de diversión en sus ojos, antes de que desapareciera de nuevo—. La muchacha es hermosa, sí, pero tienes que pensar en con quién te vas a casar cuando seas señor. Es importante que sea la

elección correcta; no ayudará a tu causa si te acuestas con una sirvienta mientras intentamos asegurarte una novia.

—No estaba pensando en acostarme con la muchacha —mintió Latharn—. Solo le estaba mostrando amabilidad. Está arriesgando su cuello por ayudarme.

—Lo cual es su elección. Sácatela de la cabeza —ordenó Gormal con tal autoridad que Latharn se erizó. Estuvo tentado de recordarle a Gormal que *él* era quien pronto sería el jefe y señor; él era quien daría las órdenes.

Pero optó por no responder, porque Gormal tenía razón. Tenía demasiado en qué concentrarse; su deseo por Eibhlin era una distracción.

—He organizado una reunión para ti con algunos de los parientes de Baigh. Baigh cree que puede conseguir que acuerden seguirte. Si a su vez pueden lograr que sus aliados te sigan, podremos sumar aún más hombres a nuestro lado —continuó Gormal—. Luego, cuando tengas suficientes hombres, puedes considerar aliarte con el Clan Creagach. Han sido aliados del Clan MacUisdean durante mucho tiempo, pero sé que al jefe no le agrada Padraig. Pero primero tienes que convencerlos de que eres un líder digno, lo cual no dudo que puedas hacer.

Latharn no estaba tan seguro de esto, pero se mordió la lengua. *Me convertiré en un líder al que mis hombres puedan admirar y respetar*, se dijo firmemente, apartando sus persistentes pensamientos lujuriosos sobre Eibhlin. *Debo hacerlo*.



AL DÍA SIGUIENTE, Latharn viajó con Gormal y Horas a la mansión de Baigh, donde debía reunirse con los parientes de Baigh: dos de sus hermanos y un primo. A diferencia del saludo reverencial de Baigh, estos hombres lo miraban con escepticismo, incluso con rastros de sospecha.

—Puedo ver que eres el hijo de Seoras MacUisdean. Tienes su aspecto —dijo Camron, el hermano de Baigh, examinándolo de cerca—. Pero ¿cómo sabemos que puedes liderar? Baigh nos dice que has vivido como un sirviente.

—Sé que les estoy pidiendo mucho, que pongan su fe en mí. Pero la sangre de mi padre corre por mis venas —dijo. Odiaba tener que seguir mencionando a su padre, queriendo ganárselos por sus propios méritos, pero la memoria de su padre era el único activo que tenía por ahora—. Les prometo que lucharé por cada hombre que me jure lealtad. Viviré para el clan, por su gente. Es por eso que he vuelto, no por tierras, dinero o incluso gloria. Sino para liderar y proteger a la gente que mi padre amaba, por quien murió. Si pensara que Padraig es ese líder, me habría quedado lejos. Pero sé que no lo es. Necesito su ayuda si voy a convertirme en el líder que nuestro clan merece.

Un largo silencio siguió a sus palabras. Baigh y Camron parecían satisfechos con sus palabras, mientras que los otros aún lo estudiaban con incertidumbre.

—Denos algo de tiempo para discutir esto entre nosotros —dijo Kennen, el primo de Baigh—. Debe entender... no le tengo ningún respeto a Padraig. Es vanidoso, mezquino y innecesariamente cruel. Pero tiene a muchos de su lado debido a su padre; aunque era un bastardo traicionero, era un líder decente. Será un gran riesgo para nosotros y nuestras familias si juramos lealtad a otro señor.

Mientras él y Gormal regresaban a la casa de Horas, rezó para haber hecho todo lo posible para convencerlos.

Su ansiedad se disipó cuando divisó dos caballos en los establos de Horas. Esperaba que

Eibhlin estuviera aquí, su presencia siempre lo calmaba.

No pudo contener la amplia sonrisa que se extendió por su rostro al verla cuando entró en la casa de Horas. Estaba sentada junto a Tulach mientras Aoife les servía jarras de cerveza. Tan pronto como entró, ambos se pusieron de pie y le hicieron reverencias respetuosas.

No podía apartar los ojos de Eibhlin. Incluso con el sencillo vestido marrón de sirvienta que llevaba, era la muchacha más hermosa que jamás había visto. Solo podía ver una parte de su cabello bajo la cofia; tuvo que resistir el impulso de pedirle que se la quitara. Empezó a saludarla, pero Gormal se adelantó para dirigirse a ellos.

—¿Qué información tenéis para nosotros? —preguntó bruscamente.

—Uno de los mozos de cuadra me dijo que Padraig tuvo visitantes anoche tarde... parece que no quería que nadie más supiera que venían —dijo Tulach.

Latharn apartó la mirada de Eibhlin, su cuerpo tensándose de temor.

—¿Quiénes son? —preguntó.

—No los reconoció.

—Necesito que averigües quiénes eran —dijo Gormal. Se volvió hacia Eibhlin, y Latharn no pasó por alto cómo se endureció su expresión.

—¿Y tú has averiguado algo, muchacha?

—No —dijo Eibhlin, con el rostro enrojecido de vergüenza—. Todavía no. Pero espero que si sigo escuchando durante los banquetes...

—No tenemos mucho tiempo —interrumpió Gormal, mirándola con desaprobación—. Si no vas a proporcionarnos nada útil, no vale la pena el riesgo de tener otra...

—No puedes esperar que ya haya averiguado algo, acaba de empezar a espiar para nosotros —interrumpió Latharn, mirando con enojo a Gormal—. Dale más tiempo. —Se volvió hacia Eibhlin, suavizando el tono—. Espero que ambos os quedéis a comer.

Para su deleite, accedieron. Sabía que no debería sentarse junto a Eibhlin; se recordaba constantemente que era una distracción. Pero no pudo evitar tomar asiento a su lado.

—No te preocupes por Gormal —dijo en voz baja—. Llevará tiempo averiguar algo importante.

Ella asintió agradecida, aunque sus ojos aún parecían preocupados. Él no deseaba nada más que tranquilizarla.

—Cuando era sirviente, mi tarea favorita era ayudar a limpiar los establos —dijo, decidiendo distraerla—. Solo podía hacerlo cuando había terminado mis otras tareas, y por supuesto había mozos de cuadra para encargarse de esas labores. Los otros sirvientes pensaban que era extraño, pero me gustaba, a pesar del olor. Creo que simplemente disfrutaba estar al aire libre.

Sus ojos ámbar se abrieron de sorpresa, y soltó una risita.

—Sigo olvidando que fuiste sirviente —dijo, sacudiendo la cabeza.

—Yo nunca lo olvidaré —dijo con seriedad. Nunca olvidaría los años que pasó trabajando como sirviente. Era el único trabajo que había conocido durante la mayor parte de su vida.

—Cuando eres sirviente, no tienes mucha elección en... —comenzó, antes de detenerse. ¿Cómo podía ser tan olvidadizo? Eibhlin era una sirvienta, y probablemente eso sería todo lo que llegaría a ser. Las sirvientas rara vez cambiaban su posición en la vida, a menudo se casaban con otros campesinos y dedicaban sus vidas a sus familias.

—Está bien —dijo ella, como si leyera sus pensamientos.

—¿Has... has querido hacer algo más? —preguntó. —¿Sabes que tu padre fue una vez un noble del clan? ¿No quisiste volver a tu antigua posición en la vida?

—Era solo una bebé cuando murió, así que no tengo ningún recuerdo de ello. Incluso si fuera

una noble, no tendría mucha elección sobre qué hacer con mi vida. Tendría que casarme y convertirme en madre de quien mis parientes consideraran adecuado —dijo—. Sí, la vida de una sirvienta no es fácil. Pero tengo cierta libertad.

Latharn pensó en la nueva novia de su antiguo señor Artair, Diana. Ahora era la señora de la mansión de Artair, y él la trataba como una socia igual, dándole sus propias responsabilidades de liderazgo, ignorando la desaprobación de otros nobles por tal acto. También estaba el pariente de Artair, Niall; su novia Caitria disfrutaba libremente de su amor por los viajes y recorría el continente junto a su marido.

—Conozco a algunas mujeres nobles que tienen libertad —dijo—. Y aunque trabajé como sirviente, nunca fui infeliz. Haces lo que puedes con tu lugar en la vida.

Ella sostuvo su mirada por un largo momento, pareciendo considerar esto.

—Asar carne en el espetón —murmuró—. Esa es mi tarea favorita. A nadie más parece gustarle, y normalmente la hacen los muchachos jóvenes, pero me enorgullece ver cómo se asa la carne. A menudo me ofrezco voluntaria para hacerlo en las cocinas, y siempre me lo permiten.

Latharn se rio, y continuaron intercambiando historias sobre sus tareas favoritas —y las peores— que habían realizado como sirvientes.

—Una vez aposté y perdí un caballo favorito durante mi primer puesto para evitar limpiar orinales —dijo, haciendo una mueca ante el recuerdo—. Mis padres se enfurecieron conmigo por ello, pero yo estaba secretamente complacido. Siempre he logrado evitar esa tarea en particular.

—Odio fregar los mostradores después de que el carnicero ha sacado las entrañas de un animal —dijo Eibhlin con un escalofrío—. Puede que parezca fuerte, pero me mareo al ver sangre.

—Aun así, eres más fuerte que la mayoría de las muchachas que he conocido —le dijo—. Muchos hombres no soportan la vista de la sangre.

—Tienes una alta opinión de mí, mi señor —dijo ella, sus ojos ámbar encontrándose con los suyos.

Latharn le devolvió la sonrisa juguetona, sus ojos bajando a sus labios sensuales. Podía imaginarse apoderándose de esos labios con los suyos, explorando su dulce boca con su lengua...

La silla de Tulach chirrió al levantarse, obligando a Latharn a apartar la mirada —y los pensamientos lujuriosos —.

—Me temo que es hora de que regresemos —dijo Tulach.

La decepción lo invadió, pero se puso de pie con un asentimiento.

Los acompañó hasta los establos, extendiendo la mano para ayudar a Eibhlin a subir a su caballo, permitiendo que sus manos se demoraran en la curva de sus caderas. Anhelaba atraer su delicioso cuerpo contra el suyo, explorar su boca con la suya. Pero, consciente de la presencia de Tulach, reprimió su deseo y se volvió para caminar de regreso a la cabaña. Y esta vez, no se permitió el agri dulce placer de verla alejarse cabalgando.

CAPÍTULO 8



Evelyn se removió inquieta esa noche, sus pensamientos llenos de recuerdos de la risa suave y aterciopelada de Latharn, la sensación de sus fuertes manos sobre su cuerpo cuando la ayudó a subir a su caballo, el destello de deseo crudo en aquellos ojos oscuros. Su mano se deslizó hacia sus labios, imaginando su cuerpo alto y musculoso presionado contra el suyo, sus labios, ardientes y exigentes, presionados contra los de ella. La excitación se arremolinó en su centro, y tuvo que resistir el impulso de tocarse, de imaginar a Latharn...

Basta, Evelyn, se reprendió a sí misma. Eso no pasaría... *no podía* pasar.

Forzó sus pensamientos hacia temas menos eróticos. A pesar de las garantías de Latharn, quería encontrar más información que pudiera ayudarlo lo antes posible.

Pensó en la criada chismosa, Aimil, que le había hablado sobre Latharn. Podría hacerse su amiga y averiguar qué más sabía sobre Padraig y Neacal. Pero Evelyn tendría que ser cuidadosa en cómo formulaba sus preguntas y no levantar sospechas.

Su oportunidad llegó antes de lo que pensaba, cuando Aimil asomó la cabeza en las cocinas a la mañana siguiente para solicitar una criada de repuesto que la ayudara con la limpieza de las habitaciones; dos de las otras doncellas habían caído enfermas.

Evelyn se ofreció inmediatamente como voluntaria, y tan pronto como estuvieron a solas, Aimil se lanzó a sus habituales cotilleos.

—¿Conoces a Eion? Trabaja en la despensa. He oído que se ha llevado a la cama a la hija de uno de los nobles del clan —dijo Aimil.

—¿Ah, sí? —preguntó Evelyn, fingiendo interés e intriga.

Mientras Aimil entraba en detalles sobre este supuesto escandaloso romance, Evelyn esperó su oportunidad.

—¿Crees que al señor le importaría si se enterara? —preguntó Evelyn, cuando Aimil finalmente se detuvo para tomar aliento.

—No lo sé —dijo Aimil encogiéndose de hombros—. Me imagino que no le importa. Tiene asuntos más importantes que atender.

—Sí, dado que se ha convertido en señor tan recientemente —dijo Evelyn, cuidadosa con su elección de palabras—. ¿Qué... qué piensan los otros sirvientes del nuevo señor?

Aimil guardó silencio, y su expresión abierta y amistosa desapareció. Evelyn se maldijo en silencio. ¿Había sido demasiado obvia?

—Como soy nueva en el castillo, solo me preguntaba si... —tanteó, intentando rectificar.

—Todos estamos agradecidos al señor por proporcionarnos trabajo, protección y cobijo, como lo estábamos con el señor anterior —dijo Aimil con rigidez—. Termina de cambiar la ropa de cama. Voy a llevar las sábanas a lavar.

Y así, sin más, Aimil salió apresuradamente de la habitación. Evelyn se mordió el labio, sintiendo una punzada de arrepentimiento. Debería haber preparado más a Aimil y haber sido más cuidadosa al formular su pregunta.

Pero algo más la inquietaba. Aimil no solo parecía incómoda, sino temerosa. ¿Cómo iba a aprender algo útil si los sirvientes tenían demasiado miedo para compartir algo con ella? Si solo podía espiar para Latharn captando fragmentos de conversaciones útiles en el gran salón, no sabía cuánta ayuda podría ser.

—¿Estás bien? —preguntó Tulach, cuando estuvieron a solas unas horas más tarde, llevando un saco de harina de cebada desde las cocinas hasta un carro que esperaba fuera. Aimil había insistido en que no necesitaba más ayuda en las habitaciones, pero Evelyn sabía que no era así. Había cometido un error al preguntar sobre Padraig.

—No estoy progresando tanto como me gustaría —confesó.

—Acabas de empezar —la tranquilizó Tulach—. No te presiones tanto, muchacha.

Ella le dio a Tulach una sonrisa agradecida. No lo conocía desde hacía mucho, pero ya le caía bien. Le había preguntado durante uno de sus viajes para ver a Latharn por qué espiaba para él. Él solo le había dicho que era lo correcto, pero sospechaba que había algo más que eso. Asintió en señal de acuerdo, y Tulach desapareció de nuevo en el castillo.

Evelyn esperó hasta después del anochecer para acercarse a Aimil con una disculpa, cuando ambas estaban en los aposentos de los sirvientes preparándose para dormir.

—Lo siento, Aimil —dijo en voz baja—. Por lo que pregunté antes. Soy nueva aquí, y solo quería saber...

—Está bien, Eibhlin —dijo Aimil rápidamente—. No hables más de ello.

Había una advertencia, y miedo, en los ojos de la joven.

Evelyn tragó saliva con dificultad y asintió en señal de acuerdo. Pero sabía que había algo más en las palabras de Aimil; solo necesitaba averiguar qué era.



—¿Te das cuenta de que podrías haberte expuesto? —gruñó Gormal—. ¿Que Aimil podría mencionar tus palabras a otros?

Era la tarde siguiente, y había venido a ver a Latharn para informarle sobre lo sucedido con Aimil. Ante las palabras de Gormal, Evelyn se irguió en toda su estatura, enfrentando su mirada.

—Me disculpé con ella —dijo Evelyn—. Le dije que era porque soy nueva...

—Razón de más para sospechar de ti —espetó Gormal. Se volvió hacia Latharn—. Te dije que era una locura que ella espiara para ti.

Latharn no reconoció las palabras de Gormal. Su atención estaba completamente centrada en ella, pero para su alivio, no parecía enojado. Parecía pensativo.

—Eibhlin puede habernos ayudado —dijo Latharn lentamente.

—¿Cómo? —preguntaron ella y Gormal al mismo tiempo.

—Creo que Aimil sabe algo. Dijiste que parecía más que temerosa, que te advirtió que te alejaras. Y dices que a esta muchacha le gusta chismorrear, ¿verdad? —preguntó.

—Sí.

—Entonces sigue hablando con ella. Hazte su amiga.

—Mi señor —dijo Gormal—. No es...

—Pero no vuelvas a mencionar nada sobre el señor —continuó Latharn, ignorando a Gormal—. Interactúa con ella. Creo que puede abrirse por sí sola.

—¿Y cómo puedes estar seguro de eso? —exigió Gormal.

Latharn se puso tenso, finalmente dirigiendo su atención a Gormal. Evelyn pudo detectar una corriente subyacente de tensión entre los dos hombres.

—No puedo —respondió Latharn—. Pero tengo fe en Eibhlin.

Un sentimiento de renovada determinación creció dentro de Evelyn ante la confianza de Latharn.

—Haré lo que sugieres —dijo ella.

Latharn le sonrió; le costó un gran esfuerzo no permitir que un sonrojo infantil tiñera sus mejillas.

—Voy a tomar mi comida afuera; es raro que tengamos tanto sol en esta época del año —dijo, señalando el soleado día en el exterior—. ¿Te gustaría acompañarme?

El rostro de Gormal se tensó ante esta invitación, pero Evelyn solo veía a Latharn y su sonrisa invitadora. Ella aceptó, tratando de no sonar demasiado ansiosa, y se dirigieron a la parte trasera de la casa, donde Latharn extendió su capa para que se sentaran.

Aoife les trajo una comida de pan, un sabroso estofado de pescado y cerveza. Aunque el día era fresco, Evelyn solo sentía calidez mientras se sentaba al lado de Latharn. Miró a su alrededor, absorbiendo la vasta belleza de las Tierras Altas que se extendían a su alrededor en toda su majestuosidad.

—Es hermoso aquí —dijo Evelyn, dando un mordisco a su pan, su mirada se detuvo en las montañas nevadas en la distancia—. Recuerdo sentirme abrumada por su belleza cuando llegué aquí por primera vez. Mi madre me contó lo hermoso que es esto, pero no hay nada como ver las Tierras Altas con tus propios ojos.

—Sí —concordó Latharn, mirando el exuberante paisaje—. Aunque confieso que no conozco otra cosa; he pasado mi vida en las Tierras Altas. Pero recuerdo haber quedado impresionado por su belleza cuando era un niño. En aquellos días, mi familia y yo a menudo compartíamos comidas como esta entre las tareas —dijo Latharn, señalando su comida—. Comíamos afuera mientras mi padre nos contaba historias.

El rostro de Latharn se iluminó con el recuerdo. Evelyn bajó su pan, hambrienta de más información sobre él.

—¿Cuántos hermanos tienes?

—Cuatro —respondió Latharn—. Soy el mayor. Mis padres tuvieron más después de acogerme.

—¿Saben lo que estás haciendo? ¿Quién eres y que estás recuperando tu título?

—Mi hermano Crisdean lo sabe. Es solo dos años menor que yo y somos los más cercanos, pero le dije que no se lo contara a los demás; solo se preocuparían o intentarían ayudar. Están viviendo sus propias vidas con sus familias. No quiero que se preocupen por mi situación. Es peligroso.

Miró a lo lejos, su sonrisa desvaneciéndose y su rostro ensombreciéndose. Por primera vez, ella vio la tremenda tensión bajo la que debía estar; era evidente en su rostro.

—Sé que no es mi lugar decirlo —dijo Evelyn—. Pero... quizás no sea malo tener a tu familia contigo... no tener que asumir una carga tan grande solo.

Se preparó para su ira, para que le dijera que se ocupara de sus propios asuntos, pero él solo exhaló un suspiro.

—Puede que tengas razón —dijo—. Pero no quiero convertirlos en un objetivo para Padraig o Neacal. Tú no tienes hermanos, ¿verdad?

—No. Mi madre nunca se volvió a casar —respondió Evelyn, su corazón se encogió al

recordar la tristeza siempre presente de su madre—. Pero entiendo el impulso de querer protegerlos.

Sin pensarlo, extendió la mano para colocarla sobre la de él en señal de consuelo, y al instante se arrepintió de la acción, porque una tormenta de fuego de deseo surgió dentro de su ser. Latharn se quedó quieto, sus ojos oscuros chocando con los de ella.

Un latido de silencio pasó entre ellos. Luego otro. Y entonces la boca de Latharn reclamó la suya; sus labios firmes y exigentes, su lengua explorando su boca.

El corazón de Evelyn retumbaba en su pecho, y sus sentidos estaban en llamas mientras las manos de Latharn rodeaban su cintura, presionándola más cerca mientras continuaba besándola hasta dejarla sin aliento.

Evelyn había viajado en el tiempo. La habían besado. Incluso había tenido sexo incómodo y mediocre. Pero este beso —*este beso*— dejaba en ridículo todas esas experiencias.

El beso solo duró segundos, pero pareció extenderse por varias edades gloriosas. Se permitió ceder a la necesidad que se había arremolinado dentro de ella desde que lo vio por primera vez. Se aferró a él mientras se besaban, de repente e irracionalmente sin querer soltarlo nunca. Se deleitó en la sensación de su cuerpo musculoso contra el suyo y la firme exigencia de su boca. Él dejó escapar un gemido bajo y sexy contra su boca antes de soltarla.

Evelyn luchó por recuperar el aliento, sus ojos abiertos de par en par al encontrarse con los de él. Sus propios ojos oscuros estaban nublados de deseo cuando se acercó para quitarle la cofia. Su cabello se derramó, cayendo suelto alrededor de sus hombros, y Latharn dejó escapar otro gemido ronco que encendió un fuego en su vientre mientras envolvía su cabello alrededor de sus dedos, atrayendo su rostro hacia el suyo para otro beso.

—Mi señor —dijo Horas desde detrás de ellos.

Latharn soltó su cabello y se puso de pie. La vergüenza inundó a Evelyn mientras ella también se levantaba, reajustando su cabello bajo la cofia.

Si Horas notó que Latharn estaba a punto de besarla, no dio ninguna indicación; su expresión permaneció estoica.

—Gormal desea hablar con vos —dijo.

Latharn asintió y se volvió hacia Eibhlin. Su corazón aún latía salvajemente contra su caja torácica, y se sentía inestable sobre sus pies, pero se movió para pasar junto a él.

—Debería volver —dijo ella—. Gracias por la comida, Lath... mi señor.

Se alejó apresuradamente de él, sus labios —y su cuerpo— aún ardiendo por su beso.

CAPÍTULO 9



A la mañana siguiente, mientras Latharn escuchaba a Gormal discutir cómo atraer a más hombres a su bando, los pensamientos de una belleza pelirroja de ojos dorados lo distraían constantemente. Se había ido a dormir con una dolorosa erección y el recuerdo de los labios de Eibhlin contra los suyos, sus ondas rojas sueltas sobre sus hombros, sus sedosos mechones enredados entre sus dedos, sus pechos llenos presionados contra su pecho y su embriagador aroma dulce. Se la había imaginado en su cama, sus labios presionados contra cada centímetro de esa piel suave y deliciosa...

—¿Me estás escuchando? —gruñó Gormal—. Convenciste a dos de los parientes de Baigh para que se unieran a ti, ahora necesitamos llegar a los hombres que les son leales.

—Te estaba escuchando —mintió Latharn. Reprimió el recuerdo de los labios de Eibhlin contra los suyos y se puso de pie—. Sé que necesitamos más hombres. Lo he sabido desde el día que llegué aquí.

—Conozco a tres nobles más que podrían ayudar, aunque no estoy seguro de dónde yacen sus lealtades. Pero tienen muchos hombres que les son leales y que vendrán a tu lado si ellos lo dicen —dijo Gormal, reclinándose en su silla y frotándose las sienes—. Cuando hables con ellos, creo que no deberías mencionar que fuiste un sirviente. Quizás podríamos decir que eras un guerrero de otro clan en su lugar. O incluso un mercader.

Latharn se tensó ante esta sugerencia, aunque sabía que la propuesta de Gormal era sensata. Recordó la forma despectiva en que los parientes de Baigh lo habían mirado. Sospechaba que otros nobles lo mirarían de la misma manera.

Sin embargo, no tenía deseos de mentir, de comenzar su liderazgo bajo tal engaño. Si lo hacía, ¿en qué se diferenciaba de su tío traicionero?

Se puso de pie para acercarse al hogar, mirando fijamente las llamas. ¿Cómo ganar el favor de los nobles?

No lo haces. El pensamiento lo golpeó con la fuerza de una flecha veloz.

Quizás se estaba enfocando en las personas equivocadas: los nobles. Tal vez debería centrarse en la gente común, las personas que trabajaban las tierras, los sirvientes. La gente común superaba en número a los nobles. ¿Y si pudiera asegurar su lealtad, usando su pasado como sirviente en su beneficio?

Se giró para enfrentar a Gormal, expresando en voz alta sus pensamientos, pero Gormal frunció el ceño.

—A los nobles no les importa lo que piensen los campesinos —dijo, haciendo un gesto de desdén con la mano—. Son los nobles quienes finalmente te jurarán lealtad. Es su lealtad la que necesitas para convertirte en jefe y señor.

—Sí. Pero si sus propios sirvientes y los campesinos que trabajan sus tierras expresan su lealtad hacia mí, bien podría influenciarlos —insistió Latharn—. ¿Cuántos nobles o señores saben lo que es trabajar duramente? Mi pasado puede ayudarme a ganar el apoyo de la gente común.

—Sigue siendo un riesgo —refunfuñó Gormal, después de una larga pausa—. A la gente común puede no importarle; tienden a no involucrarse en disputas entre los de alta cuna. Pero si esto es lo que quieres hacer...

—Sí —dijo Latharn con firmeza.

—Entonces podemos empezar con los sirvientes de la casa de Baigh —dijo Gormal, aún con aspecto reacio—. Son más leales a Baigh que a Padraig.

La tensión se disipó de los hombros de Latharn. A pesar de la renuencia de Gormal, su corazón le decía que este era el camino a seguir.

Se puso rígido al escuchar el sonido de cascos de caballo acercándose afuera. Frunció el ceño; Eibhlin y Tulach no debían llegar hasta más tarde.

—Quédate aquí —ordenó Gormal, llevando su mano a la daga que llevaba en una vaina a su costado mientras se dirigía hacia la puerta principal. Pero Latharn no hizo caso a su orden y lo siguió afuera.

Horas estaba de pie a varios metros frente a la puerta, su cuerpo tenso, con la espada desenvainada. Latharn alcanzó la espada a su costado mientras una figura encapuchada se acercaba a caballo.

—¡Quédate donde estás! —gritó Horas cuando el jinete estuvo lo suficientemente cerca para oírlo.

El jinete obedeció, levantando la mano para bajar la capucha de su capa. Latharn se quedó inmóvil, con una mezcla de inquietud y alivio inundándolo al reconocer el rostro familiar del jinete.

—Mi señor... —protestó Horas, mientras Latharn pasaba junto a él para acercarse al jinete.

—Crisdean —espetó Latharn, observando a su hermano menor—. ¿Qué estás haciendo aquí?



HORAS MÁS TARDE, Latharn estaba de pie frente a Crisdean, mirándolo con severidad. Le había pedido a Gormal que le enviara una carta a Crisdean informándole de su nueva ubicación en la casa de Horas, pero le había advertido nuevamente que se mantuviera alejado; no quería que ninguno de los miembros de su familia estuviera en peligro. Pero su terco hermano había ignorado sus deseos e informado a sus otros hermanos de su verdadera identidad como heredero de los MacUisdean y lo que estaba haciendo aquí. Afortunadamente, Crisdean los había convencido de mantenerse alejados y dejar que él ayudara a Latharn.

Latharn había pasado la mayor parte de la tarde tratando de convencerlo de que se fuera, explicándole lo peligroso que era que lo ayudara. Pero Crisdean se negó rotundamente, insistiendo en que no dejaría a Latharn luchar solo.

—Puedes advertirme sobre los peligros todo lo que quieras, hermano —dijo Crisdean con calma, reclinando su gran cuerpo en la silla y clavando sus ojos oscuros en él—. Pero no te dejaré manejar algo tan peligroso por tu cuenta. Me tomó tanto tiempo unirme a ti porque tuve que asegurarme de que mi granja estuviera atendida mientras estoy fuera. Y —añadió, con un guiño pícaro—, cuando seas señor, quiero que me regales tierras y monedas.

—No puedo concederte tierras si mueres en mi nombre —replicó Latharn entre dientes.

—No tengo ninguna intención de morir —dijo Crisdean, imperturbablemente tranquilo—. No me vas a asustar, Latharn. Me quedo.

Latharn exhaló un suspiro, cerrando los ojos. Crisdean lo había admirado cuando eran más jóvenes, ansioso por ir a cabalgar y cazar con él cuando terminaban sus tareas. Pero una cosa era querer acompañarlo cuando aún eran críos; luchar a su lado era algo completamente distinto.

—Será bueno tener otro hombre para luchar por vos, mi señor —dijo Gormal detrás de él.

Latharn se tensó; debería haber sabido que Gormal no sería de ayuda. Miró a Horas, quien asintió en señal de acuerdo.

—Gormal tiene razón. Vuestro hermano quiere ayudar —añadió Horas.

Crisdean le lanzó una mirada de suficiencia, arqueando una ceja como si lo desafiara a seguir protestando. Latharn dejó escapar otro suspiro; no habría forma de disuadirlo.

—Haré que pongan un jergón para ti en mi habitación —dijo a regañadientes.

Crisdean sonrió y, a pesar de sí mismo, Latharn se ablandó. Aunque aún estaba preocupado por la seguridad de Crisdean, sería bueno tener un rostro familiar cerca.

La mirada de Crisdean se desvió hacia algo detrás de Latharn y sus ojos se abrieron con interés.

—¿Quién es la hermosa moza?

Se dio la vuelta. A través de la puerta abierta, pudo ver a Eibhlin y Tulach desmontando de sus caballos. Una repentina y aguda punzada de celos se arremolinó en su interior al notar cómo Crisdean la miraba. Crisdean siempre había sido popular entre las mozas; muchas habían caído ante sus encantos. Le había dicho a Latharn en más de una ocasión que disfrutaba demasiado de la variedad como para conformarse con una sola moza.

—No está aquí para que te acuestes con ella —dijo Latharn, incapaz de evitar el gruñido en su voz—. Está trabajando para mí como aliada, espionando al actual señor.

Crisdean asintió, pero siguió mirando a Eibhlin de una manera que no le gustaba.

Latharn presentó a regañadientes a Eibhlin y Tulach a Crisdean. Eibhlin pareció sorprendida al ver a Crisdean; sabía que estaba pensando en su última conversación, cuando él había insistido en mantener a sus hermanos alejados de su difícil situación.

—Acabo de enterarme de que habrá una reunión en el castillo mañana —informó Eibhlin, una vez hechas las presentaciones.

—¿Qué tipo de reunión? —exigió saber Gormal.

—Aún no lo sabemos, pero creo que puede involucrar solo a los nobles del clan —dijo Tulach.

—Me aseguraré de servir en el gran salón nuevamente —dijo Eibhlin, con una expresión de feroz determinación extendiéndose por su rostro—. Averiguaré lo que pueda.

—Recemos para que aprendas algo útil esta vez —dijo Gormal fríamente.

Latharn le lanzó una mirada fulminante, pero Eibhlin ni siquiera se inmutó ante las palabras de Gormal.

—Haré todo lo posible para descubrir algo de utilidad —dijo ella.

Horas, Tulach y Gormal se dispersaron, hablando en voz baja junto al hogar, mientras Latharn se sentaba a comer con Crisdean y Eibhlin. Notó con fastidio que Crisdean se sentó junto a Eibhlin, sus ojos recorriendo apreciativamente su cuerpo.

—¿No necesitas descansar de tu viaje? —le preguntó a Crisdean, irritado.

—No. Estoy bien descansado —dijo Crisdean, sin apartar los ojos de Eibhlin—. Dime, moza, ¿tu marido aprueba que espíes? Es un trabajo peligroso para una muchacha.

—No tengo marido —respondió Eibhlin, con una sonrisa asomando en sus labios; parecía

muy consciente de los coqueteos de Crisdean.

—¿Y eso por qué? Una moza tan hermosa como tú...

—Crisdean —interrumpió Latharn, el nombre de su hermano saliendo como otro gruñido—. Te dije que dejaras en paz a Eibhlin.

—Solo le estaba haciendo una pregunta —dijo Crisdean inocentemente—. A menos que tú tengas algún derecho sobre la moza.

—No —dijo él, aunque la protesta sonó como una mentira, al mismo tiempo que Eibhlin decía—: Nadie tiene ningún derecho sobre mí.

Un silencio abrupto cayó sobre ellos. Encontró los ojos de Evelyn, queriendo desafiarla. *Eras toda mía cuando tenía mis labios sobre los tuyos*, quería decir. Pero, consciente de los ojos perspicaces de Crisdean sobre ellos, se mantuvo en silencio, aunque una parte traidora de él quería declarar en voz alta que Eibhlin era, de hecho, suya.

—Mis disculpas —dijo Crisdean, levantando las manos—. No pretendía ofenderte, moza.

—No pasa nada —respondió Eibhlin, dedicándole una pequeña sonrisa. Latharn no pudo evitar fruncir el ceño; no le gustaba que Eibhlin regalara sus hermosas sonrisas a su hermano.

—Ahora es justo que tú me hagas una pregunta —dijo Crisdean, devolviéndole la sonrisa.

Eibhlin dejó su pan, inclinando la cabeza mientras lanzaba una mirada traviesa hacia Latharn.

—De acuerdo —dijo—. Dime. ¿Cómo era Latharn de muchacho?

La sorpresa —y la vergüenza— recorrieron a Latharn, junto con un destello de orgullo masculino al ver que ella había hecho una pregunta sobre él y no sobre su hermano.

—Era una cosita: flaco como un junco e incapaz de defenderse en una pelea —dijo Crisdean.

—Eso no es cierto —refunfuñó Latharn, aunque era muy cierto, y tanto Crisdean como Eibhlin se rieron.

Observó cómo Eibhlin se inclinaba hacia adelante, escuchando atentamente mientras Crisdean la deleitaba con historias sobre su infancia: las travesuras que él y sus hermanos se hacían entre sí, cómo sus padres los regañaban con cariño, cómo se hacían reír unos a otros, incluso durante los largos días de realizar sus tareas. Por unos momentos, se permitió relajarse mientras intercambiaba bromas con su hermano, disfrutando del genuino deleite en el rostro de Eibhlin mientras hablaban.

La comida terminó demasiado pronto, y el pesar lo atravesó cuando llegó el momento de que Tulach y Eibhlin se fueran. Insistió en acompañar a Eibhlin hasta su caballo, y cuando llegaron, ella se volvió hacia él con una amplia sonrisa.

—Tu hermano es un hombre jovial —dijo ella—. Pero me sorprende que le hayas permitido ayudarte.

—No lo hice —dijo Latharn—. Mi hermano es muy terco.

—Es porque te quiere —dijo ella, un destello de envidia cruzando su rostro—. Tienes suerte de tener hermanos ahora que tus padres ya no están.

—Sí —dijo, mirando hacia la puerta donde Crisdean estaba de pie, observándolos—. Lo sé. Eibhlin —añadió, acercándose y bajando la voz. Le costó un gran esfuerzo no mirar esa boca succulenta, no reclamarla de nuevo con la suya, pero se contuvo—. Ten cuidado en el festín de mañana. No llares la atención sobre ti.

La vacilación brilló en sus ojos, pero ella asintió apresuradamente. Quería interrogarla más, discernir esa reticencia, pero ella ya estaba montando su caballo. La ayudó el resto del camino, permitiendo que sus manos se demoraran nuevamente en la curva de sus caderas, retrocediendo mientras ella se alejaba cabalgando.

Crisdean se acercó mientras observaba a Eibhlin y Tulach alejarse cabalgando en la distancia,

bajando la voz.

—Sé honesto conmigo, hermano —murmuró Crisdean—. ¿Te estás acostando con la moza?

—No —respondió Latharn, fulminando a su hermano con la mirada. *Pero quiero hacerlo. Desesperadamente.* —Aunque no lo esté, mantente alejado de ella. Necesita concentrarse; no necesita tus coqueteos.

—La muchacha ni siquiera me notó —dijo Crisdean—. ¿No te diste cuenta de cómo ansiaba historias sobre ti? Si aún no te has acostado con ella, sé que estaría feliz de abrir sus...

Tenía las manos en el cuello de la túnica de su hermano antes de que pudiera terminar la frase.

—No hables así de Eibhlin. Es hermosa, sí, pero está arriesgando su vida para ayudarme. Ninguno de mis hombres, ni siquiera tú, se acostará con ella. Está bajo mi protección.

Para su molestia, su hermano no parecía amenazado, solo divertido. Latharn soltó su agarre sobre Crisdean, quien arqueó una ceja.

—Para alguien que no se está acostando con la muchacha, actúas como si fuera tuya.

—Crisdean...

—No diré nada más —dijo su hermano, levantando las manos en señal de rendición—. Pero deberías saber... aunque pronto tendrás un título, la vida no tiene que ser solo sobre el deber.

Crisdean lanzó una mirada significativa a la figura de Eibhlin que se alejaba antes de girarse para volver adentro.

CAPÍTULO 10



— ¡*F*uera de la cama, muchacha!

Evelyn se despertó sobresaltada. Miró a su alrededor avergonzada al darse cuenta de que era la única que seguía en la cama en los aposentos de los sirvientes. Los sirvientes en esta época se despertaban mucho antes del amanecer, y ella se había acostumbrado al horario. Pero anoche se había quedado despierta hasta altas horas de la noche, sonrojada de emoción por la cena que había compartido con Latharn y su hermano.

Floraidh estaba de pie junto a su cama, mirándola con el ceño fruncido, con las manos en las caderas, mientras Evelyn se apresuraba a levantarse.

—No sé dónde fuiste anoche, y no me importa, pero si empiezas a dormir más que los demás, tendré que... —comenzó Floraidh.

—Lo siento, Floraidh —dijo Evelyn rápidamente, esperando que no insistiera y le preguntara adónde había ido. Pero Floraidh ya se estaba dirigiendo hacia la salida de los aposentos, refunfuñando sobre las tareas que tenía que realizar antes del festín de esta noche.

Evelyn se sumergió en sus deberes, sus pensamientos volviendo a la noche anterior. Se había divertido más de lo que había anticipado, aferrándose a cada palabra mientras Latharn y su hermano compartían historias de su infancia. Aunque conocía algunos datos superficiales sobre Latharn, no se había dado cuenta de lo hambrienta que estaba por más información sobre él. Recordó con una sonrisa cómo se había reído y bromeado junto con Crisdean, lo relajado y feliz que se había visto. Ella se había sentido igual, y durante la cena, pudo olvidar que era de otra época con un deber importante que cumplir. Se había permitido simplemente... *ser*. No podía recordar un momento en el que se hubiera sentido tan contenta y feliz.

—¿Servirás en el festín de esta noche?

Parpadeó, saliendo de su ensueño. Estaba cortando una pila de cebollas para un guiso y su cuchillo casi se le escapó. Tulach estaba frente a ella, sosteniendo un saco de harina de cebada.

—Me aseguraré de ello —dijo, avergonzada por haber estado tan inmersa en pensamientos sobre Latharn. *Estás aquí por un propósito, no para tener citas con Latharn*, se regañó a sí misma.

Tulach pareció satisfecho y le deseó suerte antes de irse. Ella no había considerado cuál sería su estrategia para el festín de esta noche, pero no había mucho que pudiera hacer aparte de rezar para que algún noble dejara escapar algo importante. Simplemente tendría que ser extremadamente cuidadosa para no hacerse notar como la última vez.

Mientras ayudaba a uno de los cocineros secundarios a glasear algunas verduras asadas con miel, mantuvo los oídos alerta, esperando enterarse de algún detalle sobre la reunión de esta noche, pero los sirvientes mantenían su charla limitada solo a las tareas en cuestión. Incluso

Aimil, quien evitaba deliberadamente su mirada cuando entraba en las cocinas, no tenía ni una palabra de chisme que compartir.

Cuando llegó la noche, el agotamiento se había filtrado en sus huesos por haber trabajado de pie todo el día, pero la adrenalina la mantenía alerta. Necesitaba prestar atención a cada detalle que pudiera transmitir a Latharn.

Cuando entró en el gran salón con bandejas de pan fresco y verduras asadas, los nobles ocupaban cada centímetro del lugar. Todos vestían sus mejores galas: túnicas oscuras de lana y kilts de tartán con cinturón, el profundo rumor de sus voces puntuado por risas y bromas. Evelyn mantuvo la cabeza baja y se deslizó hacia las mesas laterales, sus ojos recorriendo el salón hasta que localizó a los dos hermanos. Nuevamente, notó que Padraig y Neacal estaban sentados lejos uno del otro; Padraig en la mesa principal, Neacal en una de las mesas laterales.

Colocó las bandejas de comida frente a varios nobles, ignorando las miradas apreciativas que le lanzaban. Mientras caminaba de vuelta hacia la salida del salón, pasando por la mesa de Neacal, escuchó un fragmento de conversación que la hizo querer detenerse, pero se obligó a seguir caminando.

—No todos aceptan al joven Padraig como jefe y señor. Cuanto más demores...

Evelyn salió del gran salón, con el corazón latiéndole con fuerza. Latharn ya sabía que no todos aceptaban a Padraig como señor y jefe del clan. Necesitaba más.

A medida que avanzaba la noche, trató de captar más información, demorándose mientras rellenaba copas de cerveza y retiraba y reemplazaba platos de comida, pero no escuchó nada de particular importancia; los nobles ahora discutían sobre sus caballos favoritos y quién era el mejor cazador entre ellos.

La boca de Evelyn se torció; su madre le había dicho que los hombres en la época medieval no eran muy diferentes de los hombres en los tiempos modernos.

—Reemplaza los deportes por la caza y los coches por caballos —le había dicho su madre con una sonrisa irónica—. Y tienen los mismos intereses.

Los nobles se estaban emborrachando cada vez más con la cerveza, lo que ella esperaba que soltara las lenguas. Pero uno de los desafortunados efectos secundarios de su embriaguez incluía que la miraran a ella y a las otras sirvientas un poco demasiado.

—¿Cómo te llamas, muchacha? —preguntó un noble borracho, un hombre rechoncho con cejas espesas y ojos oscuros intensos, mientras ella le rellenaba la copa.

—Eibhlin —dijo ella, volviéndose para alejarse rápidamente, pero él levantó la mano para agarrarla por la muñeca.

—Eibhlin —repitió, arrastrando las palabras mientras su mirada recorría apreciativamente su figura—. ¿Qué tal si me acompañas cuando regrese a mi cámara de invitados por la noche?

El pánico la invadió; tenía la sensación de que no se lo estaba pidiendo, era una exigencia. Apretó los dientes, tratando de resistir su impulso de mujer moderna de vaciarle la jarra de cerveza que llevaba sobre la cabeza.

—Deja a la muchacha en paz, Oilbheis —ordenó una voz áspera desde el extremo opuesto de la mesa—. Hay muchas putas en el pueblo para que disfrutes. Deja en paz a las sirvientas del castillo.

Ella levantó la mirada sorprendida. Neacal estaba mirando con fiera a Oilbheis, y el hombre mayor obedeció, soltándole la muñeca. Los ojos de Neacal se deslizaron hacia los suyos; ella se dio la vuelta rápidamente, sin querer que él la notara más.

Para su gran alivio, estalló una pelea en la cabecera del salón, y tanto Neacal como Oilbheis se volvieron hacia el alboroto, dándole la oportunidad de escabullirse.

—¡Sabes que los herederos legítimos eran tus primos! ¡Los primos que tu padre mandó asesinar! —rugió un noble del clan.

Evelyn se quedó inmóvil, volviéndose hacia la mesa principal. Dos guardias se apresuraron a acercarse al noble enfurecido. Parecía tener unos sesenta años, con cabello rubio canoso y ojos azules, aunque su rostro mostraba una intensidad juvenil mientras fulminaba a Padraig con la mirada.

Los ojos de Evelyn se deslizaron hacia Neacal. No hizo ningún movimiento para intervenir y defender a su hermano, ni a su difunto padre. Permaneció sentado, con la mirada fija en su hermano sin mostrar un ápice de emoción.

Padraig, sin embargo, se había puesto de pie de un salto, con la mano en la empuñadura de su espada.

—¡Di una palabra más y tendrás tu cabeza rodando, Dunaidh!

—Ya no me importa lo que me hagas —rugió Dunaidh—. No tienes más que codicia en tu corazón. ¡No eres mi señor!

—¡Sacadlo de aquí! ¡Llévadlo a las mazmorras! —siseó Padraig.

Los guardias obedecieron, agarrando a Dunaidh por los brazos y arrastrándolo fuera del salón.

—¿Alguien más tiene algo que decir? —desafió Padraig, girándose para enfrentar a los otros nobles. Ella notó que la mirada de Padraig parecía detenerse en su hermano. Pero Neacal no movió un músculo, manteniendo su expresión estoica mientras sostenía la mirada de su hermano con serenidad.

El resto de los nobles guardó silencio; muchos de ellos habían palidecido de miedo.

—No tomo la traición a la ligera —dijo Padraig, su voz llegando a cada rincón del salón—. Escuchad esto: si hay más traidores entre el clan, os encontraré. Y cuando lo haga, no tendré piedad.



LATHARN, Gormal y Crisdean escuchaban atentamente mientras Evelyn describía en detalle lo que había sucedido en el festín la noche anterior.

Era el día siguiente; Evelyn había contado los segundos hasta que pudo salir del castillo para contarle a Latharn lo que había averiguado en el festín de anoche. Tulach no pudo acompañarla; había llegado un cargamento de grano al castillo y tenía que pasar el día transportándolo a los almacenes, pero insistió en que fuera sola: los acontecimientos de la noche anterior eran demasiado importantes como para no compartirlos de inmediato.

Hubo una larga pausa cuando terminó. La expresión de Latharn se tensó; se volvió hacia Gormal.

—¿Reconoces el nombre? —preguntó.

—Aye —dijo Gormal, sacudiendo la cabeza con incredulidad—. Ailbeart Dunaidh. Era cercano a tu padre, pero no sabía que aún le fuera leal. Nunca dijo una palabra contra tu tío.

—¿Dijiste que lo llevaron a las mazmorras? —preguntó Latharn, volviéndose hacia ella.

—Aye —dijo Evelyn—. Padraig estaba furioso.

—Tenemos que sacarlo —dijo Latharn—. Si es leal a mi padre, se unirá a mí.

—De acuerdo —dijo Crisdean con un firme asentimiento.

—No lo aconsejo, mi señor —dijo Gormal.

—Sabes de lo que es capaz Padraig. Ejecutará a Dunaidh para dar ejemplo —gruñó Latharn.

—Fue su elección hablar en el festín —dijo Gormal—. Y una imprudente. Aún no tienes suficientes hombres para arriesgarte a asaltar el castillo.

Evelyn casi podía saborear la tensión entre los dos hombres mientras se extendía un largo silencio. Latharn fulminó con la mirada a Gormal, pero cuando habló, se dirigió a Horas, que se cernía detrás de él.

—Horas, ¿conoces a algún guardia de las mazmorras que acepte sobornos?

—Aye —respondió Horas.

—Quiero que tú y dos hombres de confianza vayan al castillo MacUisdean y los sobornen para que liberen a Dunaidh. Te daré algunas monedas. Si preguntan quién os envió, decidles que fue uno de los hombres de Dunaidh —dijo Latharn.

El orgullo creció dentro de Evelyn ante el desafío de Latharn a Gormal; personalmente pensaba que el hombre mayor era demasiado imperioso con Latharn. La boca de Gormal se tensó, pero no dijo nada.

—Aye, mi señor —dijo Horas, y ella hubiera jurado que vio una mirada de orgullo en los ojos del guardia también.

—Gracias por contarnos esto, Eibhlin —dijo Latharn, volviéndose hacia ella—. Sé que tienes que volver. Déjame acompañarte hasta tu caballo.

Cuando llegaron a los establos, Latharn le cogió la mano, haciéndola volverse hacia él, y esa familiar conciencia se abrió paso a través de su cuerpo ante su contacto.

—He sido sirviente en festines de nobles del clan borrachos —murmuró Latharn, su hermoso rostro arrugado de preocupación—. ¿Alguien te tocó? ¿Te dijo algo inapropiado?

Pensó en la proposición del noble borracho y en cómo Neacal lo detuvo, y en la amenaza de Pdraig en el festín anterior, tragando saliva con dificultad. Ahora sería el momento de contarle sobre ambos incidentes. Pero no quería decir nada que hiciera que Latharn dejara de usarla como espía.

—Aye —admitió finalmente, decidiendo no revelar más detalles—. Pero no fue nada. Puedo cuidarme sola, Latharn.

La ira brilló en los ojos de Latharn. Su boca se tensó y se pasó una mano por el pelo oscuro, un gesto que dejó su cabello seductoramente despeinado. Ella desvió la mirada. ¿Por qué Latharn tenía que ser tan distractoramente apuesto?

—No quiero que sufras ningún daño —dijo—. Tal vez... tal vez ya has hecho suficiente para ayudarme y...

—No —replicó Evelyn rápidamente—. Quiero ayudar hasta que hayas recuperado tus títulos y el hijo del traidor ya no gobierne el clan. Te lo dije: es la mejor manera de vengar a mi padre.

—Creo que tu padre habría querido tu seguridad por encima de todo —la desafió—. Pero sé lo determinada que eres. —Le sonrió, y algo brilló en sus ojos. ¿Anhelo? ¿Deseo?— Mi padre nos contaba a mí y a mis hermanos historias de bestias que acechan en tierras lejanas, llamadas leones, algunos con ojos dorados como los tuyos. Me recuerdas a cómo sería una hembra. Una leona.

Su voz se volvió ronca, y la necesidad que ardía en las entrañas de Evelyn se convirtió en deseo. Se le secó la boca y se encontró acercándose a Latharn, casi por voluntad propia.

—Eibhlin —susurró. Ella anhelaba decirle su verdadero nombre moderno, solo para oírlo en sus labios. *Evelyn*—. Leona.

Él enredó su mano en su cabello, tirando de él hacia atrás para que sus ojos chocaran con los de ella. Se inclinó, reclamando su boca con la suya, saqueándola a fondo con su lengua. Evelyn dejó escapar un gemido mientras el beso se profundizaba, mientras él exploraba cada centímetro

de su boca. Su corazón latía con fuerza mientras su cuerpo se apretaba contra el de él, y él la presionó contra la pared, su excitación prominente contra su abdomen. Evelyn contuvo la respiración y dejó escapar un gemido.

Cuando se separaron, sus labios recorrieron la mandíbula de ella, bajando hasta su garganta, y ella arqueó nuevamente su cuerpo hacia el de él.

—Dios, cómo te deseo —susurró él.

—Y yo a ti —respondió ella, con la voz entrecortada por otro gemido mientras él extendía la mano para inclinarle la cabeza hacia atrás, mordisqueando hambrientamente la base de su garganta.

—Debería decir que no deberíamos besarnos más —murmuró Latharn, atrayéndola hacia sí, con los labios contra su cabello—. Pero no puedo parar, muchacha. Nunca he deseado a una mujer como te deseo a ti.

El corazón de Evelyn se elevó cuando él se apartó, mirándola a los ojos con una intensidad tan abrasadora que le cortó la respiración. Por unos tensos momentos, consideró decirle la verdad; la tenía en la punta de la lengua.

Latharn pareció percibir esto, estudiándola con el ceño fruncido.

—¿Qué ocurre, Eibhlin?

Evelyn intentó no estremecerse al oír el nombre, el nombre que su madre le había dado en el pasado. Pero, ¿cómo reaccionaría él si le dijera que había nacido en el pasado pero vivía en el futuro? Incluso su padre no había creído que su madre fuera una viajera del tiempo cuando ella se lo dijo por primera vez; había tenido que contarle varios eventos futuros hasta que lo hizo, y su padre amaba a su madre. Latharn la deseaba, pero el deseo no era suficiente para que creyera una historia tan descabellada. Se imaginó sus amables ojos ardiendo de furia e incredulidad antes de echarla. Una poderosa oleada de dolor la invadió ante ese pensamiento.

—Creo que deberíamos poner distancia entre nosotros —forzó las palabras a salir de sus labios, con el estómago encogido al ver el dolor que brilló en los ojos de él—. N-no quiero distraerte de tu deber. Sé que debes casarte con una dama noble para asegurar tu reclamación. Solo te obstaculizará dispensar atenciones amorosas a una sirvienta como yo. No deberíamos estar solos nunca más.

CAPÍTULO 11



Eibhlin le ocultaba algo, algo más allá de sus dolorosas palabras sobre mantener las distancias con él. Podía notar que alguna confesión había estado a punto de salir de esos hermosos labios después de que la besara, antes de que ella se cerrara e insistiera en que ya no debían estar a solas.

Ese pensamiento lo atormentó mucho después de que ella se hubiera marchado a caballo, con el rostro pálido y distante, persistiendo incluso mientras discutía el rescate de Ailbeart Dunaidh con Horas. Horas era amigo de dos guardias del castillo a quienes podría sobornar para acceder a las mazmorras. Por su seguridad, Latharn tendría que quedarse atrás durante el rescate, algo que odiaba hacer, pero Gormal insistió en que si caía en manos de Padraig antes de que tuvieran suficientes hombres para defenderlo, significaría su perdición.

Después de que la discusión sobre el rescate de Ailbeart llegara a su fin, cabalgó hasta otra taberna del pueblo junto con su hermano y Horas para convencer a un grupo de granjeros locales de que lucharan por su causa.

—Sé lo que es tener una mala cosecha, no saber cuándo llegará tu próxima comida —dijo, cuando algunos de los granjeros reaccionaron con escepticismo—. He oído hablar de la crueldad del señor actual. No le importa la gente común que trabaja sus tierras. A mí sí me importa, porque he sido como vosotros. Soy como vosotros. Y tenéis mi palabra, por el honor de mi padre, que os defenderé con mi vida, que nunca pasaréis hambre cuando yo sea el señor y jefe del clan.

Cuando la reunión concluyó, la mayoría de los hombres le habían jurado lealtad.

—Lo has hecho bien ahí dentro, hermano —dijo Crisdean, mientras salían de la taberna y se dirigían a los caballos.

Latharn solo le dio un brusco asentimiento a su hermano. Sabía que debería sentirse complacido, pero aún tenía que convencer a muchos más hombres, y el tiempo se agotaba. No pasaría mucho tiempo antes de que se corriera la voz a Padraig de que Latharn estaba vivo y decidido a reclamar sus títulos. Necesitaba estar preparado antes de que eso sucediera.

Sus pensamientos se desviaron hacia Eibhlin y el misterio de lo que fuera que estuviera ocultando. No sospechaba que ella lo traicionara o que traicionara su causa; solo veía sinceridad en sus ojos cuando hablaba de derrotar a Padraig y restaurar a Latharn en su legítimo lugar como jefe del clan. No, era algo más lo que estaba ocultando. Estaba decidido a averiguar exactamente qué era.



—MI SEÑOR.

En medio de la noche, justo después de haber caído en un sueño inquieto, se despertó al sonido de la voz de Horas. Se incorporó bruscamente; Horas estaba de pie en la entrada.

—Hemos rescatado a Ailbeart Dunaidh. Tuve la ayuda de dos guardias que odian a Padraig y que han accedido a ayudarnos —dijo Horas, radiante—. Apenas tuve que sobornarlos.

El alivio inundó a Latharn; había temido que no pudieran rescatar a Ailbeart a tiempo.

Cuando salió de su dormitorio, encontró a Ailbeart de pie frente al hogar, junto con Crisdean y Gormal. El rostro de Ailbeart estaba amoratado, su piel pálida, pero al ver a Latharn, un tumulto de alegría cruzó su rostro.

—Tienes el aspecto de tu padre —respiró, sacudiendo la cabeza—. No creía realmente que siguieras vivo. Yo... me disculpo por servir a tu tío. Tu padre era un buen hombre, un gran hombre. Yo...

Latharn levantó la mano. No necesitaba que Ailbeart repitiera las mismas palabras que Baigh había pronunciado cuando prometió servirle.

—Todo quedó en el pasado —dijo.

—Tienes mi lealtad, Latharn MacUisdean. Haré lo que pueda para ayudarte a restaurarte en tu legítimo lugar como señor y jefe —juró Ailbeart.

—Te agradezco que te unas a mí —dijo Latharn, sosteniendo su mirada—. Pero lo primero que debes hacer es disculparte con Padraig, de rodillas. Dile que tus hombres te rescataron de las mazmorras, pero que tu tiempo allí te ha humillado y te has dado cuenta del error de tus palabras.

Todos en la habitación lo miraron con sorpresa. Gormal abrió la boca para hablar, pero Latharn volvió a levantar la mano pidiendo silencio.

—Te necesito cerca de Padraig, necesito saber qué está planeando —dijo Latharn con firmeza.

Una mirada de vacilación cruzó el rostro de Ailbeart. Era algo peligroso lo que le estaba pidiendo a Ailbeart que hiciera, pero era necesario. Si Padraig era tan orgulloso como sospechaba, volvería a aceptar a Ailbeart en su círculo, siempre y cuando Ailbeart se arrodillara ante él.

Después de varios largos momentos, Ailbeart le dio un asentimiento.

—Se hará, mi señor —dijo.

—Pero —continuó Latharn—, si es necesario, puedes negar todo conocimiento de mi presencia aquí. Tendremos a un hombre vigilándote para asegurarnos de que no te haga daño y para garantizar que no te encarcele de nuevo.

—Haré todo lo que me pidas, pero no te negaré —dijo Ailbeart, sacudiendo la cabeza—. Una vez le di la espalda a un buen hombre, tu padre. No lo haré de nuevo.

Durante el transcurso de la siguiente quincena, Ailbeart se unió al pequeño pero creciente grupo de hombres que le habían jurado lealtad. Se enteró de que Padraig planeaba aumentar nuevamente las rentas de los arrendatarios de las tierras, incluso después de un invierno difícil en el que los más pobres tenían poco que ahorrar. Esto había provocado el arrebato de Ailbeart en el banquete, el arrebato que Eibhlin había escuchado.

Ailbeart, junto con Tulach, Eibhlin y otros dos trabajadores del castillo, ahora le informaban de lo que Padraig tramaba. También se enteró de que Padraig estaba inseguro sobre su estatus como señor; buscaba casarse con una mujer noble que solidificara su reclamo y también estaba haciendo que los nobles le juraran lealtad, nuevamente. Eso explicaba las visitas nocturnas que uno de los mozos de cuadra había visto llegar al castillo.

Sin embargo, el hermano de Padraig, Neacal, no parecía preocupado ni por ayudar a Padraig

a asegurar el señorío ni por arrebatárselo. Se ocupaba de su propio feudo y sus hombres, visitando el castillo solo para los festines.

—Aún no confío en él —dijo Gormal—. Creo que debemos mantenerlo vigilado.

Latharn estuvo de acuerdo, y encargaron a los guardias con los que Horas tenía amistad que hicieran visitas periódicas al feudo de Neacal para ver si estaba tramando su propio golpe, pero no vieron nada que levantara sospechas.

La mayor parte de esta información provenía de Ailbeart, quien resultó ser un aliado tan útil que Gormal se disculpó con Latharn por no haber querido rescatarlo de las mazmorras. Eibhlin solo podía informarles sobre qué nobles visitaban el castillo, y los nobles no discutían nada más de interés en los festines. Aunque ella era quien menos información compartía, eran sus visitas las que más anhelaba.

Sin embargo, ella cumplió su palabra y se mantuvo distante y reservada, haciendo sus visitas breves, ofreciendo solo respuestas cortantes a sus preguntas y negándose a quedarse a comer con ellos. Pronto se cansó de esto; aunque la deseaba fervientemente, echaba de menos más que solo sus labios sobre los suyos: extrañaba sus conversaciones. Su compañía.

—Tulach me informó que Floraidh no te espera de vuelta por un tiempo —dijo él, cuando ella llegó para informarle sobre un próximo festín un soleado mediodía, después de días de su continua distancia—. ¿Darías un breve paseo a caballo conmigo?

Sus ojos dorados se llenaron de sorpresa al encontrarse con los suyos, y abrió la boca con lo que él sabía que era una protesta.

Gormal, Crisdean y Horas estaban sentados en la mesa detrás de ellos, y dudaba que pudieran oírlos, pero se aseguró de mantener su voz baja mientras se acercaba.

—Prometo no tocarte, muchacha —susurró, dándole una sonrisa juguetona—. Solo extraño tu compañía, eso es todo.

Eso era mentira. Extrañaba su cuerpo exuberante presionado contra el suyo, la dulzura de sus besos, pero no quería que ella pusiera más distancia entre ellos.

Eibhlin le dio una tímida sonrisa y un asentimiento vacilante, y el alivio lo invadió.

Latharn ignoró la mirada complacida de Crisdean y la mirada desaprobadora de Gormal mientras les informaba que él y Eibhlin iban a dar un paseo.

Horas los acompañó mientras se alejaban cabalgando, pero pareció percibir el deseo de Latharn de estar a solas con Eibhlin, manteniendo su distancia y cabalgando a una docena de yardas detrás de ellos.

El aire era fresco y cargado con la promesa de lluvia mientras cabalgaban, aunque el cielo estaba claro y de un azul brillante. El clima en las Tierras Altas cambiaba tan rápidamente como el aleteo de un colibrí; esperaba que se mantuviera seco el tiempo suficiente para tener un momento a solas con Eibhlin. No quería que ella usara un aguacero como excusa para huir de vuelta al castillo de inmediato.

Pero el clima se mantuvo, y pronto llegaron a un lago que brillaba bajo el sol del mediodía, rodeado de frondosos árboles verdes y bordeado por orillas de arena blanca. Contemplaron en silencio la belleza del lago por un momento antes de dar de beber a sus caballos y atarlos a un árbol cercano. Latharn no veía a Horas, pero sabía que estaba cerca. Agradecía que Horas les hubiera dado privacidad a él y a Eibhlin; su perceptivo guardia debía saber cuánto la deseaba.

—Gormal me contó que a mis padres biológicos les gustaba venir juntos a este lago y caminar por sus orillas —dijo, contemplando sus aguas relucientes—. Ahora entiendo por qué. Es pacífico.

Pudo ver cómo la reticencia que persistía en el rostro de Eibhlin se desvanecía. Ella sonrió,

volviéndose hacia el lago.

—Sí, mi madre me contó que ella y mi padre a veces se unían a ellos —dijo.

—¿Y tú? —preguntó él. Eibhlin rara vez hablaba de sí misma, mayormente hablaba de su madre—. ¿Había algún lago cerca de tu hogar que te gustara visitar cuando eras niña?

La ligereza en su rostro desapareció, y Eibhlin se puso rígida.

—No —dijo secamente—. Siempre había tareas que atender.

—Yo tenía tareas en los campos y en casa —insistió Latharn—. Pero aun así podía visitar el bosque cercano.

Eibhlin guardó silencio por un largo momento, con la mirada fija en las aguas del lago.

—Me gustaba dar largos paseos —dijo finalmente—. Había un sendero para caminar cerca de nuestra cabaña. A veces iba con mi madre, pero la mayoría de las veces iba sola. Yo... me gustaba hacer cosas que muchas muchachas no disfrutaban o no se les permitía hacer.

—¿Ah, sí? —preguntó él, intrigado.

—Sí. Yo... disfrutaba entrenando en tiro con arco, esgrima y equitación —dijo ella—. Quizás es porque soy lo que muchos consideran pequeña. Entrenar para hacer tales cosas físicas siempre me ha hecho sentir más fuerte.

Él la miró con asombro silencioso. ¿Cómo podía su madre permitirse que ella tomara tales lecciones, lecciones que solo los nobles y los ricos podían costear? Quizás su madre guardó algunas monedas cuando huyó.

Pero sus sentidos nuevamente le dijeron que ella estaba ocultando algo; algo faltaba en su historia. Ella pareció percibir su creciente sospecha, apartándose bruscamente de él.

—Deberíamos regresar —dijo, pero él extendió la mano para detenerla.

—Eibhlin... quiero que sepas que puedes confiar en mí —dijo, sosteniendo su mirada.

Ella se estremeció, apartando su brazo del de él. Pero él se acercó más, ignorando la punzada de deseo que lo atravesó ante su proximidad.

—Cuando estés lista para contarme lo que sea que estés ocultando... estaré listo para escuchar.

CAPÍTULO 12



*C*uando estés lista para contarme lo que sea que estás ocultando... estaré listo para escucharte.

Las palabras de Latharn resonaban en la mente de Evelyn mientras yacía en su cama de paja aquella noche. Si tan solo supiera lo que ella estaba ocultando. *Nací en 1364, hija de una estadounidense que viajó en el tiempo y un noble de las Highlands. Viví en el siglo XXI antes de regresar a esta época a través de una aldea antigua y mágica.* Tuvo que morderse el labio para contener una risa amarga, imaginando la expresión en el rostro de Latharn si le contara la verdad.

Había intentado mantener la distancia con él, pero se había encontrado... echándolo de menos. Cuando la llevó al lago, quiso abrirse más a él, contarle sobre sí misma, su *verdadero* yo. Y lo había anhelado, deseando que la besara de nuevo. Desesperadamente.

—¿Quién es él?

Evelyn se sobresaltó al mirar a Aimil, que yacía en la cama de paja junto a la suya. Se había vuelto hacia Eibhlin, mirándola con una sonrisa juguetona. La sorpresa la invadió; Aimil la había estado evitando desde que intentó sonsacarle información. Aunque se alegraba de que Aimil le hablara, no quería discutir sobre Latharn.

—¿Qué? —preguntó Evelyn, ganando tiempo—. No estoy pensando en ningún hombre.

Aimil arqueó una ceja escéptica, inclinándose hacia adelante y manteniendo su tono bajo.

—Vi lo mismo que pasó con Deoridh, la muchacha a la que reemplazaste. Salía del castillo por largos períodos y luego regresaba con una expresión tonta en el rostro como la que tienes ahora. Te lo preguntaré de nuevo. ¿Quién es ese amante secreto tuyo?

El pánico se encendió en el pecho de Evelyn. Había pensado, esperado, que los recados que hacía para Floraidh hubieran enmascarado sus ausencias. ¿Alguien más había notado sus largas salidas del castillo? Tragó saliva con dificultad, pensando rápidamente.

—No es mi amante —respondió, decidiendo apegarse a un viejo adagio. *Cuando mientas, mantente lo más cerca posible de la verdad.*

—¿Pero hay un él? —preguntó Aimil, con los ojos brillantes.

—Sí. Hay alguien por quien... me preocupo —dijo evasivamente—. No quiero decirte exactamente quién es... pero es un sirviente. No podemos estar juntos. Está comprometido para casarse con otra persona.

Evelyn se sintió orgullosa de sí misma por la mentira improvisada, pero cuando Aimil le dirigió una mirada de genuina simpatía, una pizca de culpa se deslizó en su interior.

—Lamento oír eso —murmuró Aimil—. Pero eso no significa que no puedas disfrutarlo antes de que se case. Eres una muchacha bonita, estoy segura de que no te rechazará. Puedo inventar excusas por ti si necesitas escabullirte para encontrarte con él. Tengo hierbas que

evitarán que quedes embarazada.

Evelyn la miró, asombrada. Sí, sabía que era probable que la gente en esta época, especialmente los sirvientes, no se comportara como los puritanos que los libros de historia los retrataban. Su madre le había contado algunos escándalos sexuales entre plebeyos y nobles por igual. *El sexo es sexo sin importar el siglo*, le había dicho su madre. Sin embargo, que alguien en esta época la animara no solo a hacer el amor con Latharn, sino también a practicar sexo seguro, parecía tan incongruentemente moderno. Era solo un recordatorio de que, aunque estaba cientos de años en el pasado, la gente no había cambiado mucho.

Aimil sonrió, malinterpretando su expresión de asombro.

—Sé que eres nueva aquí, pero seguramente has trabajado antes en la casa de un noble, ¿no? Muchos de los sirvientes, casados o no, tienen amantes. —Su expresión se oscureció de repente—. Y el Laird MacUisdean tiene un gusto por...

Aimil se detuvo abruptamente. Evelyn la observó, rezando para que dijera más, pero la repentina expresión hermética de Aimil fue como ver una puerta cerrarse de golpe. Otra vez.

—Eso es todo el consejo que tengo —dijo Aimil, dejando escapar un bostezo exagerado y dándole la espalda.

Evelyn permaneció despierta, aferrándose a la zanahoria que Aimil había colgado frente a ella. Estaba segura de que la declaración completa de Aimil era: "El laird tiene un gusto por las sirvientas".

Recordó su mano en su brazo con un estremecimiento y la advertencia de Tulach cuando comenzó a trabajar en el castillo. *No querrás llamar la atención de Padraig. Eres una muchacha bonita. Eso es todo lo que diré.*

¿Con qué sirvienta se estaba acostando Padraig? ¿Era Aimil una de ellas?

A la mañana siguiente, Aimil volvió a ser la amiga parlanchina de siempre, como si su distanciamiento de los últimos días nunca hubiera ocurrido. Pero cuando Eibhlin intentó que elaborara sobre sus palabras acerca de Padraig, simplemente descartó sus palabras y le dijo que no sabía nada de las compañeras de cama del laird.

Informó de las palabras de Aimil a Latharn y Gormal la tarde siguiente, pero no obtuvo la reacción que esperaba.

—Ya lo sabíamos —dijo Gormal con el ceño fruncido—. Le gustan las muchachas, tanto plebeyas como nobles. Al igual que a su padre antes que él. Me sorprende que aún no haya intentado llevarte a su cama. Tal vez... —dijo Gormal, estudiándola de cerca, como si la viera por primera vez, y un escalofrío de terror recorrió su columna. ¿Estaba Gormal sugiriendo que se acostara con Padraig? Solo pensarlo le ponía la piel de gallina.

Latharn dejó escapar un gruñido, y Evelyn se giró hacia él, sobresaltada. Las manos de Latharn estaban apretadas a sus costados, su rostro ardiendo de furia mientras fulminaba a Gormal con la mirada.

—No quiero volver a oírte hacer tal sugerencia —gruñó—. No querías que espiera para mí porque es hermosa. ¿Y ahora sugieres que se prostituya para ese bastardo?

—Mi señor —dijo Gormal, con voz contrita, aunque su expresión no coincidía con su tono—, ¿qué mejor manera para que la muchacha consiga-

—No —interrumpió Latharn, avanzando hacia Gormal, a quien le sacaba una cabeza, y Evelyn notó ahora un atisbo de miedo en los ojos del hombre mayor—. Ella se mantendrá alejada de él. Ailbeart está vigilando de cerca a Padraig por nosotros. No hay necesidad de que Eibhlin se convierta en su ramera.

Gormal le dio un gesto de asentimiento, palideciendo ligeramente. Latharn centró su atención

en ella, y Evelyn tuvo que reprimir activamente la oleada de calor que surgió dentro de ella ante la ira que aún ardía en sus ojos. Una parte de ella quería que su reacción naciera de los celos, pero se dijo a sí misma que solo estaba siendo protector.

—No hagas caso a una palabra de lo que ha dicho —murmuró Latharn, mientras Gormal se alejaba—. Padraig no habla de sus amantes con los otros nobles; no le contará tales cosas a Ailbeart. Averigua lo que puedas, pero mantente fuera de su camino.

Gruñó la última parte de su orden, y un ardiente deseo se deslizó entre sus muslos.

—Sí —susurró ella, luchando contra la fuerza de su deseo por él—. Entendido.



UN DOLOR punzante palpitaba entre los muslos de Evelyn mientras regresaba al castillo e intentaba concentrarse en sus deberes. Sus pensamientos estaban divididos entre el atractivo de Latharn y las formas de sonsacar más información a Aimil, pero como siempre, los pensamientos sobre Latharn ganaban. ¿Por qué no podía ser bajo, calvo y regordete? Quizás entonces ella sería una mejor espía y no lucharía con la distracción que él suponía. Su rostro se acaloró al pensar en su enojo cuando Gormal insinuó que durmiera con Padraig; una parte vergonzosa de ella aún quería que su furiosa reacción naciera de los celos.

Sus pensamientos estaban tan envueltos en Latharn que no notó que un hombre se le acercaba mientras se dirigía por el pasillo hacia las cocinas.

Cuando se dio cuenta, era demasiado tarde para evitarlo.

Neacal se dirigió hacia ella, y se dio cuenta con creciente horror de que no solo caminaba por el pasillo, sino que se movía deliberadamente hacia *ella*. No se detuvo hasta que estuvo frente a ella, mirándola a los ojos.

El pánico inundó cada parte de su cuerpo. Bajó la cabeza y murmuró:

—Si me disculpa, mi-

—Tus ojos —dijo Neacal, extendiendo la mano para agarrar su barbilla y levantarla para encontrarse con sus ojos. El terror le quemó el pecho; su corazón comenzó a golpear contra su caja torácica—. Los noté en el banquete, y ahora sé por qué me resultas familiar. Son los ojos de tu padre.

De repente, se le hizo difícil respirar. Si la reconocía como la hija de su padre —ahora un traidor en lo que concernía al clan—, podría entregarla a Padraig.

Tragó saliva, tratando de averiguar qué decir, cómo salir de esto, mientras él la tomaba del brazo y la conducía a una cámara vacía, con los ojos aún clavados en los de ella.

—Mi padre hizo matar al tuyo —dijo, como si fuera un hecho—. Fue declarado traidor del Clan MacUisdean. ¿Por qué volviste al lugar de su asesinato?

No había dureza en su pregunta, solo genuina curiosidad. Ella respiró hondo, deseando poder mentir sobre su identidad, pero no podía. Sus malditos ojos la habían delatado, algo que debería haber anticipado.

—¿Muchacha? —insistió él.

—Después... después de la muerte de mi padre, mi madre y yo huimos a las Tierras Bajas —susurró—. Cuando mi madre murió, ya no quedaba dinero. Me costaba encontrar trabajo, así que regresé a donde sabía que mis padres habían vivido una vez, con la esperanza de que alguien se apiadara de mí y me ofreciera un puesto. Tomé el lugar de otra criada. Si quiere que me vaya-

—No —dijo Neacal, retrocediendo con el ceño fruncido—. No tienes que irte. Pero hay rumores de que Latharn MacUisdean está vivo y ha regresado a estas tierras para reclamar su

título. ¿Sabes algo sobre esto?

No sabes nada, se dijo Evelyn, mientras su pánico aumentaba. Compuso su expresión en una de incredulidad. Necesitaba dar una actuación digna de un Oscar en ese momento.

—Es imposible —respiró—. Los hijos del antiguo señor llevan mucho tiempo muertos.

Él sostuvo su mirada por un largo momento; ella sabía que estaba buscando un indicio de engaño. Mantuvo los ojos abiertos, rezando para parecer genuinamente asombrada.

—Muy bien, muchacha —dijo finalmente, y el alivio la inundó—. Pero es mejor que evites llamar la atención de mi hermano. Quédate en las cocinas si es necesario.

—Sí, mi señor. Se lo agradezco —dijo ella, haciendo una rápida reverencia antes de alejarse apresuradamente de él, aunque sintió sus ojos ardientes e intensos seguirla mientras huía.

CAPÍTULO 13



Cuando Eibhlin entró en la casa de Horas, su piel estaba pálida y el pánico ensombrecía sus ojos.

Latharn se puso inmediatamente de pie al verla. Había estado discutiendo con Crisdean y Gormal sobre el número de guerreros que Padraig tenía de su lado, pero en cuanto vio el rostro de Eibhlin, olvidó la conversación. Cruzó la habitación a grandes zancadas para acercarse a ella.

—¿Qué ha pasado? —preguntó, con furia corriendo por sus venas. ¿Alguien la había lastimado?

—Neacal me ha reconocido —susurró Eibhlin—. Me-me advirtió que me mantuviera fuera de la vista. También me dijo que hay rumores sobre tu regreso. Pareció creerme cuando le dije que no sabía nada al respecto.

El temor inundó el cuerpo de Latharn mientras que detrás de él, Gormal soltó una maldición.

Sabía que eventualmente le llegarían noticias a Padraig de que estaba vivo y en las tierras de los MacUisdean una vez que comenzara a reclutar plebeyos para su causa. Pero los rumores de su regreso no le preocupaban; solo estaba inquieto por Eibhlin.

—No deberías volver al castillo —dijo—. Eso no fue una advertencia. Fue una amenaza.

—Latharn, podría haberme llevado con Padraig allí mismo. En cambio, me dejó ir. Incluso parecía... preocupado —murmuró Eibhlin, sumida en sus pensamientos.

—Eso fue para hacerte sentir segura —respondió Latharn—. ¿Has olvidado lo traicionera que era esa serpiente de su padre? Ya no puedes quedarte allí. Tienes que irte, alejarte de estas tierras.

Su corazón se retorció al decir estas palabras, pero tenía que poner la seguridad de ella por encima de su deseo.

El dolor brilló en sus ojos antes de ser reemplazado por determinación, la misma determinación que había visto en su rostro la primera vez que se conocieron.

—¿Qué sabes sobre Neacal? —preguntó ella.

—¿Por qué importa eso? —espetó él.

—Porque no creo que sea como su hermano —dijo ella—. Lo he observado en los banquetes. No parece gustarle estar allí. No se parece en nada a Padraig. Es... más callado. Casi... amable. Un noble me acosó en un banquete, y Neacal le ordenó que me dejara en paz. Cuando Tulach me advirtió que a Padraig le gustaban las mozas, no mencionó a Neacal. Creo que...

—Eibhlin —gruñó—, ambos fueron criados por el hombre que asesinó a nuestros padres. Ellos...

—Padraig puede ser como su padre, pero no creo que Neacal lo sea —protestó Eibhlin—. Si lo fuera, no estaría aquí ahora mismo.

—Creo que Eibhlin tiene razón —intervino Crisdean. Gormal y Crisdean ahora estaban detrás de él—. Neacal podría haberla llevado directamente al laird.

—Eso no prueba nada —siseó Latharn—. Por lo que sabemos, podría haberle dicho a su hermano que estabas allí, y están esperando que regreses. O podría haberte hecho seguir.

—Tomé una ruta diferente para llegar aquí y me detuve periódicamente para asegurarme de que no me seguían —dijo Eibhlin—. Latharn... es posible que a Neacal no le interese el liderazgo. ¿Y si pudiera ser un aliado? ¿Y si pudiera ayudarte?

Latharn solo la miró con horrorizada incredulidad. Defender a Neacal era una cosa. Pero sugerir que trabajara con su enemigo como aliado era una locura.

—Padraig y Neacal estaban en conflicto por quién tomaría el liderazgo —dijo Latharn, entre dientes—. Si Neacal no quería eso...

—Pero ¿cómo lo sabes con certeza? —preguntó Eibhlin—. ¿Y si...?

Latharn levantó la mano para silenciarla. Se volvió hacia Crisdean y Gormal.

—Dejadnos. —Ladró las palabras—. Quiero hablar a solas con Eibhlin.

Su hermano frunció el ceño y pareció que iba a protestar, pero ante la mirada furiosa en el rostro de Latharn, obedeció. Gormal, notó, parecía complacido de que estuviera enojado con Eibhlin. Le dio a Latharn un respetuoso asentimiento y salió de la casa con Crisdean.

Cuando se volvió hacia Eibhlin, notó que había palidecido de nuevo, pero también se había erguido en toda su estatura, sosteniendo firmemente su mirada. Él se acercó a ella, tratando de controlar su ira y sus crecientes celos.

—¿Qué —espetó— pasó exactamente entre vosotros dos?

El desafío desapareció de sus ojos, que se abrieron de par en par.

—¿Qué? —jadeó—. ¿Te refieres... entre Neacal y yo?

—Sí —exigió—. Vienes aquí y me dices que crees que Neacal es digno de confianza y que podría ser un aliado. ¿Cómo te convenció de esto, muchacha?

La incredulidad de Eibhlin se convirtió en rabia. Se acercó a él hasta que estuvieron cara a cara.

—¿Cómo te atreves? —siseó—. No me tocó, si eso es lo que estás sugiriendo. Te estoy diciendo esto basándome en lo que he observado del hombre. Y no sé con certeza si puede ser un aliado, es solo algo que sospecho que podría ser...

—Neacal es nuestro enemigo —ladró—. Si no entiendes eso, quizás ya no deberías servir como espía, y seguir tu camino.

—Aún puedo espiar por mi cuenta —replicó.

—¿Estás segura de eso, muchacha? Podría hacer que mis hombres te sacaran del castillo y te enviaran lejos por la fuerza.

Odiaba usar su poder —poder con el que apenas se estaba familiarizando— sobre ella, pero estaba decidido a mantenerla a salvo del peligro y a quitarle de la cabeza la ridícula idea de que Neacal podría ser su aliado. Nunca se perdonaría si algo le pasara.

—Muy bien, *mi laird* —dijo con rigidez, enfatizando su título—. Me mantendré alejada de Neacal.

Ella comenzó a pasar junto a él, pero él la tomó de la mano, acercándola.

—Eibhlin —murmuró, suavizando su tono—. Debes saber que me preocupo por ti. Solo quiero protegerte. No olvides que Neacal es el hijo de Steaphan MacUisdean. Si insistes en regresar al castillo, quiero que te quedes solo por una quincena. Es un riesgo que te quedes más tiempo ahora que Neacal sabe quién eres.

Eibhlin tragó saliva, pero le dio un brusco asentimiento.

—Sí —murmuró—. Pero... al menos piensa en lo que te dije. Habla con tus otros espías y ve qué tienen que decir sobre Neacal.

—De acuerdo —refunfuñó, aunque sabía que no haría tal cosa. Nunca trabajaría con el hijo del hombre que había destruido a su familia—. Siempre y cuando te mantengas alejada de Neacal.

Ella le dio otro asentimiento brusco, tratando de alejarse de él. Pero él no pudo contenerse; la acercó aún más y reclamó su boca con la suya. Por un momento, ella se puso rígida antes de derretirse en su beso, envolviendo sus brazos alrededor de su cuello con un suave suspiro mientras él saqueaba su boca. La mantuvo cerca mientras sembraba besos por el costado de su mandíbula, el largo arco de su garganta, hasta su exuberante pecho.

—Latharn —murmuró ella con un gemido. Él anhelaba bajar el corpiño de su vestido, tomar uno de sus rosados pezones en su boca, pero temía no poder detenerse de hacerle el amor si lo hacía.

—No hay un hombre vivo que no quiera hacer eso... que no quiera hacer más que eso —susurró, soltándola de mala gana mientras retrocedía—. Eres la muchacha más hermosa que he visto jamás; sé que no soy el único que te ha notado. Así que mantente fuera de su camino... y del camino de otros nobles. O que las consecuencias se vayan al diablo, marcharé a ese castillo y te sacaré yo mismo.



LE RESULTÓ difícil concentrarse después de que Eibhlin se fue; todavía estaba preocupado por el hecho de que Neacal supiera quién era ella. ¿Y si regresaba a una trampa, y Padraig y Neacal la violaban... antes de asesinarla? ¿Y si...

—La muchacha es fuerte —murmuró Crisdean, sintiendo su preocupación por Eibhlin—. Estará bien. Tulach y los otros espías no dejarán que le pase nada.

Apretó los dientes, queriendo decirle a su hermano que él debería ser quien la protegiera, no sus hombres. Pero solo le ofreció a su hermano un brusco asentimiento.

—Creo que deberías considerar lo que la muchacha dijo sobre Neacal —dijo Crisdean tentativamente, pero Latharn le lanzó una mirada fulminante.

—No. No me aliaré con mi enemigo.

—Estoy de acuerdo con Latharn —dijo Gormal—. Neacal sigue siendo nuestro enemigo... no confío en él.

La boca de Crisdean se tensó, y parecía que quería decir más. En su lugar, se puso de pie.

—Necesito tomar aire —dijo, volviéndose para salir de la casa.

—Mi señor —dijo Gormal, una vez que Crisdean los había dejado.

—¿Sí? —preguntó distraídamente, frotándose las sienes, sus pensamientos ya volviendo a Eibhlin.

—Sé que te preocupas por la muchacha. Que la desees.

Latharn se tensó, pero no tenía sentido negar la verdad de las palabras de Gormal.

—Pero... a medida que reunimos más hombres, necesitas pensar en tus acciones como señor. Un señor necesita una dama, una adecuada. Creo que ahora es el momento de hacer una alianza con el clan del que te hablé... el Clan Creagach. Sé que hay muchas muchachas adecuadas en el clan que puedes considerar como tu novia.

Latharn permaneció estoico, aunque la inquietud ahora rodeaba sus entrañas ante la idea de tomar una novia. El rostro de Eibhlin apareció en su mente.

—Si supieran que estarías dispuesto a asegurar una alianza con el matrimonio, creo que se unirán a nosotros —continuó Gormal. Le dirigió una mirada a Latharn. Por primera vez no era una mirada imperiosa, sino una de súplica genuina—. Creo que puedes ser un gran líder, mi señor. Pero los grandes líderes deben hacer sacrificios por su gente, poniéndolos por encima de todos los demás. Incluso de aquellos por los que se preocupan.

CAPÍTULO 14



Evelyn picaba el montón de zanahorias con su cuchillo, dividida entre la ira residual y el deseo. Su boca aún ardía por el beso de Latharn, pero la frustración y la furia por su rechazo le quemaban por dentro. ¿Acaso Latharn no confiaba lo suficiente en ella como para considerar siquiera su sugerencia sobre Neacal?

Tuvo que recordarse a sí misma que era una simple sirvienta en esta época, sin importar quién fuera su padre. Y Latharn la consultaba mucho más de lo que otros lairds harían con los plebeyos. Incluso podía entender su vacilación al considerar a Neacal como un aliado potencial. Pero su completo rechazo aún dolía.

Aún puedes descubrir la verdadera lealtad de Neacal por tu cuenta, se dijo a sí misma.

—Eibhlin, ¿puedes ayudarme en la cámara del señor? —preguntó Aimil, asomando la cabeza en las cocinas y sacando a Evelyn de sus tumultuosos pensamientos.

Evelyn la miró sorprendida, aunque no debería haberlo estado. Aimil había dado un giro completo desde su anterior reserva y ahora le hablaba sin parar cada vez que estaban solas, siempre y cuando Eibhlin no mencionara a Padraig. Evelyn se preguntó si podría averiguar sutilmente más sobre Neacal a través de Aimil. Si lo hacía, tendría que ser muy cuidadosa. Ahora sabía que Aimil podía cerrarse en un abrir y cerrar de ojos.

—Sí —dijo, entregando la bandeja de zanahorias picadas a uno de los ayudantes de cocina y acompañando a Aimil fuera de las cocinas hacia una de las habitaciones.

Durante varios largos momentos trabajaron en silencio, colaborando para cambiar la ropa de cama hasta que Aimil se detuvo, dirigiéndole una larga mirada.

—¿Sí? —preguntó Evelyn.

—Tienes que decirme qué te tenía tan enojada como para que estuvieras masacrando esas pobres zanahorias —dijo Aimil, con los ojos brillando de diversión.

Evelyn volvió a concentrarse en la ropa de cama, mordiéndose el labio. *La necesitas de tu lado*, se recordó. *Tienes que darle algo*.

—Estoy molesta con el hombre que me importa —dijo finalmente.

—¿Ah, sí? —preguntó Aimil, arqueando las cejas de la manera que lo hacía cada vez que compartía o se enteraba de un jugoso chisme.

—Sí. Siento que no me respeta —continuó Evelyn—. Le di mi consejo sobre... sobre algo relacionado con su familia, pero no quiso aceptarlo.

—Los hombres son tercos —dijo Aimil, estudiándola de cerca—. ¿Qué consejo era?

El temor se enroscó alrededor del cuerpo de Evelyn, y se tensó. ¿Se estaba imaginando cosas, o Aimil estaba indagando demasiado?

—Solo un asunto familiar privado —dijo, con un gesto desdeñoso de la mano.

Aimil soltó la ropa de cama y rodeó la cama, tomándole ambas manos.

—Puedes contarme cualquier cosa —dijo—. Puede que me guste el chisme, pero sé cuándo guardar un secreto.

Aimil mantuvo su mirada durante un largo momento, y la inquietud de Evelyn aumentó. ¿Podría Aimil sospechar que estaba ocultando algo más que un amante secreto?

Pero Evelyn hizo a un lado su inquietud; Aimil solo estaba husmeando en busca de más chismes.

—Lo sé —dijo Evelyn, con una sonrisa educada.

—Y no dejes que ese terco amante tuyo te cause pena —continuó Aimil, con una sonrisa irónica—. Sé lo tercos que pueden ser los hombres.

—¿Hay algún hombre terco que te importe? —preguntó Evelyn, devolviéndole la sonrisa.

Aimil no respondió durante un momento tan largo que Evelyn temió haber cruzado de nuevo alguna línea desconocida. Para su sorpresa, los ojos de Aimil comenzaron a brillar con lágrimas.

—Hay alguien —susurró Aimil—. Alguien que me importa profundamente. Alguien por quien haría cualquier cosa.

Un profundo dolor ensombreció los ojos de Aimil, y una punzada de culpa atravesó a Evelyn. Había considerado a Aimil como una chismosa frívola, pero ahora podía ver que Aimil cargaba con una gran angustia.

—Puedes contarme tanto o tan poco como quieras sobre él —dijo Evelyn con suavidad.

La expresión de Aimil se tensó, y un destello de arrepentimiento cruzó su rostro.

—Eibhlin —comenzó Aimil—. Yo...

Miró a Evelyn, una cacofonía de emociones jugando en su rostro, antes de que su expresión se cerrara y apartara la mirada.

—Asegúrate de llevar esta ropa de cama a la lavandera. Voy a empezar con la otra habitación —murmuró Aimil, sin mirarla mientras salía apresuradamente de la habitación.

Evelyn la vio marcharse, frunciendo el ceño. Aimil había estado a punto de decirle algo. Pero ¿qué? Se mordió el labio, considerando ir tras ella, pero decidió no hacerlo. Exigir saber qué estaba ocultando Aimil solo la haría cerrarse más.

Tuvo cuidado de darle espacio a Aimil durante los siguientes días, ayudándola en las habitaciones solo cuando lo pedía y respondiendo a sus preguntas sin hacer ninguna ella misma. Aimil volvió a sus chismes, sin mostrar ni un atisbo del dolor que le había revelado, y Evelyn sintió que estaba de vuelta donde había empezado con Aimil. En ninguna parte.

En cuanto a espiar a Neacal, no estaba haciendo ningún progreso en averiguar más sobre él; nadie lo mencionaba y ya no visitaba el castillo, ni siquiera para los festines.

A insistencia de Latharn, continuaba visitando la casa de Horas cada dos días para ver cómo iban las cosas. Pero no tenía nada nuevo que informar; sospechaba que él solo quería asegurarse de que se mantuviera alejada de Neacal.

Durante sus visitas, Latharn se mostraba notablemente distante y nunca la invitaba a quedarse a comer. Era como si los besos que habían compartido y su confesión de que le importaba nunca hubieran ocurrido. Su distancia reflejaba cómo ella había intentado evitarlo después de su beso días atrás.

Esto es lo mejor, se dijo a sí misma, después de una de esas reuniones en las que apenas la había mirado. Había pasado la mayor parte del tiempo hablando con el malhumorado Gormal. *Nunca podrá pasar nada entre ustedes dos.*

Pero aun así, lo echaba de menos. Extrañaba la forma en que su rostro se iluminaba con una sonrisa, cómo la nostalgia entraba en sus ojos cuando hablaba de sus padres, incluso la

determinación enojada en su expresión cuando hablaba de Padraig. Y si fuera realmente honesta consigo misma, extrañaba la sensación de sus labios sobre los suyos.

Después de una semana de su distanciamiento, se ofreció a quedarse a comer, esperando que no la rechazara.

—Deberías volver —dijo Latharn con desdén—. Si tienes hambre, le diré a Aoife que te prepare algo.

Se fue con pan de una Aoife de aspecto comprensivo, quien parecía percibir la tensión entre ella y Latharn.

Parpadeó para contener las lágrimas mientras montaba su caballo: el rechazo de Latharn le dolía en el corazón. ¿Qué seguía haciendo aquí? No estaba haciendo ningún progreso, y le había prometido a Latharn que dejaría el castillo en otra semana. No tenía duda de que él cumpliría su amenaza de hacerla sacar. Si no estaba progresando, no había razón para quedarse en esta época. Tendría que volver al presente, habiendo fallado en cumplir su objetivo, llena de anhelo por un hombre que vivía en el pasado.

Decidió dar un paso audaz si iba a hacer algún progreso. Neacal nunca estaba en el castillo, y temía asustar a Aimil si preguntaba por él. No tenía nada que perder; era hora de arriesgarse.

Cuando hubo un descanso en sus tareas, se dirigió a los pisos superiores del castillo hacia una cámara que suponía era el estudio de Padraig, había visto a muchos nobles entrar y salir de allí. Lo había evitado, no queriendo caer en la línea de visión de Padraig. Pero ahora se deslizó en la cámara adyacente, fingiendo limpiar el polvo, mientras escuchaba atentamente lo que sucedía en la habitación contigua.

Durante un tiempo solo hubo silencio, y temió que pasara demasiado tiempo y tuviera que volver a las cocinas. Pero pronto oyó pasos acercarse a la cámara y dos voces, una de las cuales reconoció como la de Padraig.

—Tulach y otros dos hombres están siendo retenidos en las prisiones —oyó decir a Padraig—. Puede que haya otros, aún estamos buscando. Mi hermano está fuera; ahora es el momento de localizar a cualquiera que pueda estar oculto.

Evelyn se quedó helada, el miedo y el pánico la atravesaron.

—¿Entonces es cierto? ¿Latharn MacUisdean está vivo y pretende tomar el castillo? —preguntó el otro hombre.

No pudo oír la respuesta de Padraig cuando cerraron la puerta tras ellos. Las manos de Evelyn comenzaron a temblar y dejó caer el trapo, conmocionada por lo que acababa de descubrir. Tulach y otros dos hombres encarcelados. Y sonaba como si la presencia de Latharn ya no fuera un rumor: sabían que estaba vivo.

El pánico la impulsó fuera de la cámara. Necesitaba llegar a Latharn, advertirle antes de que fuera demasiado tarde, contarle sobre Tulach y los demás.

Mientras se apresuraba por el corredor hacia las escaleras, casi chocó con Aimil, que surgió de la escalera.

—Lo siento por esto, Eibhlin —dijo Aimil, sus ojos llenos de genuino arrepentimiento—. De verdad lo siento.

—¿De qué estás...? —comenzó Evelyn, pero Aimil extendió la mano para agarrarla del brazo, concentrándose en algo detrás de ella.

—Tengo a la espía, mi señor —dijo Aimil.

Un miedo helado recorrió sus venas. El agarre de Aimil se mantuvo firme en su brazo mientras se giraba para enfrentar a Padraig, que se acercaba desde el extremo opuesto del corredor, con los labios curvados en una mueca de rabia.

Cuando llegó hasta ella, la agarró por el cabello, tirando de su cabeza hacia atrás con tanta fuerza que sintió cómo varios cabellos se arrancaban de su cuero cabelludo. Se mordió el labio para ahogar un grito de dolor mientras Padraig se inclinaba cerca, hasta quedar a un suspiro de su rostro.

—Eibhlin Aingealag O'Brolchan. Hija del traidor Tormod Ualan O'Brolchan y su perra sassenach. Te arrepentirás del momento en que pusiste un pie en mi castillo, zorra traidora.

CAPÍTULO 15



— ¡Mi señor!

Latharn se giró cuando Horas entró, con los ojos desorbitados.

Estaba de pie junto a Crisdean frente al hogar, con una copa de cerveza en la mano. Casi dejó caer su copa al ver la expresión de pánico en el rostro de Horas. Nunca había visto a su estoico guardia tan alarmado.

—Padraig ha descubierto que estáis aquí. Tiene a Tulach, Eibhlin y a vuestros otros espías encarcelados. Tenemos que sacaros de estas tierras.

Latharn se dirigió a la puerta, con su hermano pisándole los talones. Solo había escuchado una palabra de los labios de Horas. *Eibhlin*. El terror y la frustración chocaron en su pecho; ¿por qué había permitido que ella regresara al castillo? Debería haber insistido en que no volviera, sin importar sus protestas.

—Voy a ir por ella y por mis hombres —dijo.

—Voy contigo, hermano —dijo Crisdean, poniendo su mano sobre su hombro, y Latharn le dirigió a su hermano una mirada de gratitud.

—Sí —dijo Horas, pero se apresuró a pararse frente a Latharn y Crisdean, bloqueando su salida—. Pero no ahora. Primero, tenemos que sacaros de estas tierras antes de que Padraig envíe a sus hombres aquí para mataros. Soy un buen luchador, pero no lo suficientemente bueno como para enfrentarme a un grupo de hombres yo solo.

—No dejaré a Eibhlin y a los demás...

—Lo sé —dijo Horas—, pero todos estarán perdidos si estáis muerto. Primero tenemos que sacaros de estas tierras, y luego rescataremos a Eibhlin y a los demás con los hombres que se han comprometido con vos. Cuanto más nos demoremos ahora, más tiempo tardará el rescate.

Latharn tragó saliva con dificultad, su frustración creciendo mientras apretaba la empuñadura de su espada. Lo odiaba, pero sabía que Horas decía la verdad.

Latharn y Crisdean siguieron a Horas fuera de las tierras de MacUisdean a caballo; tuvo que obligarse a no dar la vuelta con su caballo y regresar al castillo a toda velocidad. Intentó no pensar en lo que Padraig podría estar haciéndole a Eibhlin en ese momento. Una furia ardiente lo recorrió ante la idea de que Padraig le pusiera una mano encima.

Rescatarás a Eibhlin y a tus hombres, se juró a sí mismo. La recuperarás. Y matarás a Padraig con tus propias manos.

Cabalaron hasta llegar a una casa señorial en tierras justo más allá de las tierras de MacUisdean, las tierras del Clan Creagach. Aunque el Clan Creagach era aliado del Clan MacUisdean, Horas le aseguró que estaba a salvo aquí por ahora. La mansión pertenecía a un amigo de confianza y aliado de Baigh que actualmente estaba en Inglaterra.

Cuando entró, se sorprendió y alivió al ver a más de una docena de sus hombres reunidos, junto con Gormal.

—Les envié un mensaje tan pronto como me enteré de lo que pasó en el castillo —dijo Horas, respondiendo a su pregunta silenciosa.

—Os agradezco que hayáis venido —dijo Latharn, dando un asentimiento de gratitud a los hombres—. Sabéis que Padraig tiene a mis hombres —y a una muchacha— que han estado espionando en mi nombre. Son sirvientes y gente común que trabaja la tierra, como vosotros. No los dejaré sufrir a manos de Padraig. Juré como vuestro futuro señor que no dejaría que ningún daño les ocurriera a los hombres que me juraran lealtad.

—Lamento por aquellos que han sido capturados, mi señor —dijo Gormal, dando un paso adelante—. Pero están más allá de nuestra ayuda ahora. Todos conocían el riesgo de espiar para vos. Ahora que estamos en las tierras del Clan Creagach, necesitáis forjar una alianza directa con ellos. Pueden proporcionar hombres para ayudaros a derrotar a Padraig.

Latharn miró a Gormal con incredulidad.

—¿Quieres que deje a mis hombres —y a Eibhlin— en manos de Padraig?

—Tendréis que tomar muchas decisiones difíciles como señor —respondió Gormal, su expresión tan fría e implacable como una losa de piedra—. Esta es una de ellas.

La furia creció dentro de él. En un sentido práctico, Gormal tenía razón. Los hombres de Padraig aún superaban en gran número a los suyos, y necesitaba centrarse en la batalla más grande que se avecinaba.

Pero Latharn no podía dejar que Eibhlin y los demás murieran a manos de Padraig. No lo haría.

—Como señor y jefe, yo seré quien tome tales decisiones. No dejaré morir a aquellos que luchan por mí, de la misma manera que no dejaría morir a ninguno de vosotros —dijo, volviéndose para enfrentar a sus hombres—. Es un gran riesgo, sí. Si alguno de vosotros no desea ayudar, no tiene que hacerlo.

Esperó a que algún hombre se fuera, pero para su alivio, sus hombres se mantuvieron firmes, manteniendo sus miradas determinadas fijas en él. Se volvió hacia Gormal, cuyos ojos brillaban de ira. Pero no dijo más palabras de protesta.

Volvió a centrar su atención en sus hombres. —Vamos a rescatar a nuestros aliados.

Voy por ti, Eibhlin.



LATHARN CABALGÓ con sus hombres hacia el Castillo MacUisdean bajo el manto de la noche. Solo rezaba para que el plan que él y Horas habían improvisado funcionara. Si no lo hacía, lo intentaría de nuevo, y otra vez, tantas veces como fuera necesario hasta rescatar a Eibhlin y a los demás.

Se ajustó la capa; llevaba una con capucha que ocultaba sus rasgos. Otro de sus hombres, de altura y complexión similar, cabalgaba a la cabeza del grupo. Actuaba como señuelo; si los capturaban, fingiría ser Latharn. A Latharn no le gustaba este plan, no quería que nadie muriera en su nombre, pero Horas, Gormal e incluso su hermano habían insistido.

Miró a su hermano, que cabalgaba a su lado, con la mirada fija hacia adelante. El orgullo surgió en su pecho; sus padres adoptivos habrían estado orgullosos del hombre valiente y leal en el que se había convertido su hijo. Como si sintiera sus pensamientos, Crisdean le dirigió una mirada y le hizo un gesto de asentimiento.

Latharn dirigió su mirada hacia las tierras que se extendían frente a él mientras divisaba las torres almenadas de piedra de un castillo que se alzaban en la distancia, y algo se retorció en su interior. ¿Anhelo? ¿Dolor? Solo había visto el Castillo MacUisdean desde lejos; era extraño que esta magnífica fortaleza fuera el lugar de su nacimiento y suyo por derecho. Y en este preciso momento, la mujer que amaba estaba siendo retenida prisionera allí. La determinación lo invadió; espoleó los costados de su caballo para hacerlo galopar más rápido.

A medida que se acercaban al Castillo MacUisdean, hizo un gesto a varios de sus hombres, quienes cabalgaron hacia los establos mientras él y los demás hombres rodeaban el castillo hacia la parte trasera donde se encontraban las mazmorras.

Dado que estaban en gran desventaja numérica, planeaban usar una distracción. Y la mejor distracción era el fuego. Mientras un grupo de sus hombres incendiaba una parte de los establos, él y sus otros hombres se infiltrarían en las mazmorras con la ayuda de los guardias que se habían comprometido a ayudar a Latharn.

Su pulso latía erráticamente en la base de su garganta mientras se dirigían a la parte trasera del castillo. Esperó ansiosamente hasta que escuchó el rugido de las llamas y los gritos de alarma provenientes de los establos.

Hizo un gesto a sus hombres, y cargaron hacia la parte trasera del castillo con las espadas desenvainadas.

Uno de los guardias leales a él los esperaba allí, dándoles un gesto alentador mientras abría la puerta trasera. Pero el guardia se puso rígido de repente, y el horror invadió a Latharn cuando una espada lo atravesó por detrás. El guardia se desplomó hacia adelante, muerto.

Otro guardia estaba detrás de él, retirando su espada ensangrentada del cuerpo sin vida del guardia y cargando hacia ellos con un gruñido de furia. Latharn se lanzó hacia él con un rugido de rabia propio, ignorando el grito de advertencia de Horas mientras se enzarzaba en un combate de espadas con el guardia. Otros dos guardias salieron corriendo de las mazmorras, enfrentándose a sus hombres mientras Latharn giraba, noqueando a su atacante con la empuñadura de su espada.

Mientras Horas y sus otros hombres continuaban luchando contra los guardias, Latharn tomó las llaves del guardia caído. Latharn, su hermano y varios otros hombres se apresuraron a entrar en las mazmorras. Un olor húmedo y nauseabundo impregnaba las mazmorras, que solo estaban iluminadas por una única antorcha. Su cuerpo se tensó de rabia al pensar en Eibhlin siendo retenida en un lugar así.

Escuchó gemidos provenientes de una de las celdas, gemidos masculinos.

—Id con ellos —dijo, volviéndose hacia su hermano y sus hombres—. Yo buscaré a Eibhlin.

Con el corazón latiendo de temor, avanzó, registrando cada una de las celdas vacías, hasta que llegó a una aislada en la parte trasera de las mazmorras.

Se quedó paralizado al ver la forma de Eibhlin dentro. Ella yacía de costado, de espaldas a él, acurrucada en una bola protectora como un niño. Reprimiendo su pánico, forcejeó con las llaves en su mano, probando varias antes de lograr abrir la puerta de su celda.

Ella se puso rígida al oír los pasos y, cuando él se acercó, se puso de pie de un salto, lanzando su pierna hacia el pecho de él. Logró esquivarla justo a tiempo, retrocediendo y levantando las manos para mostrarle quién era.

Eibhlin se quedó inmóvil mientras lo miraba. Los moretones estropeaban su hermoso rostro, y sus ojos dorados estaban atormentados. La furia se extendió por sus venas; Padraig moriría lentamente en sus manos.

—Latharn —la voz de Eibhlin se quebró y se deshizo en sollozos.

Él se acercó a ella, envolviéndola en el calor de sus brazos mientras lloraba.

—Estás a salvo ahora, Eibhlin —susurró. La levantó en sus brazos y la sacó de las mazmorras. Ella se apoyó en él, acurrucando su cabeza contra su pecho.

Una emoción extraña y poderosa lo invadió. Hasta ahora, su lucha contra Padraig era por el honor de la familia y su derecho de nacimiento. Pero ahora, se trataba de mucho más. Haría sufrir al bastardo por lo que le había hecho a su Eibhlin, y se aseguraría de que nunca más volviera a sufrir daño alguno.

CAPÍTULO 16



Evelyn era vagamente consciente de las voces a su alrededor mientras entraba y salía de la inconsciencia, dividida entre el sueño y los sueños, la memoria y la pesadilla.

Después de que Padraig la confrontara en el pasillo, sus hombres la habían arrastrado, pataleando y gritando, hasta las mazmorras. Allí había esperado, aterrorizada, durante lo que parecieron horas, hasta que Padraig entró.

Retrocedió contra la pared mientras él se acercaba con la calma letal de una pantera, sus fríos ojos grises fijos en su rostro.

—Debería haber reconocido los ojos de ese bastardo —siseó—. El hombre que no aceptaría a mi padre como jefe y señor. Tu traidor padre.

—Tu padre era el traidor —respondió ella.

Padraig la abofeteó con tanta fuerza que se desplomó en el suelo. El shock y la furia la atravesaron, más intensos que el dolor de su mejilla palpitante.

Padraig se agachó a su nivel, tirando de ella por el pelo. Recordando su entrenamiento de defensa personal, levantó la rodilla para patearlo en la ingle. El placer la invadió cuando él retrocedió tambaleándose con un grito de dolor.

—¡Perra! —gruñó Padraig, agarrándola de nuevo por el pelo y estrellándola contra la pared—. Vas a decirme lo que quiero saber sobre ese bastardo de Latharn MacUisdean. Y luego voy a disfrutar de ese hermoso cuerpo tuyo antes de estrangularte.

Le escupió en la cara, soltándola tan bruscamente que se desplomó en el suelo. Ella no dejó que el miedo que sus palabras le provocaban se notara. En cambio, le dirigió una mirada desafiante mientras se ponía de pie con dificultad.

—Inténtalo —gruñó. Mataría al bastardo antes de que pudiera violarla de esa manera.

Padraig la miró con furia antes de que sus labios se curvaran en una sonrisa peligrosa; una sonrisa que hizo que una punzada de inquietud se enroscara en su vientre.

Sacó una daga de la funda de su cinturón y se acercó a ella.

—¿Dónde está Latharn MacUisdean?

No muestres tu miedo, se dijo a sí misma. *Nunca muestres tu miedo*.

—Muerto —respondió, sin apartar los ojos de los suyos.

Él maldijo, inmovilizando ambas manos de ella contra la pared por encima de su cabeza con una mano y presionando su daga contra su garganta con la otra. El miedo le atenazó el pecho y su corazón golpeaba violentamente contra su caja torácica, pero mantuvo la mirada firme.

—¿Dónde está Latharn MacUisdean? —repitió con un gruñido.

—Muerto.

Le hizo la pregunta una y otra vez, presionando la daga en diferentes partes de su cuerpo,

pero nunca lo suficientemente fuerte como para hacerla sangrar. Se dio cuenta de que esta era su forma de tortura: la amenaza de cortarla con la daga siempre estaba presente, y ella no sabía cuándo atacaría. Aunque su miedo era tan grande que podría ahogarse con él, no traicionó nada, repitiendo solo que Latharn estaba muerto, hasta que casi creyó su propia mentira.

No sabía cuánto tiempo había pasado cuando finalmente él retrocedió con un gruñido frustrado.

—Cuando regrese, empezaré a tallar esa cara bonita tuya. Y luego haré que mis hombres te sujeten y se turnen contigo hasta que me digas lo que quiero saber.

La dejó sola, y solo entonces se permitió disolverse en lágrimas, temblando de terror. Estaba segura de que iba a morir en esta celda. Se maldijo por su tontería al confiar en Aimil, por no ser más cuidadosa, por fallar en vengar a su padre. Pero su corazón dolía sobre todo ante la idea de no volver a ver a Latharn.

Pasó más tiempo. ¿Horas? ¿Días? Escuchó gritos de dolor y gemidos de los otros prisioneros, y el pavor le carcomía las entrañas, sabiendo que pronto sería su turno.

Cuando Latharn entró en su celda, pensó que estaba soñando, que no podía ser real.

Ahora, se despertó con un sobresalto, preguntándose con terror si su rescate había sido en realidad un sueño y todavía estaba en esa celda.

Pero estaba en una gran cámara, y Latharn estaba sentado junto a su cama, con su mirada preocupada fija en su rostro. El alivio la inundó con tanta fuerza que las lágrimas brotaron de sus ojos.

—¿Cómo estás? —preguntó él con brusquedad. Sus ojos estaban ensombrecidos; parecía que no había dormido. Su mirada se deslizó hacia afuera: estaba oscuro.

—Estoy bien —mintió, parpadeando para contener las lágrimas—. ¿Cuánto tiempo he estado inconsciente?

—Todo el día. Acaba de anochecer, pero necesitas descansar —dijo, extendiendo la mano para darle un suave apretón.

—Yo... quiero que sepas. No le dije nada a Padraig —dijo ella—. Insistí en que estabas muerto.

Él soltó su mano, apretando la boca mientras la miraba con furia.

—¿Es eso lo que crees que me importa? —dijo con voz ronca.

Su ira la tomó por sorpresa. —Solo pensé...

—Lo único en lo que podía pensar era en llegar a ti, Eibhlin. No me importo yo. Cuando entré en esa celda y te vi tirada allí, sin moverte... —Su voz se quebró y cerró los ojos, exhalando un suspiro tembloroso—. Lo único que importaba era que estuvieras bien. Es lo único que importa. Haré que Padraig pague por lo que ha hecho —juró, su mirada se detuvo en su rostro magullado, la ira brilló en sus ojos antes de ser reemplazada por la desesperación—. Lo que pasó es mi culpa, Eibhlin. Nunca debí permitir que espieras para mí, que volvieras al castillo...

—No. Fue mi elección. Sabía cuáles eran los riesgos.

—Bueno, no permitiré que vuelvas a sufrir daño, lo juro —dijo con fiereza—. Tan pronto como estés descansada, Horas te escoltará fuera de las Highlands hasta Inverness. Hay muelles allí; puedes reservar un pasaje de vuelta a las Lowlands o a cualquier lugar al que desees ir. Me aseguraré de que tengas suficientes monedas.

—Latharn, no quiero...

—No —la interrumpió, su expresión endureciéndose—. Esto es lo que debería haber hecho antes. No permitiré que te hagan daño de nuevo. Te enviaré lejos.

El dolor la atravesó al oír sus palabras mientras él se ponía de pie.

—Le diré a Aoife que te traiga comida —dijo—. Hasta entonces, debes descansar.

Se marchó antes de que ella pudiera emitir otra palabra de protesta.

Tal vez tenga razón, pensó, después de que Aoife le trajera una comida momentos después. Había hecho todo lo que podía; ciertamente no podía regresar al castillo. Latharn tenía cada vez más hombres.

Y ahora tenía el recuerdo de su tiempo encerrada en esa celda, aterrorizada mientras esperaba violación, tortura, muerte... o las tres cosas. Sabía que su tiempo encarcelada en esa celda continuaría atormentándola; esos oscuros recuerdos podrían disminuir con el tiempo.

Sin embargo, su tiempo aquí aún se sentía inacabado, y sabía que su resistencia a irse era por Latharn. Sus sentimientos por él eran profundos, y aunque sabía que no podía haber nada entre ella y el futuro laird del Castillo MacUisdean, no estaba lista para dejarlo atrás.

Si insistes en quedarte más tiempo, se dijo a sí misma, *no puedes seguir mintiéndole. Tendrás que decirle la verdad.*

Una extraña sensación de calma se apoderó de ella al llegar a esta conclusión. Había querido decirle la verdad antes, pero temía su respuesta. Ahora que él estaba decidido a enviarla lejos, no tenía nada que perder. *Perderás a Latharn*, susurró una voz fantasma. Pero ella no lo tenía, y nunca lo tendría.

Cuando Aoife vino a recoger su comida terminada, le preguntó en qué habitación dormía Latharn. Aoife pareció sorprendida por su petición, pero le dijo que estaba en la habitación al final del pasillo. Eibhlin asintió en agradecimiento.

Esperó hasta que el alboroto de voces de los rincones distantes de la mansión se apagó en silencio. Solo entonces se dirigió a la habitación de Latharn. La puerta estaba sin llave, y tomó un profundo respiro antes de girar el pomo y entrar.

Su corazón se encogió como siempre lo hacía ante la vista de su forma alta, oscura y apuesta, que estaba de espaldas a ella mientras miraba por la ventana.

Él se giró, pareciendo sobresaltado al verla.

—Eibhlin. ¿Qué haces aquí?

Ella cerró la puerta tras de sí y se acercó a él, con la boca seca.

—Estoy aquí para decirte que no me voy a ninguna parte —dijo, con la voz temblorosa—. Y —continuó, dejando su acento escocés y cambiando a su acento moderno—, que no soy de donde crees que soy.

Latharn se quedó inmóvil, con los ojos muy abiertos.

—Una vez me pediste que te dijera qué estaba ocultando. Bueno... aquí está. Mi nombre es tanto Eibhlin Aingealag O'Brolchan *como* Evelyn Angelica O'Brolchan —susurró. Era difícil hablar con la boca tan seca, pero se obligó a continuar—. El segundo es la forma moderna y anglicizada de mi nombre. Nací en el siglo XIV, pero vivo en el siglo XXI. He... he viajado a través del tiempo para estar aquí.



EVELYN OBSERVÓ A LATHARN mientras terminaba su historia. Le acababa de contar todo, y vio cómo una gama de emociones cruzaba su rostro mientras sus palabras se asentaban. Incredulidad, ira, confusión y de vuelta a la incredulidad. Recordó haber sentido las mismas emociones cuando su madre le dijo por primera vez que era una viajera en el tiempo.

Cuando Latharn finalmente la miró, se preparó para su ira. Pero aún solo había una mirada de incredulidad aturdida en su rostro.

—¿Tu madre también era una viajera en el tiempo?

—Sí —dijo ella—. Al principio no le creí cuando me lo dijo.

Era extraño hablar en su acento americano moderno después de haber hablado con el mismo acento escocés que todos los demás en esta época desde que llegó. Podía notar que su acento natural también desconcertaba a Latharn; sus ojos se entrecerraron mientras ella hablaba.

—¿Y tu padre lo sabía?

—Sí —dijo ella—. Él tampoco le creyó al principio... pero ya se había enamorado de ella para entonces.

Él se alejó de ella y comenzó a caminar de un lado a otro, pasándose la mano por el pelo.

—El laird para el que solía trabajar, Artair Dalaigh, se casó recientemente. También mencionó que su novia, Diana, fue a Tairseach. Es una sassenach, pero su acento difiere de otros sassenachs que he escuchado hablar.

Evelyn se tensó. Su madre nunca había conocido a otra viajera en el tiempo en el pasado, pero creía que había otros.

—¿Crees que ella es... —comenzó Evelyn.

—No lo sé —dijo él—. Yo... he oído historias de cosas extrañas alrededor de Tairseach. Mi madre solía decirme que eran las hadas las que robaban gente de Tairseach cuando era niño.

—No son hadas —dijo Evelyn, con una sonrisa irónica—. Es el tiempo. —Él no le devolvió la sonrisa, y su corazón se hundió—. Latharn, entiendo si no me crees, pero yo...

—No has sido más que digna de confianza, Eibhlin... Evelyn —se corrigió—. Creo que no tienes razón para mentir... especialmente después de lo que acabas de pasar.

Su corazón se elevó. No había admitido creerle, pero al menos no pensaba que le estaba mintiendo. Era un comienzo.

—La época de la que vienes. El... futuro —dijo, pareciendo forzar la palabra a salir de sus labios—. Debe ser seguro para ti allí, ¿verdad?

Evelyn se tensó, sabiendo hacia dónde iba esto.

—Sí —dijo evasivamente—. Pero Latharn, las cosas son diferentes en mi época. Las mujeres son más independientes; pueden luchar. Me he entrenado en tiro con arco y esgrima. Estaba asustada cuando Padraig me capturó, pero me mantuve firme contra él. Puedo cuidarme sola. Quiero quedarme no solo para vengar a mis padres, quiero ayudarte. Después de trabajar entre los sirvientes, sé que están aterrorizados por Padraig. Se merecen un laird justo y amable, y creo que ese laird eres tú.

La expresión de Latharn se suavizó, pero aún se veía dividido.

—No puedo permitir que te pongas en peligro de nuevo.

—No me voy a ninguna parte, Latharn.

Latharn la miró con el ceño fruncido, pero ella le devolvió la mirada. Finalmente, exhaló un suspiro y se acercó a ella, moviendo sus manos para acunar los lados de su rostro.

—Sabía que había algo diferente en ti, leona. Desde el momento en que te vi por primera vez. Pero nunca habría sabido que eres de otro tiempo.

—Sé que suena loco, pero es la verdad. He viajado a través del tiempo para estar aquí. Déjame ayudarte, Latharn.

Él apoyó su frente en la de ella, cerrando los ojos. Cuando los abrió, eran una tormenta de conflicto.

—Si algo vuelve a pasar...

—No pasará —dijo ella con fiereza—. Y aunque pase... debes saber que Padraig probablemente tenga las pelotas adoloridas ahora mismo. Creo que me tiene miedo.

Sus ojos se abrieron de par en par, y dejó escapar una risa.

—Mi Evelyn —murmuró—. Mi leona.

Sus ojos se tornaron brumosos de deseo; capturó sus labios con los suyos. Ella le devolvió el beso con avidez, rodeándolo con sus brazos mientras él la abrazaba estrechamente.

—Tengo tantas preguntas —dijo con voz ronca cuando la soltó—, sobre tu época y cómo llegaste aquí. Y necesitas sanar. Pero Dios, te deseo con una ferocidad que apenas puedo soportar, mi Evelyn.

—Estoy sanada —susurró ella, mientras él comenzaba a cubrir su mandíbula de besos, provocando chispas de electricidad que bailaban sobre su piel. No quería pasar el tiempo sola, con solo los oscuros recuerdos de su encarcelamiento como compañía. Quería, *necesitaba* a Latharn—. Y puedo responder cualquier pregunta que tengas. Después —dijo, bajando la voz con intención.

Latharn dejó escapar un gruñido. Se puso de pie, y ella jadeó cuando él la levantó en sus brazos, al estilo nupcial, llevándola hacia la cama con una feroz hambre en sus ojos.

CAPÍTULO 17



La descabellada historia que Evelyn acababa de contarle se desvaneció de la mente de Latharn; ahora solo podía concentrarse en su ardiente deseo por ella y su necesidad de protegerla. De hacerla suya.

Saqueó sus labios con los suyos mientras la recostaba en la cama. Evelyn rodeó su cuello con los brazos, gimiendo de una manera que hizo que su miembro se agitara de excitación.

Ella se estiró para desvestirlo de su túnica y kilt, y él le quitó el camisón, conteniendo el aliento ante la visión de sus pechos erguidos coronados con pezones rosados, la extensión plana de su abdomen, el vértice de sus muslos y su sexo reluciente. Su cuerpo era un festín para los ojos; se permitió contemplarlo por un momento, hasta que no pudo contenerse más.

Dejó escapar un gemido, bajando la cabeza hacia su pezón, succionándolo mientras ella se arqueaba hacia él. Ella gimoteó cuando él amasó su pecho antes de mover su boca al otro pezón, succionándolo a fondo. Solo entonces salpicó de besos la larga extensión de su abdomen. Se arrodilló frente a ella, separándole las piernas. La miró a los ojos mientras se inclinaba para probar la dulzura entre sus muslos.

—Latharn . . .

Su nombre escapó de sus hermosos labios en un gemido, y él se deleitó con el sonido de su placer, el sabor de su dulzura mientras la lamía. Su respiración se aceleró, y se arqueó, sus hermosos pechos elevándose.

—Eres deliciosa, muchacha —gruñó, agarrando sus muslos mientras continuaba saboreándola, y ella tembló y se estremeció bajo su lengua.

—¡Latharn! —gritó ella, cuando el orgasmo la reclamó. Él mantuvo su mirada fija en ella mientras sucumbía a la fuerza de su liberación, su hermoso cuerpo temblando, sus ojos revoloteando, sus manos agarrando las sábanas. Era la visión más seductora que jamás había visto; la grabó en su memoria.

Solo cuando ella recuperó el aliento, él apartó su boca de su centro, lamiendo su piel hasta su abdomen, sus pechos, su garganta, hasta cernirse sobre ella.

Ella lo miró, con el rostro sonrojado, su respiración aún agitada, arqueando su hermoso cuerpo hacia él.

—Latharn —gimió—. Por favor . . .

Él la complació con un gemido, hundiéndose en su calidez mientras mantenía sus ojos fijos en los de ella. Se sentía como el cielo a su alrededor, y tuvo que apretar los dientes para mantenerse quieto, para permitirle acostumbrarse a su longitud. Después de unos momentos tortuosos, comenzó a moverse, lentamente, temiendo alcanzar su liberación instantáneamente ante la gloriosa sensación de ella.

Evelyn gimió, envolviendo sus piernas alrededor de él y estirándose para agarrar sus nalgas. Su leona lo miró a los ojos, lamiéndose los labios secos.

—No te contengas —dijo con voz ronca—. Por favor . . .

Sus palabras, su belleza y la sensación de ella lo deshicieron. Aumentó el ritmo de sus embestidas, su respiración saliendo en jadeos guturales mientras se movían juntos. Su cuerpo parecía hecho para él, y el suyo para ella, mientras sus cuerpos desnudos se retorcían juntos en ese ritmo primordial y eterno.

—Oh, Dios . . . —respiró Evelyn, cerrando los ojos en éxtasis. Él succionó la base de su garganta mientras se movía, deleitándose con la sensación de su dulce estrechez alrededor de su miembro. Su cabello se extendía detrás de ella, como una cortina de fuego; era justo como lo había imaginado en sus sueños.

—Eres hermosa, Evelyn —dijo con voz ronca.

Quería saborear su acto de amor, pero sabía que no podría contener su liberación por mucho más tiempo; su estrechez se sentía demasiado perfecta alrededor de su miembro.

—Mírame, leona —susurró, y esos impresionantes ojos suyos se abrieron, enfocándose en él. Se inclinó para succionar un pecho rosado, y ella se estremeció, dejando escapar un grito delirante cuando otro orgasmo la reclamó.

La observó estremecerse con orgullo posesivo antes de aumentar el ritmo de sus embestidas, y gimió cuando su clímax lo atravesó. Se derramó dentro de ella, manteniendo sus ojos fijos en los de ella hasta que su cuerpo se quedó quieto.

Mientras recuperaban el aliento, él enganchó una pierna alrededor de ella y la atrajo al hueco de su brazo, enterrando su rostro en su cabello.

El silencio se extendió entre ellos por varios momentos; solo se oía el sonido de sus respiraciones rápidas y el crepitar del fuego en la chimenea. Se acomodó para mirarla.

—Cuéntame —dijo en voz baja, estirándose para envolver varios mechones de cabello rojo fuego alrededor de su dedo—. Háblame de tu época. Y todo sobre ti. Desde el principio.

Ella se congeló, sus ojos sorprendidos encontrándose con los de él.

—¿Me crees?

—No creo que seas una mentirosa —respondió—. Ni creo que estés loca. Sí, te creo, Evelyn.

Desde su confesión, Evelyn parecía más ligera, como si la confesión hubiera quitado un peso invisible de sus hombros; la carga de su secreto ya no pesaba sobre ella. No detectó ninguna tensión persistente. Solo podía creer que ella le había dicho nada más que la verdad, por loca que pareciera.

Y estaba el recuerdo de la novia de Artair, Diana, en su boda; sus palabras crípticas para él. *Creo que encontrarás tu propia felicidad con una hermosa muchacha. Y más pronto de lo que piensas.*

¿Se había referido Diana a Evelyn? Si era así, ¿cómo lo había sabido? ¿Era ella también una viajera en el tiempo? Cuando viera a Artair de nuevo, tendría muchas preguntas para su antiguo laird.

—Puedo ver que tu mente está acelerada —dijo ella—. Sé que tienes preguntas.

—Aye —dijo—. ¿Cómo no tenerlas? Pero dudo que pudiera entenderlo incluso si pudieras explicar cómo viajaste a través de los siglos.

—No podría explicártelo, no sé cómo funciona, solo sé que puedo hacerlo —dijo ella, dándole una sonrisa irónica—. Algunos días todavía me pellizco cuando me despierto aquí. Yo misma apenas puedo creer todo esto.

—Cuéntame sobre ti —repitió, anhelando saber más de ella—. Todo sobre ti en este tiempo

futuro.

Ella se incorporó, apoyando la cabeza sobre su codo.

—Mi madre me crió en una ciudad llamada Seattle. Será una ciudad en tierras aún por descubrir. Pensé que mi padre había muerto de una enfermedad cuando yo era un bebé... hasta que mamá me contó la verdad. Fue entonces cuando aprendí sobre Tairseach, stiuireadh, viajes en el tiempo... todo.

Él escuchó atentamente mientras ella describía ese futuro distante dominado por algo que llamaba "tecnología": carruajes sin caballos, edificios tan altos como colinas y montañas, vastas tierras al otro lado del océano. Le contó sobre la vida de su madre en ese tiempo, que tenía una profesión propia, como muchas mujeres. Evelyn le explicó cómo había estudiado este período de tiempo en la universidad, sabiendo que algún día volvería a la época en la que nació.

—Desde que mi madre me contó su secreto, siempre me he sentido dividida entre dos épocas, aunque nunca había vivido en el pasado —reflexionó Evelyn.

—Parece que solo te has centrado en el pasado y en la tragedia de lo que le sucedió a tu padre, incluso cuando estabas en tu propio tiempo —dijo él—. ¿No disfrutaste de una vida propia, separada de lo que tu madre te contó? ¿Separada del pasado?

—¿Cómo podría centrarme en otra cosa? —dijo ella, su cuerpo tensándose a la defensiva—. Si descubrieras que naciste siglos en el pasado, ¿cómo reaccionarías?

—Olvidas que yo también aprendí algo que cambió mi vida sobre mi nacimiento —le recordó—. Me alegro de que mis padres no me lo dijeran antes, aunque al principio me enfadé. Pude vivir una vida normal con mis hermanos, disfrutar de mi tiempo como niño y joven. Si hubiera sabido lo que sé ahora, nunca habría tenido paz. Todo lo que te sugiero, muchacha, es que cuando regreses —continuó, con el corazón oprimido ante la idea—, te centres en tu vida en ese tiempo, y solo en tu vida.

—Será difícil para mí, Latharn. Desde que mi madre murió, siento que esta época me conecta con ella. Dejar ir este período de tiempo se sentirá como dejar ir a ella... y el recuerdo de mi padre. Pero sé que ella querría que siguiera adelante con mi vida. Así que... lo intentaré —dijo Evelyn, tras una breve pausa y una sonrisa forzada.

El reprimió el dolor que se extendió por su pecho ante la idea de su eventual partida. Pero ella estaría a salvo en ese futuro del que hablaba. En cuanto a Latharn, tenía que casarse con una joven noble para asegurar su reclamo.

Aun cuando se decía esto, había algo que todavía le molestaba, aunque no debería ser de su incumbencia. No tenía ningún derecho permanente sobre ella.

—No eres virgen —dijo, antes de poder contenerse.

Evelyn se echó hacia atrás, arqueando una ceja.

—Tú tampoco —respondió fríamente.

—Es diferente para mí —protestó—. Tú eres...

—En mi época —interrumpió Evelyn, lanzándole una mirada firme—, muchas mujeres de mi edad no son vírgenes. No es común que las mujeres esperen al matrimonio para acostarse con un hombre. Así que sí, he tenido un amante —dijo.

Una oleada de celos lo invadió y apretó la mandíbula.

—Pero —continuó ella, suavizando su tono mientras extendía la mano para tocar el lado de su rostro—, nadie me ha hecho el amor así. Bien podría haber sido virgen.

Su rostro se encendió, y el orgullo masculino superó sus celos. Le sonrió, aunque aún anhelaba poner a su otro amante bajo su espada. Era mejor que este hombre estuviera en otra época, lejos de su alcance.

—¿Estás celoso, Latharn MacUisdean? —bromeó Evelyn, estudiando su feroz expresión con una sonrisa.

—Aye —admitió. No tenía sentido negarlo—. No me gusta la idea de que otro hombre disfrute de tu hermoso cuerpo.

Un destello de deleite brilló en sus ojos antes de desaparecer nuevamente.

—Yo soy la que debería estar celosa —dijo ella—. No soy yo quien pronto se casará con otra persona.

—No será pronto —dijo él, pero la expresión de ella se oscureció; sus palabras no parecían tranquilizarla—. Yo... no quiero casarme, pero debo hacerlo. Puede que no sea por algún tiempo, y solo será por propósitos de...

—No tienes que explicarte —interrumpió Evelyn—. Sé que tienes tus deberes. Y después de ayudarte a derribar a ese bastardo, podré regresar a mi tiempo con el corazón más ligero, sabiendo que he vengado a mi padre a mi manera.

Pero su sonrisa no llegó a sus ojos, y su estómago se contrajo nuevamente ante la idea de que Evelyn desapareciera en el tejido del tiempo.

—Debemos saborear el tiempo que tenemos juntos —dijo, enredando su mano en su cabello y acercándola—. Pero no permitiré que te pongas en peligro de nuevo. Debes hacer todo lo que yo diga si vas a quedarte.

Un destello de esa familiar rebeldía brilló en sus ojos antes de disiparse, y ella exhaló un suspiro.

—De acuerdo —murmuró.

Para su sorpresa, ella se alejó de sus brazos, exponiendo cada centímetro de su hermoso cuerpo a sus ojos hambrientos mientras salía de la cama. Alcanzó su vestido interior, y él frunció el ceño.

—¿Adónde vas? —exigió.

—Es mejor si no duermo en tu cama —dijo ella, sin mirarlo mientras se ponía el vestido interior—. Los demás lo sabrán.

Latharn salió de la cama, atrayéndola hacia él con un gruñido.

—Aoife es discreta, y mis hombres no tienen razón para venir a mi cámara —dijo—. Te quedarás en mi cama mientras seamos amantes. Y —agregó, mordisqueando su oreja mientras otra oleada de deseo lo recorría—, no he terminado contigo, leona. Tengo la intención —continuó, maniobrándola de vuelta a la cama y bajando su vestido, acomodándose entre sus muslos— de aprovechar cada momento que tenga contigo, empezando ahora.

CAPÍTULO 18



A la mañana siguiente, Evelyn intentó mantener una expresión neutral mientras permanecía de pie junto a Latharn. Estaban reunidos frente a una docena de sus hombres en la gran sala de estar.

La noche anterior había sido... gloriosa. No había otra palabra para describirla. Después de hacer el amor por segunda vez, se habían quedado dormidos entrelazados en los brazos del otro.

Más temprano esa mañana, simplemente se habían abrazado, escuchando los sonidos de las Tierras Altas al amanecer; el distante ruido de los cascos de los caballos, el graznido de los pájaros, el susurro de la brisa matutina.

Fue en la quietud del alba cuando Evelyn le propuso a Latharn cómo podría ayudar en adelante, y para su alivio, Latharn había accedido. Pero quería compartir con sus hombres la continua participación de ella; la mayoría asumiría que ella se marcharía después de su terrible experiencia de haber sido capturada.

Ahora, el nerviosismo la invadía mientras se encontraba con la mirada de cada hombre, que iba desde levemente curiosa hasta casi hostil. Una cosa era trabajar como espía en el castillo y otra muy distinta trabajar junto a un grupo de fornidos montañeses que ahora seguían a Latharn.

—Como sabéis, el padre de Eibhlin era Tormod Ualan O'Brolchan —dijo Latharn—. Mi tío lo mató por su lealtad a mi padre. Para vengarlo y por su honor, es su deseo seguir trabajando con nosotros hasta que haya derrocado a Padraig del poder y tome mi legítimo lugar.

—Casi la matan por culpa de Padraig —dijo Gormal con el ceño fruncido—. ¿En qué puede ayudarnos la muchacha? Espero que no estés sugiriendo que luche.

Él empezó a responder, pero fue Evelyn quien habló.

—No —dijo, dejando a un lado su nerviosismo mientras daba un paso adelante—. Aunque probablemente sea mejor arquera que muchos de vuestros hombres. Pero hay algo que puedo hacer para ayudar que ninguno de vosotros puede.

Era extraño hablar con su acento fingido ahora que Latharn sabía quién era realmente, pero era vital que mantuviera la farsa con los demás. Era mejor que el resto de estos hombres no supieran que era una viajera del tiempo del siglo XXI; sospechaba que no serían tan comprensivos como Latharn.

—¿Y qué es eso? —preguntó Horas. A diferencia de Gormal, no la miraba con hostilidad; parecía genuinamente curioso.

—Puedo hablar con las mujeres del Clan Creagach —dijo—. Mi madre era amiga de algunas de las esposas de los nobles; espero que la recuerden. Las esposas de los nobles son más influyentes de lo que vosotros sabéis... o de lo que algunos de vosotros ya sabéis —añadió, dirigiendo una mirada de complicidad a los hombres.

Varios de los hombres parecieron divertidos e incluso se rieron con sus palabras.

—Puede que no esté casado, pero creo que dices la verdad, muchacha —dijo Horas, con los ojos brillantes.

—Sí —añadió Baigh, con los ojos también iluminados de diversión—. Como alguien casado con una esposa bastante particular, Eibhlin dice la verdad.

—Puedo hablar con ellas, persuadirlas para que convenzan a sus maridos de unirse a Latharn si aún están indecisos —dijo. Esto era lo que le había propuesto a Latharn esa mañana; por las miradas en los ojos de los hombres frente a ella, podía ver que al menos algunos de ellos estaban de acuerdo con la idea.

—Ahora —dijo Latharn—, tenemos que prepararnos para lo que viene.

Todos se dispersaron: algunos hombres se fueron a los entrenamientos para prepararse para la eventual batalla, mientras que Latharn tenía una reunión privada con Gormal para discutir su próxima reunión con el jefe del Clan Creagach.

—Quiero que Horas y Tulach te entrenen para que puedas defenderte —le dijo Latharn, mientras todos se dispersaban—. No quiero que vuelva a ocurrir lo que pasó con Padraig.

Casi se negó, queriendo recordarle que ya había recibido ese entrenamiento en su propio tiempo, pero Latharn le lanzó una mirada firme. Y, a regañadientes, se recordó a sí misma que su entrenamiento no había evitado que la capturasen.

—Por favor, Evelyn —murmuró, sus palabras lo suficientemente bajas para que solo ella las oyera mientras pronunciaba su verdadero nombre, y un escalofrío recorrió su columna vertebral. Sus ojos se posaron en sus labios, recordando cómo se habían sentido esos labios en su cuerpo la noche anterior.

Obedientemente se giró para seguir a Horas y Tulach, para evitar babear por Latharn en presencia de otras personas.

Nada ha cambiado. Él tiene su deber, se recordó. Y tú también tienes el tuyo. Tienes que concentrarte.



HORAS Y TULACH quedaron completamente impresionados con Evelyn durante su breve sesión de entrenamiento. Fácilmente los superó durante la práctica de tiro con arco, y se defendió bien cuando Horas le enseñó a luchar con una daga.

—¿Dónde aprendiste tales habilidades, muchacha? —preguntó Horas, con los ojos abiertos de asombro.

—Un tío me enseñó a defenderme —mintió.

—Me gustaría conocer a ese tío tuyo —gruñó Tulach, frotándose el brazo donde ella lo había golpeado durante una pelea de práctica, y ella se rio.

Después de su entrenamiento con Horas y Tulach, no vio a Latharn durante el resto del día. Finalmente lo vio en la cena, luciendo dolorosamente guapo como siempre: su pelo oscuro sensualmente despeinado, sus ojos color whisky llenos de concentración mientras hablaba con Gormal. Sabía que él se sentía inseguro sobre su pasado como sirviente, pero sentado a la cabecera de la mesa, rodeado de sus hombres, parecía todo un líder. Se esforzó por no mirarlo fijamente, pero era como tratar de evitar la atracción de un imán.

—Será un gran líder —dijo Tulach, captando una de sus miradas perdidas hacia Latharn.

Tulach estaba sentado a su lado, y ella se sonrojó, esperando que no adivinara la verdadera razón de sus miradas, pero él parecía perdido en sus propios pensamientos.

—El tío de Latharn, Steaphan MacUisdean, dejó que mi familia se muriera de hambre cuando era señor —continuó Tulach, con los ojos ensombrecidos por el dolor—. Fue un invierno duro y no tenían suficiente dinero para el alquiler. Se llevó gran parte de nuestras provisiones como pago. Mis padres comían poco para que nosotros pudiéramos comer. Mi padre no sobrevivió al invierno.

La ira y la compasión se arremolinaron en su interior, y apretó los puños a los costados. Había sospechado que había alguna razón más profunda que había impulsado a Tulach a trabajar para Latharn.

—Lo siento mucho, Tulach —murmuró.

—Padraig es igual que su padre; no le importa la gente común. Pero Latharn... él no ha conocido la riqueza. Sabe lo que es luchar. Y es un buen hombre. Sé que ninguna otra familia sufrirá como la mía cuando él sea el señor.

Asintió en señal de acuerdo, sintiendo cómo el orgullo se hinchaba en su pecho. Latharn entregaría sus propias provisiones antes que dejar que alguien más pasara hambre. Había bondad y empatía en cada poro de su apuesto cuerpo.

Los hombres a su alrededor se callaron de repente, y ella se giró cuando Latharn se puso de pie.

—Quería que todos supierais que el jefe del Clan Creagach ha accedido a reunirse conmigo mañana. Discutiremos una alianza entonces —dijo. Su mirada se posó en la de ella, y Evelyn no pudo evitar deleitarse con su mirada, que era como los cálidos rayos del sol—. Eibhlin me acompañará para reunirse con su esposa y las otras esposas nobles para persuadir a sus hombres de que se unan a nuestra causa.

Todas las miradas se volvieron hacia ella. Tragó saliva con dificultad y le dio un asentimiento. Después de escuchar la historia de Tulach, estaba más decidida que nunca a tener éxito.



LATHARN NO VINO a su cama esa noche, y ella se revolvió inquieta, con el deseo por él zumbando en todo su cuerpo cuando finalmente cayó en un sueño intranquilo, interrumpido por pesadillas de su tiempo en la celda con Padraig.

Cuando despertó, apartó el recuerdo de sus pesadillas, con la necesidad de Latharn aún corriendo por sus venas. Tuvo que concentrarse mientras se lavaba y se vestía con un vestido prestado que Aoife había recogido de la esposa de uno de los aliados de Latharn.

Entró en el comedor para encontrar a una docena de hombres ya reunidos mientras Aoife colocaba bandejas de comida. Intentó mantener su hambre por Latharn fuera de sus ojos cuando él se levantó y se acercó a ella. Incluso apenas pasado el amanecer se veía magnífico, vistiendo una túnica oscura y un kilt de cuadros con cinturón, sin un solo mechón de cabello oscuro fuera de lugar. Al verlo, su corazón dio un breve vuelco en su pecho.

—Buenos días —dijo él—. ¿Estás lista para hablar con Lady Reuda Creagach?

Su voz era lo suficientemente alta para que los demás la oyeran y extrañamente impersonal; se dio cuenta de que quería aparentar que hablaba de "negocios" con ella mientras los otros estaban al alcance del oído.

—Sí —dijo ella.

Esto era solo una media verdad. Mayormente había fantaseado con Latharn y tuvo que obligarse a permanecer en su habitación y no buscarlo la noche anterior.

—Bien —dijo él—. ¿Qué crees que discutirás?

Extendió su mano, indicándole que lo siguiera, y tan pronto como salieron de la habitación, tomó su mano, llevándola a una cámara vacía contigua, presionándola contra la pared. Sus ojos se abrieron con sorpresa cuando él se apoderó de su boca con un beso apasionado. Ella gimió contra su boca mientras su lengua exploraba la suya, sus brazos rodeando su cintura para presionarla contra su cuerpo duro y musculoso.

—Te deseé anoche, pero Gormal vino a mi habitación para repasar lo que debía decir hoy —murmuró, cuando finalmente la soltó—. Hubiera preferido mucho más disfrutar de tu compañía anoche, leona.

La alegría la inundó ante sus palabras; él se movió para que ella pudiera sentir su excitación, y un torrente de deseo la invadió. La besó una vez más, y ella le correspondió, aferrándose a él como si fuera un salvavidas en medio de un océano tumultuoso, hasta que se vieron obligados a separarse para respirar. Latharn apoyó su frente contra la de ella, su voz baja y ronca mientras hablaba.

—Será difícil mantener mis manos y ojos lejos de ti hoy —murmuró. Exhaló un suspiro, apartándose de ella: arrepentimiento, y algo que ella no pudo identificar brillando en sus ojos—. Pero debo hacerlo.

Como para acentuar su punto, el profundo rumor de las voces de sus hombres llenó el pasillo mientras salían del comedor. Él levantó la mano de ella hasta la suya para un breve beso antes de dejarla atrás con un creciente dolor de anhelo entre sus muslos... y en su corazón.

CAPÍTULO 19



Latharn estaba frente al jefe Modan Creagach, quien lo estudiaba con una expresión indescifrable. Modan era un hombre corpulento como un toro, con cabello rojo que se había vuelto plateado en las sienes y ojos negros que a Latharn le recordaban a los de un halcón.

Se habían reunido en el gran salón de la sede del Clan Creagach, el Castillo Creagach. Latharn y sus hombres estaban de pie frente a Modan y sus nobles, quienes lo flanqueaban en la larga mesa principal. Latharn acababa de proponer que trabajaran juntos como aliados contra Padraig.

Modan no había respondido, y ahora se extendía un largo silencio. Latharn sospechaba que el silencio pretendía intimidarlo, pero mantuvo firmemente la mirada de Modan.

—No tengo gran lealtad hacia Padraig MacUisdean —dijo finalmente Modan—. Esperaba que su hermano Neacal se convirtiera en señor y jefe en su lugar; él tiene honor, a diferencia de su hermano.

Latharn trató de no molestarse por el cumplido hacia Neacal, aunque las palabras de Evelyn vinieron a su mente. *Padraig puede ser como su padre, pero no creo que Neacal lo sea.* Pero apartó el pensamiento.

—No estaría aquí si creyera que Padraig es el mejor jefe para el Clan MacUisdean. He hablado con la gente común, y algunos nobles, sobre él. Está lleno de codicia y crueldad. Si os unís a mí para...

—Hemos tenido una alianza con el Clan MacUisdean desde antes de que tu padre fuera jefe —interrumpió Modan—. Tienen más hombres que nosotros. Si se enteran de que nos hemos aliado contigo, nos atacarán.

—Vuestros hombres no tendrían que luchar solos contra él —insistió Latharn—. Tendréis a los hombres que me juraron lealtad y a los hombres del señor al que una vez serví, Artair Dalaigh.

Artair había ofrecido su ayuda antes de que Latharn regresara aquí, pero él se había resistido a contactarlo, queriendo recuperar sus títulos sin la ayuda de su antiguo señor. Fue Gormal quien lo convenció de contactar a Artair; necesitaban tantos hombres de su lado como fuera posible para luchar contra su primo. Latharn había dejado de lado su orgullo, permitiendo que Gormal enviara una carta solicitando la ayuda de Artair. Gormal había enviado la carta el día anterior; Artair era un hombre de palabra y Latharn sabía que vendría con hombres cuando lo llamara.

Ante sus palabras, Modan volvió a guardar silencio, volviéndose hacia un hombre de cabello oscuro a su lado. El hombre murmuró algo que Latharn no pudo oír antes de que Modan se volviera para mirarlo de nuevo.

—Necesitaré algo de tiempo para discutir vuestra propuesta con mis nobles.

Latharn se tensó; no quería irse hasta tener una respuesta clara. Si se iba ahora, temía que Modan se negara a unirse a él.

Abrió la boca para protestar, pero a su lado, Gormal negó sutilmente con la cabeza.

—Me retiraré —dijo Latharn, después de una breve pausa—. Sería un honor unirme a vos en una alianza. Considerad lo que he dicho.

Mientras salían del gran salón, Gormal se apresuró al lado de Latharn.

—Que necesite discutirlo con sus nobles no significa que os vaya a rechazar —dijo Gormal, pero Latharn solo le ofreció un gruñido como respuesta. Si no podía conseguir que el Clan Creagach se aliara con él, y en cambio se unían a Padraig, derrotar a su primo sería aún más difícil.

Cuando regresaron a la mansión, encontró a Evelyn con Tulach y los demás. Por la expresión abatida en su rostro, parecía que su reunión con Lady Creagach no había ido bien.

Reunió a sus hombres en la sala de estar, donde les contó cómo había ido la reunión con Modan, tratando de no mostrar lo derrotado que se sentía.

—Hermano —habló Crisdean, cuando Latharn guardó silencio. La mirada de Crisdean se deslizó brevemente hacia Evelyn antes de continuar—. Creo que la sugerencia anterior de Eibhlin de acercarse a Neacal era una buena idea. Incluso Modan mencionó que tenía honor. Quizás Neacal pueda...

—No —interrumpió Latharn, mirando con el ceño fruncido a su hermano.

—Mi señor —se aventuró Baigh—. Estoy de acuerdo con vuestro hermano. Si podemos conseguir que Neacal trabaje con nosotros, quizás no necesitemos al Clan Creagach.

Varios otros hombres murmuraron su acuerdo. Encontró la mirada de Evelyn; ella le dio una mirada esperanzada. Él apartó la vista.

—Ir a Neacal sería un gran riesgo —dijo—. Si nos equivocamos con él, me colgará a mí y al resto de vosotros también. Todavía tenemos a los hombres de Artair Dalaigh que lucharán a nuestro lado, y no me estoy dando por vencido con el Clan Creagach.

—Mi señor —dijo Gormal, dando un paso adelante—. Estoy de acuerdo en que ir a Neacal es un riesgo. Necesitáis concentraros en la mejor manera de asegurar una alianza, y esa es el matrimonio. Padraig está concentrado en encontrar una novia de un clan más grande que el Clan Creagach. Como tal, el jefe Creagach tiene dos hijas, ambas solteras. Si ofrecéis casaros con su hija mayor, esa sería una perspectiva atractiva.

El pecho de Latharn se tensó. No debería haberse sorprendido; Gormal ya había sugerido que se casara con una muchacha del Clan Creagach. Le costó todo su poder no mirar a Evelyn.

—Tiene razón.

Se quedó inmóvil; había sido Evelyn quien había hablado. Se volvió para mirarla. Ella mantenía la cabeza alta y, aunque se había puesto un poco pálida, sostuvo su mirada.

—Ofrecer casaros con su hija os ayudará a asegurar una alianza con su clan —continuó.

Gormal parecía tanto complacido como sorprendido por su acuerdo, mientras que Latharn notó que Crisdean parecía preocupado, pero no dijo nada.

Tragó saliva, ignorando el dolor retorcido en su corazón. Sabía que este día llegaría, que tendría que casarse para solidificar su reclamo. Pero no sentía más que pavor, como si fuera un prisionero siendo llevado a los calabozos para su ejecución.

—Muy bien —dijo—. Enviad un mensajero e informad al jefe que me casaré con su hija mayor... si se alía conmigo.



EVELYN DESAPARECIÓ DESPUÉS de la reunión; ni siquiera bajó a cenar. Él casi fue a su habitación esa noche, pero se obligó a mantenerse alejado; no sabía cómo lo recibiría ahora que tenía una propuesta de matrimonio pendiente con otra muchacha.

Aunque ya la echaba de menos, se sintió aliviado de no verla tampoco a la mañana siguiente; necesitaba parecer convincente cuando se le presentara la idea de casarse con la hija de Modan. La presencia de Evelyn haría eso difícil.

Cuando entraron en el gran salón del Castillo Creagach, Modan y sus nobles fueron mucho más acogedores que el día anterior. Modan incluso se puso de pie para recibirlos, con una amplia sonrisa extendiéndose por su rostro.

—He discutido vuestra propuesta con mis nobles y mi esposa —dijo Modan—. La acepto, y acepto vuestra oferta de alianza. Os casaréis con mi hija mayor, Ros.

—Me siento honrado, Jefe Creagach —dijo él, con una sonrisa forzada, ignorando el vacío que se extendía por sus entrañas—. Espero que podamos discutir una estrategia para...

—Más tarde —interrumpió Modan—. Me gustaría que conozcáis a Ros, y luego podemos discutir los detalles de la batalla por venir.

El temor retorció el corazón de Latharn, pero le dio un asentimiento brusco.

—Sería un honor, Jefe Creagach.

—Os está esperando en uno de los jardines traseros —dijo Modan, haciendo un gesto a un sirviente que se apresuró a escoltar a Latharn fuera del salón.

El sirviente condujo a Latharn a un jardín privado en la parte trasera de los terrenos del castillo, donde una joven estaba de pie junto a su madre Reuda, una mujer de aspecto severo con ojos verdes y cabello oscuro, y dos doncellas. Todas hicieron una reverencia antes de dejarlo a solas con Ros.

Ros era hermosa, con el cabello oscuro de su madre y los ojos oscuros y penetrantes de su padre. Pero él no sintió nada: ni un rastro de deseo. Una imagen de Evelyn llenó su mente; su sedoso cabello enredado entre sus dedos, sus labios sobre su piel. Alejó las imágenes mientras daba un paso adelante.

—Es un honor conoceros —dijo.

Ros abrió la boca para hablar, pero no salieron palabras. En su lugar, estalló en lágrimas.

Sorprendido, la llevó a un banco de piedra donde ella se cubrió el rostro con las manos mientras sus hombros se sacudían con sollozos silenciosos.

—Yo... lo siento, mi señor —susurró, cuando sus lágrimas se calmaron—. No... no volverá a suceder. Es un honor conoceros también.

—¿Cuál es la razón de vuestras lágrimas?

—No es importante —dijo rápidamente—. Por favor, no le digáis a mis padres que he llorado.

—Muchacha —dijo él suavemente—, podéis decírmelo. No me enojaré.

Ros exhaló un suspiro, escudriñando su rostro como si buscara seguridad. Él permaneció en silencio pero le dio un asentimiento alentador.

—Yo... hay alguien más por quien me preocupo. Alguien con quien mi padre nunca me permitirá casarme —susurró—. Pero aún conservo mi doncellez, mi señor. Lo juro.

Un torrente de alivio lo invadió.

—¿Deseáis casaros con ese hombre? —preguntó—. Podéis decirme la verdad.

—Sí —susurró, sus ojos llenándose de lágrimas nuevamente—. Pero me casaré con vos, pues es mi deber...

—No hay necesidad de hacer tales promesas —dijo él—. También hay alguien por quien me

preocupo. Tengo una propuesta para vos... una propuesta que nos convendrá a ambos.

CAPÍTULO 20



Evelyn permaneció en su cámara después de que Latharn se marchara para sellar su compromiso con la hija del jefe Creagach, con el corazón desgarrado por el dolor. Tan pronto como se quedó sola, se dejó caer de rodillas, su cuerpo temblando con sollozos silenciosos.

El día anterior había necesitado toda su fuerza de voluntad para estar de acuerdo con Gormal en que Latharn debía casarse con la hija del jefe, aunque su corazón se estaba haciendo pedazos mientras pronunciaba esas palabras. Después de eso, había hecho todo lo posible por evitarlo, con el dolor y los celos carcomiendo su interior.

Era irónico que el mismo día en que Latharn sellaba su compromiso con otra mujer fuera el día en que ella se diera cuenta de que estaba enamorada de él. Desesperada, dolorosa y profundamente enamorada.

Sus sentimientos habían comenzado con deseo; él era increíblemente atractivo y el hombre más apuesto que jamás había visto. Pero también había una *bondad* innata en él. Reclamar sus títulos era más que obtener riqueza; genuinamente quería ayudar a la gente común del clan de su padre. Y eso hacía que lo amara aún más.

Sabía que lo más sensato sería marcharse. Latharn tenía mucho apoyo a su alrededor, especialmente ahora que estaba asegurando la alianza con el Clan Creagach. Ella era quien no pertenecía aquí; este era el destino de Latharn desde el principio, casarse con una mujer noble, convertirse en señor y jefe. No podía verlo casarse con otra. Ni siquiera creía que pudiera estar cerca de él cuando estuviera oficialmente comprometido.

Pero aún anhelaba permanecer cerca de él todo el tiempo posible. Era una tonta; una tonta enamorada. Y como una tonta, pasaría todo el tiempo que pudiera aquí y regresaría a su propio tiempo con el corazón roto.

Pensó en lo que Latharn había sugerido, que dejara atrás el pasado y viviera su propia vida en el futuro. Su vida en el futuro estaba vacía; había sido muy cercana a su madre, y después de su muerte se había sentido... a la deriva. Había vendido la casa en la que vivían y había tomado trabajos ocasionales de enseñanza para mantener sus preparativos para regresar al pasado, sin formar ninguna relación significativa.

Evelyn había pasado tanto tiempo en el futuro preocupada por el pasado y por regresar aquí que no había considerado realmente qué haría con el resto de su vida una vez que su tarea aquí estuviera completa. Había considerado brevemente enseñar en una universidad; después de todo, nadie en el presente era tan consciente de cómo era la vida en el siglo XIV como ella. Pero se estremecía ante la idea de estar atrapada en un aula o un auditorio.

Tal vez podría enseñar entrenamiento de combate medieval en una escuela de esgrima. Eso sonaba atractivo, pero se le ocurrió una idea aún más atractiva: enseñar a las mujeres de esta

época a defenderse. Se permitió fantasear brevemente sobre cómo podría ser su vida en esta época como esposa de Latharn y su dama, usando su estatus para enseñar a las mujeres de clase baja movimientos de defensa personal. Incluso podía imaginar a Latharn dándole un gesto de aprobación mientras la observaba desde un lado mientras ella enseñaba a las mujeres a usar dagas, cómo ignoraría la desaprobación de los nobles ante su destreza poco femenina.

Pero se obligó a dispersar esos pensamientos atractivos, como cenizas en el viento. Latharn necesitaba casarse con alguien apropiado, y él no la amaba.

Decidió mantener distancia de Latharn, al menos hasta que sus tumultuosos sentimientos se calmaran y pudiera mirarlo sin querer romper en llanto. Necesitaba encontrar otras formas de hacerse útil ahora que su reunión con Lady Reuda Creagach no había ido bien. Había sido un completo desastre.

Había pensado que Reuda al menos sería cortés con ella, pero tan pronto como un sirviente la condujo a la sala donde Reuda la esperaba, la mujer mayor la fulminó con la mirada.

—¿Eres la puta de Latharn MacUisdean? —preguntó Reuda sin rodeos.

Evelyn la miró con incredulidad, luchando por contener su ira.

—Yo soy...

—Eres la única moza en su compañía, y eres bastante bonita —continuó Reuda, escupiendo el cumplido—. ¿Por qué estás con él?

—Porque soy su aliada. Su tío mató a mi padre, a quien usted conocía —dijo Evelyn, tratando de mantener una fachada de calma, aunque la rabia hervía dentro de ella—. Quiero ayudar a Latharn porque es lo que mi padre habría querido. Vine a verla para implorar...

Pero Reuda no la dejó terminar, levantando la mano para silenciarla.

—Tu padre era un buen hombre, aye, pero lleva mucho tiempo muerto. Ahora eres una sirvienta, y no tengo nada que discutir con una sirvienta.

—Lady Creagach, con respeto, ya no trabajo como sirvienta. Estoy aquí como invitada y aliada de Latharn MacUisdean. Le imploro que...

—No me hagas llamar a mi guardia para que te escolte fuera —interrumpió Reuda, con los ojos brillando de hostilidad.

Evelyn se marchó con el rabo entre las piernas, cuando lo que más deseaba era decirle unas cuantas verdades a la esnob de Lady Creagach. Pero tuvo que recordarse que en esta época la clase social lo era todo; Reuda tenía todo el derecho de despedirla. Y si Reuda se negaba a escucharla, probablemente las otras esposas nobles del clan harían lo mismo.

El sonido de los cascos de los caballos la sacó de su torbellino de pensamientos, y se apresuró a la ventana para ver a Latharn acercarse con Horas y Gormal. Su corazón se encogió al verlo, apuesto como siempre, con su cabello oscuro despeinado por el viento, sus brazos musculosos ondulando mientras desmontaba de su caballo. Un dolor físico la atravesó, y retrocedió de la ventana, parpadeando para contener las lágrimas. ¿Habría sellado su compromiso con su futura novia con un beso? ¿Era hermosa su prometida? ¿Estaba feliz de que iba a casarse?

Tragó saliva y se volvió para salir de su habitación. Necesitaba salir de la mansión, quizás para buscar a Tulach para más entrenamiento de defensa personal, o para dar un paseo, cualquier cosa para evitar a Latharn y distraer su mente de su angustia y celos.

Pero cuando salió de su habitación, se detuvo en seco. Latharn se dirigía hacia ella con determinación.

Casi huyó de vuelta a su habitación, pero Latharn pareció adivinar su intención y aceleró el paso, tomándola del brazo.

—Necesito hablar contigo —dijo, llevándola de vuelta a su habitación.

Ella abrió la boca para negarse, pero ya estaban solos, y él estaba cerrando la puerta tras de sí.

—Latharn, estás comprometido —dijo, tratando de que su voz no temblara—. Necesitas...

—No —dijo él—, no lo estoy. Al menos no en realidad.

La esperanza se hinchó en su pecho.

—¿Qué... qué quieres decir?

—La muchacha está enamorada de otro. Le dije que puede quedarse con su amante, siempre y cuando mantenga la apariencia de que nos vamos a casar. Una vez que la alianza esté asegurada y yo tenga mis títulos, planeamos decirle la verdad a su padre.

Una explosión de alegría estalló en su corazón al oír estas palabras, antes de que se instalara la inquietud.

—Pero... si faltas a tu palabra de casarte con la hija del jefe...

—Puedo ver que Modan solo quiere que su hija se case con un noble del Clan MacUisdean, para fortalecer aún más la alianza. Planeo ofrecerle un matrimonio entre su otra hija y otro noble del Clan MacUisdean —dijo Latharn.

Evelyn se mordió el labio, conflictuada. Debería decirle a Latharn que era demasiado arriesgado engañar al jefe de esta manera, pero su amor por él la hacía egoísta; no quería que estuviera comprometido con la hija de Modan, ni con nadie.

—Me estabas evitando —continuó Latharn con el ceño fruncido, extendiendo la mano para acariciar el lado de su rostro—. ¿Estabas celosa, Evelyn?

—Yo fui la que estuvo de acuerdo con Gormal —dijo, lamiéndose los labios secos. No quería que él supiera que lo amaba; solo complicaría más las cosas—. Sabía que era lo mejor si tú...

—¿No te habría causado dolor si hubiera besado a mi prometida? ¿Si hubiéramos hecho el amor? —preguntó, su voz bajando a un susurro ronco mientras se acercaba más.

Los celos que la invadieron fueron tan potentes que casi podía saborearlos.

—Me habría causado un gran dolor —confesó—. Así que sí. Habría estado celosa.

Para su irritación, él pareció complacido. Se inclinó para apoderarse de sus labios, y su amor y deseo por él eran demasiado grandes para resistirse. Sus labios eran firmes y exigentes contra los suyos; la besó hasta dejarla sin aliento. La soltó y retrocedió un paso, sujetándole los brazos a los costados.

—¿Qué... qué estás...? —comenzó ella, su voz convirtiéndose en un susurro cuando él le levantó el vestido.

—Tengo que volver con mis hombres —susurró, mordisqueando su labio inferior. Ella jadeó cuando su dedo se sumergió en su centro—. No tengo tiempo para hacerte el amor como deseo, para mostrarte que eres la única mujer que deseo. Pero eso no significa que no pueda hacerte llegar para mí.

—Latharn... —gimió, pero sus labios capturaron su gemido mientras su dedo comenzaba a acariciarla en un ritmo tentador, dentro y fuera, dentro y fuera, mientras saqueaba su boca con la suya.

Evelyn levantó los brazos para aferrarse a sus anchos hombros, gimiendo contra su boca, su placer aumentando hasta alcanzar un crescendo, y todo su cuerpo tembló cuando el orgasmo se apoderó de ella.

—Aye —murmuró él, apartando su boca de la de ella mientras echaba la cabeza hacia atrás para dejar escapar un grito ahogado—. Llega para mí, mi belleza. Mi leona.

La habitación pareció temblar a su alrededor, su cuerpo estremecido por el clímax, y cuando se quedó quieta, Latharn apoyó su frente contra la de ella, sus intensos ojos oscuros fijos en su rostro.

—Mientras estés aquí en este tiempo —susurró—, eres la única mujer para mí. Eres mía. Como yo soy tuyo.

CAPÍTULO 21



—**E**lan Creagach te da la bienvenida, Latharn MacUisdean, verdadero jefe del Clan MacUisdean. Nos complace aliarnos contigo —dijo Modan, sonriendo a Latharn—. Ahora que te vas a casar con mi hija, serás como un hijo para mí. Familia. Y lucharé por ti como si fueras de mi propia sangre.

Los nobles que flanqueaban a Modan lanzaron gritos de aprobación; Latharn tuvo que reprimir su culpa. Miró a los ojos de Ros, que estaba de pie junto a su padre en el gran salón donde se habían reunido para anunciar oficialmente su compromiso y alianza a los nobles del clan. Ella palideció ligeramente, pero mantuvo una sonrisa forzada en su rostro. Él sabía que ella estaba nerviosa por su subterfugio, pero era necesario por el momento.

—Mis nobles han jurado guardar el secreto. Hay algunos que aún necesitan ser convencidos para unirse a tu bando, pero me aseguraré de que lo hagan —continuó Modan—. Padraig no sabrá que somos aliados; creará que seguimos de su lado. Pero a partir de hoy, nuestra lealtad estará contigo, Laird MacUisdean. Esta noche, celebraremos con un festín. Tú y tus hombres de confianza son bienvenidos a quedarse aquí en el castillo; ya tenemos aposentos preparados para los invitados.

—Te agradezco tu generosidad, Jefe Creagach —dijo Latharn—. Espero con ansias nuestra alianza.

Y por guardar las apariencias, dio un paso adelante para tomar las manos de Ros, llevándolas a sus labios. Miró a sus ojos, comunicando su gratitud por su ayuda en esta farsa, y ella le dio un sutil asentimiento con la cabeza.

Modan pareció complacido por su gesto, sonriendo mientras un sirviente escoltaba a Latharn y sus hombres fuera del gran salón.

—Lo has hecho bien —dijo Gormal, mirándolo con orgullo mientras seguían al sirviente hacia sus aposentos.

Latharn no dijo nada, simplemente asintió con la cabeza. Nadie además de Evelyn, Ros y su hermano conocía sus verdaderos planes, y tenía la intención de mantenerlo así el mayor tiempo posible.

Pasó el resto del día reuniéndose con los nobles de Modan y sus propios hombres. No vio a Evelyn hasta el festín de esa noche, que fue grandioso, con las mesas del gran salón repletas de suculentas carnes, vino y cerveza.

Latharn estaba sentado en la mesa principal junto a Ros, pero sus ojos se desviaban constantemente hacia Evelyn, quien estaba sentada en el extremo opuesto del salón entre su hermano y Tulach, sin encontrarse con su mirada.

—¿Es esa tu muchacha? —susurró Ros en su oído, y él se tensó. Había intentado no ser

obvio con sus miradas—. Puedo ver por qué estás prendado de ella —continuó ante su asentimiento, desviando sus ojos hacia Evelyn—. Es muy hermosa.

Evelyn se veía aún más encantadora esta noche con un vestido de color azul zafiro, su cabello rojo fuego cayendo suelto sobre sus hombros. Sus ojos se encontraron con los de él por un breve segundo, oscureciéndose al deslizarse hacia Ros, antes de que ella se volteara para concentrarse en su hermano.

—Parece que quisiera atravesarme con una flecha —murmuró Ros con una risita.

Latharn sonrió. Sabía que los celos de su leona no deberían complacerlo, pero lo hacían. Le gustaba que ella fuera tan posesiva con él como él lo era con ella.

—¿Y el hombre que amas? —preguntó en voz baja. Ros no le había dicho el nombre de su amado, solo que era de baja cuna—. ¿Está aquí?

—No —susurró ella, con un destello de dolor cruzando su rostro—. No quería verme contigo, aunque le dije que era solo por apariencia.

—Esto terminará pronto —murmuró él, mirándola con simpatía—. Y tienes mi palabra; intentaré persuadir a tu padre para que te deje casar con el hombre que amas.

—No eres como otros nobles —dijo Ros después de un momento, estudiándolo de cerca—. Cualquier otro hombre le habría contado mi secreto a mi padre y luego me habría encerrado en su mansión.

—Olvidas que aún no soy un laird. Pasé toda mi vida como... —Hizo un gesto hacia un sirviente que estaba recogiendo copas y rellenándolas.

—No puedo imaginar no saber quién eres realmente. Cuéntame sobre tu tiempo como sirviente —dijo ella, pareciendo genuinamente intrigada.

Él lo hizo, tratando de no lanzar miradas al otro lado del salón hacia Evelyn mientras lo hacía. Cada vez que lograba encontrarse con sus ojos, ella lo miraba con una frialdad que le hacía doler el corazón, y su diversión por sus celos se desvaneció. ¿Ya había olvidado sus palabras, que ella era la única mujer para él? ¿No entendía que solo estaba haciendo esto por guardar las apariencias? Él y Ros necesitaban parecer contentos con su compromiso para hacer feliz a Modan. No deseaba nada más que sentarse al lado de Evelyn, escuchar su risa musical, admirar la belleza de su rostro.

Los músicos comenzaron a tocar, y Modan se volvió para mirarlos a él y a Ros con una sonrisa expectante. Él se puso de pie de mala gana, tomando la mano de Ros y moviéndose hacia el centro del salón.

Aunque Ros era una buena bailarina, no sentía nada mientras se movían juntos, y tuvo que forzar una sonrisa mientras bailaban. Ella parecía igualmente incómoda, y cuando los músicos cambiaron a una canción diferente, se inclinó cerca de él.

—Se espera que cambiemos de pareja. Ve a bailar con tu amada.

Él le dio una sonrisa agradecida y dio un paso atrás mientras Ros comenzaba a bailar con otro noble del clan. Miró alrededor, frunciendo el ceño cuando vio que Evelyn estaba bailando con su hermano. Apretando los dientes, se acercó y miró con enojo a Crisdean. Crisdean se alejó de Evelyn, dando a Latharn un guiño travieso y una profunda reverencia.

Cuando tomó a Evelyn en sus brazos, ella se mantuvo rígida, y por un momento temió que lo rechazara, antes de que finalmente se relajara. La sensación de tenerla en sus brazos era como el día y la noche comparado con sostener a Ros; una tormenta de fuego se avivó en su vientre, y su miembro se agitó. Si Evelyn notó su excitación, no dio ninguna indicación, mirando a cualquier parte menos a él mientras bailaban.

—¿Estás disfrutando tu tiempo con tu prometida? —preguntó ella con rigidez.

—Es solo por apariencia —murmuró él—. Sabes esto, Evelyn.

—Parecía que disfrutabas manteniendo las apariencias —replicó ella, alzando sus ojos dorados para enfrentarse a los de él.

—Que sepas —dijo él, atrayéndola aún más cerca— que estábamos hablando de ti y de lo hermosa que eres.

Evelyn lo miró con la boca abierta, sorprendida. Sonriendo, él se acercó, sus labios rozando su oreja.

—Ros es una muchacha amable y bonita, pero me deja frío. Pero tú, leona —susurró—, enciendes cada parte de mí. Apenas he podido apartar mis ojos de ti. Tus celos son injustificados. Soy yo quien debería estar furioso; bailabas bastante cerca de mi hermano. ¿Quieres que asesine a mi propio hermano?

—Sería apropiado —respondió ella, pero su boca se curvó en una sonrisa—. Yo quiero asesinar a tu prometida.

—En lugar de asesinar a nadie —murmuró él, con los ojos brillando de diversión—, ven a mi cama esta noche cuando el castillo esté dormido.

La canción terminó, y él se forzó a alejarse de ella, haciéndole una respetuosa reverencia. Se dirigió hacia Ros, escoltándola de vuelta a su mesa, con sus sentidos aún vibrando de deseo por Evelyn.

Cuando el festín llegó a su fin, escoltó a Ros fuera del salón, mientras Evelyn les lanzaba dagas con los ojos.

—Deberías pasar tiempo con tu amada esta noche —dijo Ros, una vez que salieron del salón—. Creo que necesita seguridad respecto a tus afectos. Y —añadió, bajando la voz—, no hay guardias apostados en tu lado del castillo a altas horas de la noche.

Latharn la miró sorprendido. Dándole una sonrisa cómplice, Ros desapareció por el corredor hacia su cámara. Ros Creagach no era tan inocente como parecía. Se preguntó si ella tendría encuentros clandestinos con su amante bajo el manto de la noche.

Esperó hasta que el castillo estuviera completamente en silencio antes de deslizarse de su cámara para ir a la de Evelyn.

Ella estaba despierta, de pie junto a la ventana. Se dio la vuelta cuando él entró, con angustia marcando sus hermosos rasgos.

—Sé que mis celos son irrazonables y egoístas —dijo ella, mientras él se acercaba—. Tu compromiso no debería ser una farsa, debería ser real, Latharn. Necesitas esta alianza. Soy yo quien no pertenece aquí, quien ni siquiera es de esta época.

—No me importa de qué época seas, me alegro de que estés aquí ahora, conmigo. Ya te lo dije antes, pretendo saborear cada momento que tenga contigo.

—Pero Latharn...

—No quiero oír nada más —la interrumpió—. Eras la muchacha más hermosa del salón esta noche. Te necesito, Evelyn.

La levantó en sus brazos, llevándola a la cama. Comenzó a quitarle el camisón, pero ella lo detuvo. Él se quedó inmóvil; ¿lo estaba rechazando? Pero solo había hambre en sus ojos.

—Déjame a mí —susurró ella.

Se le secó la boca cuando ella se quitó el camisón, revelando su delicioso cuerpo a su mirada necesitada. Ella extendió la mano y lo desvistió, quitándole el kilt y la túnica antes de agarrar sus nalgas, sus ojos dorados elevándose para encontrarse con los de él mientras envolvía sus labios alrededor de su miembro.

—Evelyn... —gimió él, mientras ella lo tomaba en su boca, acariciándolo con su lengua.

Un poderoso dolor creció dentro de él; sabía que no duraría mucho, pero no pudo obligarse a detenerla, echando la cabeza hacia atrás cuando ella gimió a su alrededor. El sonido de su gemido lo deshizo, y se estremeció, derramando su liberación en su boca.

Retrocedió tambaleante, con el pecho agitado, mientras Evelyn lo miraba con una sonrisa traviesa. Solo la imagen de ella, desnuda y de rodillas ante él, hizo que su miembro se agitara una vez más.

—Mi leona —gruñó, inclinándose para subirla a la cama. Agarró uno de sus pechos, lamiendo el rosado pezón antes de colocarse sobre ella, manteniendo sus ojos fijos en los de ella mientras se hundía en su interior.

—Latharn —gritó ella, envolviendo sus piernas alrededor de él mientras la cabalgaba. Él succionó la base de su garganta, su mandíbula, sus labios.

—Mírame, Evelyn —ordenó, y ella obedeció, encontrando sus ojos mientras él agarraba sus nalgas, continuando embistiendo dentro de ella—. Eres la única muchacha que veo, leona. La única que anhelo. Te has grabado en mí, me has marcado como tuyo. Nunca he anhelado, ni anhelare jamás, a una muchacha como te anhelo a ti.

La emoción brilló en sus ojos, sus ojos dorados resplandeciendo mientras agarraba sus hombros.

—Y yo a ti —susurró ella—. Latharn... Latharn, yo... —vaciló, cerrando los ojos mientras un estremecimiento de placer se apoderaba de ella.

—¿Qué? —preguntó él, ralentizando sus embestidas, con los ojos fijos en los de ella—. Háblame, leona.

—Yo... —Ella encontró sus ojos, con un tumulto de emociones en los suyos, antes de cerrarlos una vez más—. Necesito que me des mi liberación. Por favor.

Él sospechaba que había algo más que ella no le estaba diciendo, algo que estaba ocultando, pero cuando ella comenzó a ondularse contra él, su deseo se apoderó de cada uno de sus sentidos hasta que ya no pudo pensar, y dejó escapar un gemido cuando su mutua liberación los reclamó.

—¿Qué ibas a decirme, muchacha? —preguntó él, cuando el mundo volvió a su lugar a su alrededor y recuperó el aliento.

—Justo lo que te dije —respondió ella, dándole una sonrisa que no llegó a sus ojos—. Que necesitaba mi liberación. Y me la diste.

Cuando ella mordisqueó su oreja, susurrando que quería que la tomara de nuevo, su deseo por ella acalló su inquietud de que pudiera estar ocultando algo, y su cuerpo una vez más se agitó mientras reclamaba su boca con la suya.

CAPÍTULO 22



Evelyn había estado peligrosamente cerca de decirle a Latharn que lo amaba la noche anterior. Se alegraba de haber contenido su lengua; tenía que recordarse a sí misma que su confesión de amor solo habría complicado las cosas. En su lugar, le había comunicado sus sentimientos con su cuerpo. Latharn le había hecho el amor una vez más antes de abandonar su habitación, mientras ella se estremecía y temblaba en las secuelas de su encuentro amoroso.

Mientras se dirigía al gran salón a la mañana siguiente, su mano flotó hasta su boca; sus labios aún se sentían hinchados por los besos de Latharn. Se sonrojó; sería difícil mantener una expresión impasible frente a él hoy.

—Eibhlin.

Evelyn se dio la vuelta, tensándose con sorpresa cuando Ros se le acercó. La prometida de Latharn lucía encantadora en un fino vestido carmesí, su cabello oscuro recogido en trenzas decorativas, adornado con cintas blancas. Parecía en todo sentido la noble escocesa del siglo XIV que Latharn necesitaba desposar: nada que ver con ella, una viajera del tiempo estadounidense del siglo XXI que no pertenecía aquí. Sus alegres pensamientos de la noche anterior se desvanecieron cuando esa familiar oleada de celos surgió en su pecho. Creía que Latharn no sentía verdadero afecto por la otra mujer, pero su amor por él hacía que fuera difícil ver la razón.

—Mi señora —se obligó a decir Evelyn, haciendo una respetuosa reverencia.

Pero Ros desestimó la formalidad con un gesto, dedicándole una cálida sonrisa.

—Por favor, llámame Ros. ¿Caminarás conmigo?

Evelyn se mordió el labio, debatiendo si ofrecer alguna excusa. Pero finalmente cedió; parecería sospechoso si mostraba alguna mala voluntad hacia la prometida de Latharn. Ros sonrió radiante, y juntas se dirigieron al patio.

—Quería que supieras que no hay nada entre Latharn y yo —dijo Ros, cuando estaban a metros del castillo, hablando en voz baja—. Hay otro hombre al que amo, y sé que Latharn te ama a ti.

Evelyn la miró sorprendida. No se había permitido albergar la esperanza de que Latharn correspondiera sus sentimientos. Sabía que la deseaba, pero nunca había expresado sentimientos más profundos que eso.

—Me desea, sí —dijo Evelyn—. Pero...

—Reconozco el amor cuando lo veo —interrumpió Ros—. Ambas somos afortunadas de que mi padre no reconozca tales emociones. Anoche, en el banquete... era como si hubiera un hilo que nadie más podía ver, uniéndolos a los dos a través del gran salón. Pude ver cuánto lo amas.

Evelyn comenzó a protestar, a negar sus sentimientos, pero era inútil. Ros era claramente perceptiva, y Evelyn sabía que cualquier protesta que pronunciara sonaría falsa.

Ros le estaba dando una mirada de genuina calidez y amabilidad. Después de la forma en que la madre de Ros, Lady Reuda Creagach, la había tratado, había esperado el mismo desprecio snob de Ros. Ahora se sentía tonta por sus celos. Se preguntó si las cosas hubieran sido diferentes y ella hubiera vivido en esta época, ¿se habría cruzado su camino con el de Ros? Y si fuera así, ¿se habrían hecho amigas? Sospechaba que sí.

—Espero que puedas estar con tu amado —dijo Evelyn, ofreciéndole una sonrisa.

Pero la sonrisa de Ros se desvaneció, con tristeza acechando en sus ojos.

—No tienes mucha elección sobre con quién te casas cuando eres la hija de un jefe —dijo Ros.

El corazón de Evelyn se ablandó con simpatía al pensar en las limitadas opciones que tenían las mujeres de alta cuna de esta época. Pero entonces recordó las palabras que Latharn le había dicho semanas atrás. *Haces lo que puedes con tu lugar en la vida.*

—Bueno, tal vez puedas hacer lo que puedas con tu lugar en la vida —dijo, haciendo eco de sus palabras—. Y encontrar alguna manera de estar con él. Sé que Latharn ayudará si puede.

—Eso espero —murmuró Ros—. Y espero que tú también puedas estar con Latharn.

—Los hombres de alta cuna también deben casarse con muchachas de la clase apropiada —respondió Evelyn, con una triste sonrisa propia—. Mi padre puede haber sido un noble, pero hace mucho que murió y es considerado un traidor por el Clan MacUisdean. Yo soy una mera...

Se detuvo de caminar cuando un pensamiento repentino se le ocurrió. Ros era la hija del jefe y parecía haberle tomado cariño. Evelyn se mordió el labio mientras estudiaba a Ros, preguntándose cómo debería abordar el tema. Ros arqueó una ceja curiosa.

—¿Qué sucede, Eibhlin?

—¿Puedo pedirte ayuda con algo? —preguntó Evelyn.



MOMENTOS DESPUÉS, Evelyn se sentó frente a varias esposas nobles en una cámara privada, quienes la estudiaban con apenas disimulado disgusto.

Evelyn se volvió hacia Ros, quien le dio un gesto de aliento. Le había pedido a Ros que la presentara a algunas esposas nobles que se alojaban en el castillo después del banquete de anoche. Había fracasado con la madre de Ros, Reuda, pero quería inclinar a estas mujeres del lado de Latharn.

—Les agradezco que me reciban —dijo Evelyn, enfrentando a las mujeres—. Quería hablarles... ambas queríamos hablarles... sobre que sus maridos juren lealtad a Latharn.

Sabía que parecería sospechoso si ella y no la prometida de Latharn abogaban en su nombre; Ros había aceptado acompañarla.

—Puede que solo haya conocido a mi prometido por poco tiempo, pero creo que es un hombre de honor. Mucho más honorable que Padraig. Queremos que habléis con vuestros maridos si aún dudan de él, y les aseguréis esto —añadió Ros.

Los rostros de las mujeres se suavizaron mientras Ros hablaba, y Evelyn tuvo que reprimir una oleada de envidia. *Es solo una farsa*, se dijo a sí misma. *Ella no se va a casar realmente con Latharn.*

Pero, ¿no sería Ros la pareja perfecta para él? Era compasiva y parecía contar con el respeto de los otros nobles. Si Latharn no iba a seguir adelante con su compromiso con Ros debido a su deseo por ella, ¿no le estaba haciendo más daño que bien? ¿Debería dejar a un lado su amor por él y animarlo a casarse con Ros antes de regresar a su propio tiempo?

El dolor la atravesó ante ese pensamiento, y se recordó a sí misma que Ros estaba enamorada de otro hombre y no quería casarse con Latharn. Y ahora que Evelyn sabía cómo se sentía el amor, no podía imaginarse siendo obligada a casarse con otro hombre cuando su corazón pertenecía a otro.

—Os respetamos a vos y a vuestro padre —decía una de las esposas a Ros—. Pero mi marido y los otros nobles al menos conocen a Padraig. Mi marido nunca conoció al padre de Latharn. Todo lo que sabemos de Latharn es que era un sirviente.

—Sí —intervino Evelyn—. Pero puedo deciros lo que Latharn ha hecho. Se ha tomado el tiempo de reunirse con la gente común para asegurarles que sería el mejor señor para ellos. Vino a rescatarme a mí y a varios otros que trabajábamos para él como espías cuando podría haber sido capturado y asesinado. Se arriesgó a venir a estas tierras sabiendo que podría morir. Si pensara que Padraig era un buen líder, se habría mantenido alejado, aun sabiendo que eso significaba renunciar a sus legítimas tierras y títulos. ¿Conocéis a algún líder que haría tal sacrificio?

Las mujeres parecían silenciosamente sorprendidas e impresionadas. Se dio cuenta entonces de que muchas no sabían hasta qué punto había llegado Latharn para reclamar sus títulos.

—Eibhlin dice la verdad —dijo Ros—. Por favor, considerad lo que ha dicho cuando habléis con vuestros maridos si aún dudan de él.

—Lo has hecho bien —dijo Ros, después de que las mujeres salieran de la cámara—. La forma en que hablaste por él... está claro cuánto lo amas.

El pánico recorrió sus venas. —¿Crees que las otras esposas notaron que yo...?

—No —la tranquilizó Ros—. Saben quién era tu padre; piensan que hablas por lealtad hacia él.

—Lo hago —dijo Evelyn—. Y...

—Latharn —dijo Ros suavemente—. Lo sé. Estás luchando por los hombres que amas.



LAS PALABRAS de Ros resonaban en su mente durante el banquete de esa noche mientras observaba a Latharn y Ros sentados en la mesa principal, luchando contra su envidia. Realmente sentía que estaba luchando por Latharn: luchando contra su amor por él. ¿Sería más fácil una vez que estuviera de vuelta en su propio tiempo, siglos alejada de él? *No*, se dio cuenta, con un vuelco en el estómago. *Solo será más doloroso cuando estemos separados para siempre.*

Los invitados pronto se levantaron para bailar, y ella se concentró en beber su cerveza, sin querer ver a Latharn y Ros bailar. Sintió una mano en su brazo y levantó la mirada para encontrar a Crisdean mirándola con una sonrisa amable.

—¿Un baile, mi señora?

Ella accedió, notando con sospecha que sus ojos brillaban. Su sonrisa se ensanchó, y se dio cuenta de que la estaba maniobrando hacia Latharn.

Cambiaron de pareja sin esfuerzo, de modo que Crisdean estaba bailando con Ros, y ella se encontró en los brazos de Latharn. Miró sus ojos, chispas de electricidad colisionando en su vientre ante la mirada de hambre cruda en sus oscuras profundidades.

—Envié a mi hermano a buscarte —confesó—. Te he echado de menos hoy.

—Yo también te he echado de menos —respondió ella, con el corazón exultante ante sus palabras.

—Esta noche —dijo él, su aliento abanicando su oreja—. Iré a tu cámara.

La soltó, y había una extraña mirada de arrepentimiento en sus ojos antes de que se girara para bailar con Ros. Evelyn apartó su inquietud ante esa mirada, su cuerpo zumbando de anticipación y deseo.

Cuando el banquete terminó y el castillo quedó en silencio, caminó inquieta por su cámara hasta que su puerta se abrió suavemente.

Latharn entró, cruzando la habitación hacia ella sin decir una palabra, levantándola en sus brazos mientras marcaba su boca con un beso abrasador. Ella lo correspondió con un gemido, y él la llevó a la cama donde hicieron el amor con una intensidad silenciosa que provocó que un estruendoso clímax los reclamara a ambos.

Después, mientras yacían entrelazados, ella alzó la mano para trazar sus hermosos rasgos con los dedos. Anhelaba decirle la profundidad de sus sentimientos por él; estaba cansada de ocultarlos. Evelyn abrió la boca para confesar su amor, pero ante la mirada de arrepentimiento en sus ojos, el temor astilló su corazón.

—¿Qué? —susurró.

—Ros y yo tendremos que mantener la apariencia del compromiso por más tiempo del que anticipé —dijo con un suspiro—. Todavía hay nobles del clan que necesitan ser convencidos para aliarse conmigo. Mientras estemos aquí, no puedo arriesgarme a venir a tu cámara más.

El dolor oprimió su pecho, pero ella asintió con un movimiento brusco.

—Por supuesto. Lo entiendo.

—No es lo que quiero —murmuró él, extendiendo la mano para acariciar su cabello—. Pero esta alianza...

—No tienes que explicarlo —dijo ella, sentándose y cubriendo su pecho, sintiéndose de repente muy vulnerable y expuesta—. Dije que lo entiendo. Deberías irte.

Latharn parecía destrozado, sus hermosos rasgos arrugándose en un ceño.

—Quiero pasar la noche a tu lado antes de que yo...

—No, tenías razón. ¿Cómo crees que reaccionaría el jefe si supiera que vienes a mi cámara? No deberías pasar la noche aquí.

Un tumulto de emociones conflictivas jugó en su rostro. Él extendió la mano, atrayéndola cerca mientras reclamaba su boca en un breve beso. Ella fue quien lo terminó, apartando la mirada.

—Lo que dije antes sigue en pie, Evelyn. Mientras estés en este tiempo, eres mía. Como yo soy tuyo.

Ella asintió, aunque solo sentía un dolor hueco en su interior, observando cómo se vestía y se deslizaba fuera de su cámara.

No parecía que él le perteneciera. Pertenecía a sus deberes, al clan que algún día gobernaría. Más importante aún, pertenecía a esta época: una época que no era la suya. Y a pesar de su amor por él, necesitaba recordar eso.

CAPÍTULO 23



*R*emordimiento invadió a Latharn por la manera en que había dejado a Evelyn la noche anterior. Ella parecía tan destrozada cuando le dijo que ya no podía visitar su habitación mientras estuvieran en el castillo. Estaba lejos de ser lo que él quería, pero no podía arriesgarse a perder la alianza; ahora tenía que considerar las vidas de sus hombres. Aun así, habría dado cualquier cosa por borrar esa expresión de dolor de su rostro.

Pero vuestro tiempo juntos es temporal, se recordó a sí mismo. Pronto, la inmensidad del tiempo los separaría. Quizás era mejor prepararse para eso ahora.

Tuvo que forzarse a apartar la imagen del rostro destrozado de Evelyn de su mente al entrar en el gran salón para reunirse con sus hombres, Modan y los nobles de Modan.

—Mi señor —dijo Gormal, poniéndose de pie para saludarlo con una sonrisa mientras se acercaba. Gormal había estado más jovial desde que Latharn había accedido a casarse con Ros—. Estábamos discutiendo justamente el número de hombres que ahora tenéis de vuestro lado. Con los hombres que habéis reunido, los hombres de Artair Dalaigh y los hombres del clan del jefe Creagach, tenemos suficientes hombres para atacar dentro de quince días. Aún tenemos que convencer a algunos de los nobles del jefe, pero en general, ahora tenemos suficientes hombres para enfrentarnos a Padraig.

Latharn cruzó su mirada con la de su hermano, quien pareció comprender la importancia de este momento, dándole un solemne asentimiento. Este era el momento que había estado esperando desde que llegó, el momento en que tenía suficientes hombres de su lado para enfrentarse a su primo.

—Es mejor si hacemos un ataque sorpresa —dijo Latharn—. Padraig sabe que vamos a atacar, pero no cuándo. Será una ventaja para nosotros tomarlo por sorpresa.

Pasó más tiempo discutiendo la estrategia de batalla antes de que los hombres se dispersaran, dejando a Latharn a solas con Modan. Modan se puso de pie, dándole un gesto de respeto.

—Me llena de alegría que mi Ros se case con alguien tan valiente como vos —dijo—. Ha parecido más feliz últimamente, creo que es por vos.

—Ros también me ha hecho feliz —dijo Latharn, sin encontrar su mirada mientras decía la mentira—. Quería agradecerlos de nuevo por aliaros conmigo. Sé que es un gran riesgo para vos.

—Aún quedan algunos de mis nobles por convencer —dijo Modan, su expresión oscureciéndose—. Pero los haré unirse a vos si quieren seguir siendo leales al clan.

Una inquietud le recorrió la espina dorsal; Latharn no quería que nadie se uniera a su lado por la fuerza. Pero no podía decirle a Modan cómo manejar a sus propios hombres.

—Creo que la victoria está al alcance de vuestra mano —continuó Modan—. Quiero que os caséis con mi Ros poco después de que se gane la batalla.

Le costó un gran esfuerzo encontrar la mirada de Modan y asentir, aunque el pánico se arremolinaba en su interior. Si Modan no aceptaba su oferta de que otro noble se casara con su otra hija, ¿y si no tuviera otra opción que casarse con Ros? Imágenes de Evelyn cruzaron por su mente: su hermoso cuerpo en sus brazos, su sonrisa, sus ojos dorados iluminándose de deleite al verlo. Se sentía como una traición siquiera considerar casarse con otra mujer, aunque Evelyn pronto regresaría a su propio tiempo.

Al salir del gran salón, el sonido de la risa musical de Evelyn lo detuvo en seco. Se volvió, notando que estaba parada cerca, demasiado cerca, de Tulach al final del pasillo.

¿Cuándo se habían vuelto tan amigos? ¿O siempre habían sido amigos? Sus entrañas se revolvieron, ¿había algo más entre ellos? Y si era así, ¿cómo no lo había notado antes?

Cuando Tulach atrajo a Evelyn a sus brazos para un abrazo, Latharn se dirigió hacia ellos con paso firme, una feroz mueca en su rostro. Se volvieron para enfrentarlo cuando se acercó; Tulach le hizo un asentimiento apresurado. Lo ignoró, concentrándose en Evelyn.

—Necesito hablar contigo —espetó.

Evelyn parpadeó hacia él con sorpresa sobresaltada. Notó con irritación, y una chispa de lujuria, que podía ver la vista tentadora de su pecho en el vestido verde que llevaba. ¿Tulach habría disfrutado de la misma vista?

Con un gruñido, agarró su muñeca, llevándola lejos del sorprendido Tulach y hacia una pequeña antecámara, cerrando la puerta detrás de ellos mientras la miraba con el ceño fruncido.

—¿Qué? —preguntó ella, el pánico cruzando por sus hermosas facciones—. Latharn, ¿qué pasa?

—Tú y Tulach —espetó—. ¿Hay algo entre vosotros?

Su sorpresa desapareció, y ese desafío familiar brilló en sus ojos. Si no estuviera tan enojado, habría sentido un arrebató de orgullo. Su leona.

—¿Cómo te atreves a preguntarme algo así? —espetó ella—. Tú eres el que está comprometido, quien me dijo que iba a mantenerse alejado de...

—No estoy realmente comprometido, y lo sabes —ladró—. Ahora responde la...

—¿Ya has olvidado que dijiste que necesitamos mantener la distancia aquí? Si la gente pensara que Tulach y yo somos amantes, eso levantaría cualquier sospecha sobre nosotros.

No pudo contener el gruñido que escapó de su garganta ante su mención casual de ella y Tulach como amantes. Se inclinó cerca, a solo un suspiro de sus labios sensuales, labios que no deseaba nada más que besar.

—Si Tulach pone un dedo sobre tu hermoso cuerpo, yo...

—¡No amenaces a Tulach! Ha sido un espía leal para ti, y es mi amigo. ¿Cómo te atreves... especialmente después de lo que dijiste anoche...?

—También dije que eres mía mientras estés aquí, así como yo soy tuyo —espetó él, aunque una pizca de culpa le rodeó las entrañas. Ella tenía razón sobre la lealtad de Tulach, pero no toleraría que estuviera con Evelyn. No podía tolerar a ningún hombre con Evelyn.

—Latharn, no estás siendo razonable —dijo ella, suavizando su tono. Una mirada de dolor apareció en sus ojos—. Sé que tu compromiso con Ros es solo una fachada, y me cae bien, pero ahora ves cómo me siento yo. Imagina si tuvieras que verme a mí y a Tulach fingir estar comprometidos... y pensar en nosotros realmente casados, yo en su cama. E imagina si te dijera que debemos mantenernos alejados el uno del otro mientras tanto.

Los celos que lo atravesaron fueron poderosos, y apretó los puños a los costados.

—Sé que no estoy siendo razonable —dijo—. Y lo que te dije anoche... no es lo que quiero. Tan pronto como salgamos de este castillo, estarás en mi cama cada noche... hasta que regreses a

tu tiempo. —Tuvo que forzar estas últimas palabras, con la angustia retorciéndole las entrañas ante la idea de su partida.

No pudo evitar inclinarse para besarla, y la boca de Evelyn pareció derretirse bajo la suya. La necesidad y el deseo por su leona inundaron sus sentidos, y la sostuvo cerca mientras saqueaba su boca con la suya, como si pudiera reclamarla con su beso. Cuando la soltó, ambos estaban sin aliento.

—¿Me entiendes? —dijo con voz ronca—. Nos pertenecemos el uno al otro.

—Entendido —susurró ella, con sus ojos dorados ardiendo de deseo.



INTENTÓ NO MIRAR FIJAMENTE a Evelyn durante el festín de esa noche, pero no pudo evitarlo. Después de su apasionada confrontación, había tenido que atender sus deberes y no la había visto durante el resto del día hasta ahora. Era como una polilla atraída por una llama cuando se trataba de contemplar a su Evelyn. Y así es como pensaba en ella: su Evelyn. Aunque no tuviera realmente derecho sobre ella, la visión de ella con Tulach había despertado su posesividad rugiendo con vida.

Raramente se fijaba en lo que vestían las mozas, pero con Evelyn notaba cada detalle. Ella había traído varios vestidos consigo; esta noche, se había cambiado a un vestido tan azul como el cielo de verano, con el escote de sus pechos prominente bajo el corpiño.

—¿Por qué no te acuestas con la moza aquí mismo para que todos lo vean? —murmuró su hermano en voz baja.

Frunció el ceño a Crisdean, que estaba sentado a su lado, pero rápidamente dirigió su mirada a Ros, dándole un educado asentimiento. Ella solo le devolvió una sonrisa divertida; sabía perfectamente de su preocupación por Evelyn.

—Tú no puedes apartar los ojos de la hermana de Ros —replicó Latharn.

Crisdean se sonrojó. No le había pasado desapercibido que había estado lanzando miradas furtivas hacia Sofie, la hermosa hermana menor de Ros, que estaba sentada en el extremo opuesto del salón con sus damas.

—Es una moza hermosa —refunfuñó.

—Al igual que Eibhlin —dijo Latharn, sus ojos desviándose de nuevo hacia ella con el ceño fruncido mientras ella echaba hacia atrás su hermosa cabeza y se reía de algo que Tulach había dicho.

—Yo no soy el que se supone que debe casarse con la hija del jefe —gruñó su hermano, y Latharn no tuvo réplica; tenía razón. Por el momento, necesitaba parecer completamente devoto a Ros.

Latharn miró alrededor del salón; el ambiente estaba relajado y jovial, sus hombres mezclándose fácilmente con los hombres de Modan. Deslizó su mirada de vuelta hacia Evelyn, que lo estaba mirando, pero ella desvió la mirada cuando él encontró sus ojos.

Quería bailar con ella, sentirla en sus brazos, pero se forzó a permanecer al lado de Ros, y obedientemente la acompañó fuera del salón después de que el festín terminara, para la visible aprobación de su padre.

Le costó un gran esfuerzo no ir a la habitación de Evelyn esa noche, reprimiendo su excitación ante el recuerdo de ella en ese vestido azul, su cabello rojo fuego cayendo sobre sus hombros hasta la curva de sus exuberantes pechos.

Cuando finalmente se quedó dormido, oyó gritos y exclamaciones sorprendidas fuera del

castillo.

Se incorporó de golpe en su cama, con el corazón martilleando de pánico. Corrió hacia la ventana para ver al menos dos docenas de hombres acercándose al castillo a caballo.

Latharn se dio la vuelta cuando su puerta se abrió de golpe. Crisdean y Horas estaban en el umbral, con los rostros blancos de pánico.

—Padraig sabe que estás aquí —dijo Crisdean—. Nos han traicionado.

CAPÍTULO 24



Latharn galopó a toda velocidad alejándose del Castillo Creagach a caballo, con Evelyn sentada detrás de él, sus brazos firmemente envueltos alrededor de su cintura. Crisdean, Horas y Gormal los flanqueaban, y el resto de sus hombres los seguían, con los cascos de sus caballos resonando furiosamente en el suelo.

La mitad de sus hombres se habían quedado atrás para luchar junto a los guardias de Modan. Él había querido quedarse y luchar a su lado, pero no tuvo más remedio que huir. Padraig no estaba con los hombres que había enviado a atacar el castillo, y Latharn necesitaba enfrentarse directamente a su primo en la batalla más grande que estaba por venir.

Antes de huir del castillo, había corrido a la habitación de Evelyn, ignorando las protestas de Horas de que sus hombres la sacarían. No se iría hasta que Evelyn estuviera a su lado.

Había huido del castillo con la mano de Evelyn en la suya. A pesar de toda su frustración y furia, se alegraba de que ella estuviera a su lado; nunca la habría dejado atrás. Podía sentir el rápido latido de su corazón contra su espalda mientras cabalgaban; su miedo era palpable.

Latharn apretó su agarre en las riendas, su furia aumentando. Nunca debería haber bajado la guardia. Sabía que algunos de los nobles de Modan dudaban en unirse a él; no había sospechado que traicionarían su paradero a Padraig. Horas le había dicho que Modan estaba furioso y sorprendido por la traición; estaba luchando junto a sus guardias contra Padraig. Latharn no estaba seguro del estado de su alianza. ¿Los nobles que le habían jurado lealtad se retractarían ahora de su palabra?

Cabalgaron hasta que casi amaneció, y se encontraban en el extremo norte de las tierras del Clan Creagach. La cabaña donde se iban a esconder no era la fina mansión en la que se habían alojado antes, sino la casa de uno de sus hombres, un herrero llamado Sgaire que amablemente se la ofreció. Sgaire se quedaría en el pueblo cercano con un pariente; su casa era lo suficientemente grande para alojar a Latharn, Horas, Gormal, Crisdean y Evelyn. Sus otros hombres se quedarían en el pueblo o acamparían en los alrededores.

Mientras Evelyn y los demás entraban en la cabaña de Sgaire para instalarse, Latharn permaneció afuera, observando cómo el sol naciente proyectaba su luz sobre el horizonte. Necesitaba un momento a solas para respirar el aire y calmar la furia que aún ardía en sus venas.

Estaba cansado de huir, cansado de tratar de convencer a los hombres de su valía. Había estado tan cerca de atacar, de enfrentarse a Padraig en el campo de batalla y recuperar lo que era suyo por derecho. Pero ahora, había otro contratiempo más.

Latharn cerró los ojos, exhalando un suspiro tembloroso. ¿Y si estaba destinado a fracasar? Tal vez nunca recuperaría las tierras de su padre. Tal vez debería haberse mantenido alejado.

—Sé lo que estás pensando.

Se giró. Evelyn se acercaba a él desde atrás, con una capa de cuadros envuelta alrededor de su cuerpo para protegerse del frío del amanecer. Su cuerpo vibró con conciencia como siempre lo hacía con solo verla, pero se volvió para mirar al horizonte.

—Deberías entrar y dormir, Evelyn.

—Tú también —respondió ella, deteniéndose a su lado. Aunque habían estado cabalgando toda la noche, olía a lavanda y agua de rosas; su aroma calmaba sus sentidos—. Estás dudando de ti mismo, puedo verlo en tus ojos. Tenías que saber que esto no sería fácil. Pero estás tan cerca. No te rindas.

—No lo haré —murmuró, sin querer admitirle sus pensamientos derrotistas de momentos antes. Aunque quisiera, no podía dar marcha atrás ahora. Aunque algunos de los hombres de Modan lo habían traicionado, aún tenía decenas de hombres que le habían jurado lealtad. No los defraudaría. Y no podía permitir que una serpiente como Padraig liderara el Clan MacUisdean.

—Necesito dejar de huir —murmuró—. Padraig seguirá persiguiéndome. Voy a mandar llamar a Artair y sus hombres. Es hora de luchar.

Evelyn asintió en acuerdo.

—Y... sé que no quieres oír esto, pero necesitas considerar lo que yo y los demás te hemos sugerido sobre Neacal. Podría ser un aliado y cambiar el rumbo a tu favor.

Se tensó, pero se obligó a considerar sus palabras. Incluso Modan había mencionado que Neacal tenía honor. Cuando Ailbeart espía para él, le había dicho que Neacal no parecía interesado en el liderazgo, incluso parecía oponerse a su hermano. Era un gran riesgo acercarse a Neacal, pero necesitaba todas las ventajas posibles para derrotar a Padraig. ¿Y no se trataba el liderazgo de tomar decisiones arriesgadas?

—Tendremos que ser cuidadosos —dijo finalmente—. Hablaré con los demás y haré llegar un mensaje a Neacal.

Evelyn sonrió. Se acercó a él, rodeando su cuello con sus brazos y presionando sus labios contra los suyos en un beso ferviente que él devolvió con avidez. Cuando lo soltó, sus ojos dorados brillaban de emoción.

—No tienes idea de lo asustada que estaba cuando escuché a los hombres de Padraig atacando el castillo —susurró ella—. Temía que te capturara. —Levantó la mano de él hasta sus labios, cerrando los ojos brevemente mientras murmuraba—: Temía que nunca pudiera decirte cuánto te amo, Latharn. Así que te lo digo ahora. Te amo, Latharn MacUisdean. Con cada parte de mi ser. No me di cuenta hasta tu compromiso con Ros... pero creo que te he amado desde el principio. ¿Quieres saber algo? Hace años, cuando mi madre me contó sobre el bebé que Seoras y su esposa perdieron, sentí una pequeña chispa en mi vientre. Era como si alguna parte de mí *supiera* que estaba destinada a amarte. Que ya te amaba. Y mi amor por ti nunca vacilará... incluso cuando vuelva a mi época.

Y antes de que él pudiera responder, su cuerpo temblando de emoción ante su confesión, ella se dio la vuelta y desapareció en la cabaña.



CUANDO LATHARN SE FUE A DORMIR, fue un sueño breve e inquieto. No era la batalla por venir lo que consumía sus pensamientos, sino la silenciosa confesión de amor de Evelyn. *Era como si alguna parte de mí supiera que estaba destinada a amarte. Que ya te amaba. Y mi amor por ti nunca vacilará.*

La alegría inundó su cuerpo al recordar sus palabras, pero la incertidumbre ahuyentó su gozo.

No sabía el estado de su compromiso con Ros ahora que los nobles de Modan lo habían traicionado. Incluso si su alianza había terminado, aún tendría que casarse con una dama noble bien conectada para asegurar su reclamo. El padre de Evelyn había sido muy respetado, pero hacía mucho que estaba muerto, y muchos de los nobles solo la verían como una sirvienta.

Pero nada de esto importaba. Evelyn no era de esta época; ella había añadido esa advertencia a su confesión de amor. *Incluso cuando vuelva a mi época.* Ella necesitaba regresar a su propio tiempo donde estaría a salvo. ¿Qué habría pasado si no hubiera llegado a tiempo a su habitación la noche anterior? ¿Qué le habría hecho Padraig si la hubiera capturado esta vez? El pensamiento endureció su resolución; sabía lo que le diría a Evelyn cuando la viera de nuevo.

Evelyn no estaba en la cabaña cuando despertó poco después de caer en un sueño inquieto; Horas le informó que estaba entrenando con Tulach y los otros hombres. Frunció el ceño ante esto, pero no debería haberse sorprendido. Su leona era feroz, pero no le permitiría luchar en la próxima batalla.

—He enviado un mensaje a Artair y a Neacal —dijo Gormal. Gormal había parecido dubitativo cuando le dijo que se pusiera en contacto con Neacal, pero no había presentado mucha resistencia. Parecía entender que necesitaban cualquier ventaja que pudieran obtener, aunque fuera arriesgado.

Gormal le informó que muchos de los hombres de Modan se habían unido a ellos; Modan había contenido el ataque y fortificado su castillo para evitar más ataques de Padraig, con algunos de sus hombres quedándose atrás para ayudarlo a defenderlo.

—Pero ha cumplido su palabra —dijo Gormal—, y se ha mantenido fiel a la alianza a pesar de la traición de sus hombres.

Latharn asintió en señal de acuerdo antes de salir para hablar con sus hombres que habían establecido un campamento en los terrenos cercanos.

—Ya no huiré de Padraig. Ha llegado el momento de luchar. Más hombres se están uniendo a nosotros; iremos a la batalla en dos días.

Sus hombres lanzaron gritos de feroz acuerdo, y la determinación se mezcló con el orgullo que se hinchó dentro de él; necesitaba tener éxito en nombre de sus hombres.

Cuando buscó a Evelyn, la encontró en un gran claro del bosque con Tulach y varios de sus hombres; *ella* era quien les estaba enseñando tiro con arco. Observó con orgullo y diversión; no sabía cómo había convencido a estos fornidos montañeses de que dejaran que una muchacha los entrenara, pero escuchaban atentamente mientras ella hacía demostraciones. El anhelo recorrió su cuerpo mientras observaba a su leona, y su pecho se apretó al pensar en lo que estaba a punto de hacer, pero se obligó a dar un paso adelante.

Sus hombres se detuvieron y se volvieron para mirarlo, dándole asentimientos de respeto. Evelyn se giró, sorprendida, su rostro enrojeciendo al verlo. Sabía que estaba pensando en su confesión de amor de esa mañana; la vergüenza impregnaba su expresión.

—Me gustaría hablar con Ev... con Eibhlin a solas por un momento —les dijo a sus hombres.

Una vez que él y Evelyn estuvieron solos, se acercó a ella, acunando los lados de su hermoso rostro.

—Evelyn. —Tragó saliva, forzándose a decir las siguientes palabras—. Quiero que te vayas. Que regreses a tu época.

Ella lo miró con incredulidad, su cuerpo poniéndose rígido de ira mientras daba un paso atrás.

—Ya te dije...

—Sé lo que me has dicho. Pero ya has sido encarcelada una vez, y me han traicionado. Si

algo sale mal la tercera vez, no sé qué haría si te pasara algo.

Evelyn negó con la cabeza, sus ojos dorados brillando con lágrimas de enojo.

—Te digo que te amo, ¿y tu respuesta es decirme que...

—¡Te estoy diciendo que te vayas porque te amo! —gritó él.

Evelyn se quedó inmóvil, sus ojos abriéndose de par en par. Él la miró fijamente, su respiración agitada, mientras continuaba—: Te he amado desde antes de tu confesión. Quizás te he amado desde que viniste a mí por primera vez, escupiendo fuego por los ojos y exigiendo que te dejara ayudarme. O tal vez desde el primer momento en que mis labios tocaron los tuyos... o cuando te reclamé con mi cuerpo. Amo a Eibhlin Aingealag O'Brolchan y a Evelyn Angelica O'Brolchan. Eres lo primero en lo que pienso por la mañana. Lo último en lo que pienso por la noche. Te amo con cada parte de mi alma, Evelyn. Y por eso quiero que te vayas. Te amo demasiado para verte sufrir. Si alguna vez volvieras a sufrir daño, me destrozaría, y nada de esto importaría. Así que tienes que irte, mi leona. Mi amor.

CAPÍTULO 25



El corazón de Evelyn se hinchó con sus palabras. Desde su confesión, se había reprochado haberle dicho lo que sentía, convencida de que él no sentía lo mismo. Pero la mirada que le estaba dando ahora estaba llena de nada más que genuino afecto. Nada más que amor.

—Latharn...

—Te amo —repitió él—. Y es por eso que debes...

Evelyn lo silenció con un beso. Él se tensó por un momento antes de corresponderle, envolviéndola en sus brazos mientras sus bocas se fundían, sus corazones latiendo al unísono.

Cuando ella se apartó, él la mantuvo en el círculo de sus brazos.

—Has intentado alejarme antes —le recordó suavemente—. Y voy a decirte lo mismo que te dije entonces: me quedaré hasta que se gane la batalla y hayas recuperado tus títulos. Solo entonces, solo entonces me iré y volveré a mi tiempo —dijo, sintiendo cómo la angustia la desgarraba ante el pensamiento.

Aunque Latharn la amaba, sus deberes no habían cambiado. Una vez que se convirtiera en laird y jefe, tendría que casarse con una novia adecuada, no con la hija de un noble del clan fallecido hace mucho tiempo que ahora trabajaba como sirvienta.

Una tormenta de emociones conflictivas pasó por su rostro, pero él le dio un asentimiento brusco.

—Sabía que te negarías, pero tenía que intentarlo —susurró—. Te amo tanto, mi Evelyn.

La alegría se disparó en su pecho; nunca se cansaría de oírle decir esas palabras. Él extendió la mano para enredarla en su cabello, apretándola cerca para otro beso que la dejó sin aliento. Ella se aferró a él, desesperada por recordar cada detalle que pudiera de este momento.

Cuando la soltó, regresaron juntos a la cabaña para la comida del mediodía. Pero al acercarse, Evelyn se puso tensa; un pequeño grupo de hombres se acercaba a la cabaña a caballo.

—Quédate aquí —ordenó Latharn, dejándola atrás mientras se apresuraba a unirse a Horas, Crisdean y dos de sus otros hombres que estaban protectoramente frente a la cabaña.

El temor le oprimió el pecho mientras se movía hacia la entrada de la cabaña, rezando para que estos no fueran los hombres de Padraig.

Los hombres se detuvieron a varios metros de distancia, y uno de ellos desmontó. Era un hombre menudo que no parecía un noble del clan sino un campesino, con una capa de lana gastada, una túnica blanca y pantalones harapientos y sucios.

—¿Eres Latharn MacUisdean? —le preguntó a Latharn.

—Sí —respondió Latharn.

—¿Quién eres? —exigió Horas, moviéndose para pararse frente a Latharn—. ¿Cómo supiste dónde encontrarnos?

—La gente común ha difundido la noticia de que el hijo de Seoras MacUisdean ha regresado y removerá a Padraig como laird —respondió el hombre, volviéndose hacia Latharn—. Padraig ha aumentado las rentas; muchos no pueden pagar. Ahora que la gente sabe que has vuelto, ya no están dispuestos a acobardarse ante el actual laird. Deseamos unirnos a ti en tu lucha contra él... si nos aceptas.

El alivio invadió a Evelyn cuando Latharn dio un paso adelante con una sonrisa, pasando junto a Horas para poner su mano en el hombro del hombre.

—Será un honor teneros.

Los hombres que llegaron fueron solo los primeros de varios grupos en llegar, todos con la misma historia de que se había corrido la voz de que el hijo de Seoras MacUisdean estaba a punto de entrar en batalla con su actual laird. Evelyn observó con orgullo cómo Latharn saludaba y daba la bienvenida a cada hombre que se unía a él antes de que acamparan con sus otros hombres. A menudo se encontraba con sus ojos, y ella le daba una sonrisa alentadora. La gente ahora estaba viendo lo que ella ya sabía: que Latharn sería un líder mucho mejor que Padraig.

Evelyn pasó el resto del día entrenando a algunos de los hombres de Latharn en tiro con arco. Tulach y Horas habían difundido la noticia de su destreza, y aunque muchos hombres se negaban a recibir lecciones de una moza, otros estaban dispuestos a dejar de lado su orgullo para mejorar. Se dio cuenta de que esto era algo que podría hacer cuando regresara a su propio tiempo, realmente lo disfrutaba, aunque una avalancha de dolor la invadía cada vez que pensaba en dejar a Latharn.

A través de todo esto, el asunto de Neacal persistía en el fondo de su mente; no había respondido al mensaje que Latharn le había enviado a través de un mensajero, y temía haberse equivocado respecto a Neacal.

Si Latharn compartía la misma preocupación, no se lo expresó; ya tenía mucho en mente con la batalla que se avecinaba. Esa noche, Latharn la llevó a su habitación, pero no hicieron el amor, hablando poco mientras solo se abrazaban el uno al otro.

Mientras se quedaba dormida, trató de no pensar en la próxima batalla, en la posibilidad de perder a Latharn, pero no pudo evitar pensar en su madre y su vida de dolor. Ahora que se había enamorado de un hombre del pasado, podía entender la eterna tristeza de su madre. Evelyn sabía que ella tampoco se recuperaría si Latharn caía en batalla... o después de haberlo dejado atrás.



CUANDO DESPERTÓ, fue al sonido de cascos de caballos acercándose a la cabaña. Latharn ya se había ido, y ella se vistió apresuradamente antes de salir sigilosamente de su habitación.

Latharn estaba de pie fuera de la cabaña, junto con Gormal, Horas y Crisdean, con una amplia sonrisa en su rostro mientras un hombre apuesto de cabello castaño ondulado desmontaba de su caballo, junto con una hermosa mujer rubia. Tenían aproximadamente cincuenta hombres a caballo detrás de ellos; Evelyn se dio cuenta de que debían ser Artair y su esposa, Diana.

Mientras Artair se dirigía hacia Latharn, Diana estudió a Evelyn durante un momento tan largo y desconcertante que Evelyn se preguntó si la conocía.

—Laird Latharn MacUisdean —saludó Artair a Latharn, dándole una palmada en el hombro—. Me alegré mucho de recibir tu carta.

—Te agradezco que hayas venido —dijo Latharn, devolviendo la sonrisa a Artair.

—Lo que te dije iba en serio: siempre te ayudaré en todo lo que pueda.

Latharn hizo las presentaciones, y mientras él y Artair se dirigían al interior de la cabaña, y

los hombres de Artair se dispersaban para montar el campamento, Diana se acercó a ella.

—Evelyn. Es un placer conocerte —dijo Diana con una cálida sonrisa.

Evelyn se puso tensa por la sorpresa; la mujer tenía un acento inglés, un acento inglés moderno del siglo XXI. Sus instintos habían sido correctos. Esta mujer tenía que ser una viajera en el tiempo. Como si percibiera su sorpresa, Diana le dedicó una sonrisa irónica.

—Creo que tenemos mucho de qué hablar.



MOMENTOS DESPUÉS, Evelyn caminaba por el borde del campamento con Diana, aturdida por todo lo que acababa de contarle. Diana no solo era una compañera viajera en el tiempo del siglo XXI, sino que también era una stiuireadh. Le contó a Evelyn cómo solo había accedido a ayudar a guiar a Artair de vuelta a su época después de que un descendiente lejano, Niall, hubiera ocupado su lugar. No esperaba enamorarse de él y quedarse en esta época, especialmente cuando había dado la espalda a la magia y a los viajes en el tiempo durante gran parte de su vida.

—¿Y tú? —preguntó Diana.

Mientras Evelyn le contaba su historia, Diana escuchaba atentamente, sacudiendo la cabeza con asombro.

—Es raro que alguien nacido en el pasado viva en otra época —dijo Diana—. Sentí que venías... que aparecerías en la vida de Latharn.

—¿De verdad? ¿Cómo?

—Ni siquiera yo entiendo cómo funciona. Era solo una sensación que tenía cada vez que estaba cerca de Latharn. —Se detuvo y estudió a Evelyn con una inquietante atención—. Lo amas, ¿verdad?

—Sí —respondió Evelyn sin dudarlo. No había necesidad de andarse con rodeos sobre su amor por él, especialmente después de haber hablado de viajes en el tiempo, brujería y magia—. Pero no importa.

—El amor es lo único que importa —replicó Diana con suavidad—. Una cosa que aprendí creciendo entre stiuireadh... el amor es la fuerza más poderosa que puede penetrar a través del tiempo. Es incluso más fuerte que la magia.

—Pero Latharn necesita casarse con alguien adecuado —dijo Evelyn, evitando su intensa mirada—. No quiero ser un obstáculo para él.

—Lo entiendo —dijo Diana—. Pero nunca puedes ser un obstáculo para alguien que te ama tanto como lo hace Latharn. Puedo sentir su amor por ti con solo una mirada.

El corazón de Evelyn se enterneció con sus palabras. Ella y Diana pasaron el resto del paseo hablando de las cosas que echaban de menos y las que no del siglo XXI, y de las cosas que disfrutaban en esta época.

—La tranquilidad —dijo Diana—. No hay nada como vivir en esta época para darse cuenta de lo condenadamente *ruidoso* que es el futuro.

Evelyn se rio, asintiendo en señal de acuerdo. Eso le había llamado la atención durante la primera y la segunda vez que había viajado en el tiempo; prefería con mucho la tranquilidad del pasado al bullicio del futuro.

—Pero sobre todo... Artair. Él es la razón por la que me quedé aquí. Creo que en el fondo siempre supe que estaba destinada a él —dijo Diana.

A Evelyn se le revolvió el estómago; sentía lo mismo por Latharn. Pero la época en la que él vivía tenía un conjunto de reglas diferentes.

Su corazón estaba apesadumbrado cuando regresaron a la cabaña. Antes de llegar, Diana se volvió hacia ella y le apretó el brazo.

—Los títulos y las tierras no son lo único por lo que vale la pena luchar —murmuró Diana de forma críptica, antes de volverse para entrar.

CAPÍTULO 26



Después de que Latharn y Artair pasaran tiempo con sus hombres discutiendo la estrategia de batalla para el día siguiente, salieron a cabalgar hasta el extremo del campamento donde podían hablar en privado.

Latharn tenía muchas preguntas para Artair sobre Diana, y Artair confirmó lo que había sospechado. Diana no solo era una viajera en el tiempo, sino también una stiuireadh, una de las brujas viajeras del tiempo que Evelyn había descrito.

—Viajar a través del tiempo —murmuró Latharn, sacudiendo la cabeza con asombro—. ¿Cómo es posible?

—No lo sé. Mi esposa tampoco —dijo Artair con una sonrisa irónica—. Pero me alegro de que sea posible. De lo contrario, nunca habría conocido a mi Diana. Ella es el amor de mi vida. Sin ella, mi vida habría estado vacía.

El pecho de Latharn se apretó; sentía lo mismo por su Evelyn. Cuando ella desapareció a través del tejido del tiempo, supo que nunca volvería a amar a otra mujer. ¿Cómo podría después de Evelyn, su leona? Era una mujer como ninguna otra.

—Estoy orgulloso de lo que has logrado —decía Artair, mirando hacia su campamento de hombres—. Es difícil lograr que los hombres te sigan, especialmente cuando nunca te han conocido. Deben saber lo que yo sé: que eres un buen hombre. Un líder digno.

El orgullo y el alivio crecieron dentro de Latharn; no se había dado cuenta de cuánto deseaba la aprobación de su antiguo laird hasta ahora.

—Espero poder ser el líder que merecen —dijo—. No tengo otra opción que ganar esta batalla. Si sufrimos una derrota, no me lo perdonaré. Iré gustosamente a mi muerte.

Su corazón se estremeció al pensar en Evelyn y dejarla atrás. Conociendo a su leona, podría incluso negarse a abandonar este tiempo incluso después de su muerte; haría algo valiente y temerario como tratar de vengarse. —¿Puedo pedirte algo, Artair?

—Sí —dijo Artair, estudiándolo de cerca—. ¿Sobre tu Evelyn?

—Sí —dijo Latharn, disfrutando de la referencia de Artair a Evelyn como "suya"—. Si caigo en batalla...

—No digas tal...

—Si tú cayeras, querrías saber que tu Diana estaría cuidada, ¿verdad? Solo... cuídala. Por favor. Asegúrate de que esté a salvo. Le pediré a mi hermano que haga lo mismo.

—Lo haré, pero no pienses en la derrota antes de entrar en batalla —dijo Artair, después de una larga pausa—. Piensa solo en la victoria.

Cuando regresaron al campamento, anhelaba compartir una comida a solas con Evelyn, pero tenía una obligación con sus hombres; estaban arriesgando sus vidas por él.

Cenó con ellos en su lugar, tratando de pasar el mayor tiempo posible con cada grupo de hombres, escuchando sus historias y por qué se habían unido a él. Escuchó historias personales de escasas reservas de alimentos después de un invierno difícil, rentas más altas que pagaban por los elaborados festines que a Padraig le gustaba disfrutar, enfermedades y muertes de miembros queridos de la familia debido a la baja producción de alimentos. La ira corría por sus venas ante los relatos. Se prometió a sí mismo que haría lo correcto por cada hombre, mujer y niño del Clan MacUisdean.

Al final de la comida, se puso de pie y se enfrentó a sus hombres.

—Recordad cuando luchéis mañana, que no es solo por mí, sino por vuestros derechos, vuestro clan. Y cuando tengamos nuestra victoria, seré un laird y jefe justo; nunca olvidaré que una vez trabajé como cada uno de vosotros lo ha hecho. Como vuestro líder, siempre lucharé por vosotros.

Sus hombres dejaron escapar un coro de gritos agradecidos y exclamaciones de acuerdo. Encontró los ojos de Evelyn entre la multitud; ella estaba de pie al borde junto a Diana, dándole una sonrisa teñida de orgullo.

Se acercó a ella mientras sus hombres se dispersaban. Diana los dejó solos para acercarse a Artair, y él atrajo a Evelyn hacia sí.

—Quiero pasar la noche antes de la batalla contigo, mi leona —susurró, presionando su cabeza contra la frente de ella.

—Y yo contigo —susurró ella.

Sonrió y tomó su mano, caminando con ella de vuelta a la cabaña.

—Mi laird.

Se detuvo en seco, endureciéndose sorprendido cuando Horas se acercó, agarrando el brazo de un hombre encapuchado. Cuando se acercaron, Horas echó hacia atrás la capucha del hombre, revelando a un hombre de cabello oscuro con facciones angulosas. A su lado, Evelyn dejó escapar un jadeo audible.

—Neacal —respiró.

Neacal le dio un breve asentimiento, deslizando su mirada hacia Latharn.

—Hola, primo —dijo con calma.



—NO QUERÍA CREER que mi hermano fuera tan cruel, más cruel que nuestro padre —dijo Neacal sombríamente.

Ahora estaban de vuelta en la cabaña; Latharn estaba sentado frente a Neacal mientras Horas se cernía a su lado, con la mano en la empuñadura de su espada. Evelyn, Artair, Diana, Gormal y Crisdean estaban todos de pie detrás de Latharn; podía sentir sus ojos fijos en Neacal.

—Pero he visto en lo que se ha convertido —continuó Neacal, exhalando un suspiro. Se volvió para mirar a Evelyn antes de volver a centrar su atención en Latharn—. No sabía que mi hermano había encarcelado a Eibhlin; estaba fuera y lo habría impedido. No solo encierra a los sospechosos de espionaje, sino a cualquiera que lo desafíe. Aumenta las rentas por pura codicia. Agrede a las sirvientas y anima a sus hombres a hacer lo mismo. Incita a otros clanes a la batalla. Con él como señor y jefe, el Clan MacUisdean solo sufrirá derramamiento de sangre. Por eso luché contra él por el señorío, no porque lo quisiera, sino porque vi en lo que Padraig se estaba convirtiendo. Muchos de los nobles del clan no lo respetan, le temen. Por lo que he oído de ti, Latharn, serías un mejor líder. El clan tendría paz. Tú eres el verdadero líder; me avergüenzo de

lo que hizo mi padre. No lucharé contra mi hermano en el campo de batalla, pero intentaré hacerle entrar en razón una última vez, que te ceda su derecho para salvar su vida, aunque sé que se negará.

Una mirada desgarrada cruzó su rostro, y aunque Latharn intentó mantener su corazón endurecido —este era el hijo del hombre que mató a su padre—, la empatía lo invadió. Dado su amor por sus propios hermanos, podía entender el tormento de Neacal.

—¿Qué puedes decirnos que nos ayude? —preguntó Gormal.

—Padraig sabe que venís, pero eso ya lo sabéis. Está obligando a la gente común a luchar, y los está poniendo en primera línea; cree que sus vidas no valen mucho —dijo, torciendo la boca con disgusto—. Deberíais centraros en los hombres de la retaguardia: ahí es donde están sus luchadores más fuertes. —Neacal se volvió hacia Latharn—. Espero que tengas la victoria mañana, y si la tienes, espero que consideres perdonar la vida de mi hermano.

—¿Me habría perdonado él a mí? —preguntó Latharn, arqueando una ceja escéptica.

—No —respondió Neacal con honestidad—. Pero aun así te pido que consideres darle la *oportunidad* de rendirse. Si no lo hace... —Neacal tragó saliva, sus ojos llenándose de dolor—. Entonces entiendo que harás lo que debas.

Neacal se puso de pie. Horas miró a Latharn, su mano apretando la empuñadura de su espada, pero Latharn le hizo un gesto para que se mantuviera atrás.

—¿Vas a volver? —preguntó Evelyn, dando un paso adelante.

—Debo intentar que mi hermano entre en razón —respondió Neacal.

—¿Y si te mata? —preguntó ella, y los celos punzaron el pecho de Latharn al oír la preocupación en su voz; aunque ella tenía razón. Por lo que había oído de Padraig, no le sorprendería que encarcelara a su propio hermano y lo condenara a muerte.

—No creo que lo haga. Pero si lo hace —continuó Neacal, exhalando un suspiro—. Entonces así será. Debería haber detenido a mi hermano antes.

Se dirigió hacia la puerta, pero no sin antes volverse para dar a Latharn una última mirada.

—Rezaré por tu victoria mañana, primo. Si tienes éxito, ayudaré a convencer a los demás de que eres el líder legítimo.

—Te lo agradezco —dijo Latharn, haciendo un gesto de asentimiento a su primo.

—¿Confías en él? —preguntó Artair, después de que Neacal abandonara la cabaña.

—Sí —dijo Latharn. No había visto más que sinceridad en los ojos de Neacal; ahora podía ver el honor en Neacal del que los demás habían hablado. Había pensado que era imposible que su tío asesino hubiera engendrado un hijo que no compartiera su crueldad, pero ahora veía que estaba equivocado.

Cuando los demás se dispersaron, tomó la mano de Evelyn y entraron en su habitación.

—Eso requirió gran valentía, escucharlo —dijo Evelyn cuando estuvieron a solas—. Me alegro de que lo hicieras.

—Tenías razón sobre él —dijo él—. Debería haberte escuchado antes.

Se acercó a ella, ya sin querer discutir sobre Neacal o la batalla de mañana. Si caía mañana, quería saborear esta última noche con su leona.

—Te amo, Evelyn —susurró. Los ojos de ella se llenaron de alegría y deseo mientras él extendía la mano para deshacer el moño en el que ella había recogido su cabello, dejándolo caer entre sus dedos como hilos de seda.

Presionó sus labios contra los de ella mientras la levantaba en sus brazos. Ella envolvió sus piernas alrededor de su cintura mientras él la bajaba a la cama, desnudándola lentamente y bebiendo la visión de su cuerpo desnudo.

—Amo tu ferocidad —susurró, desvistiéndose antes de capturar un rosado pezón en su boca y succionarlo—. Tu fuerza. Tu belleza. Tu valentía. Tu amabilidad. Incluso tu terquedad, mi leona.

Puntuó cada palabra con un beso en una parte diferente de su cuerpo: sus pechos, su abdomen, su garganta.

—Latharn —susurró ella, sus ojos brillando—. Te amo tanto.

Su corazón se elevó al oír las palabras; ¿se cansaría alguna vez de escucharlo? *Nunca*, pensó. *Nunca me cansaré de escucharlo*.

—Dilo otra vez —jadeó, entrando en ella de una suave embestida.

Ella echó la cabeza hacia atrás en un gemido pero obedeció, susurrando que lo amaba mientras él comenzaba a embestir, agarrando sus nalgas para mantenerla lo más cerca posible de él. Sus palabras se convirtieron en una letanía mientras se perdían el uno en el otro, hasta que alcanzaron su clímax mutuo.

Él se estremeció, enterrando su rostro en el cuello de ella, queriendo respirar la esencia misma de ella, su amor, la mujer que siempre amaría, incluso después de que desapareciera a través del tiempo.



UNA LIGERA lluvia caía sobre el valle mientras Latharn guiaba a sus hombres hacia el sur, con su espada empuñada.

Era poco después del amanecer de la mañana siguiente; había sabido por sus exploradores que los hombres de Padraig se acercaban desde el sur. Había seguido el consejo de Neacal y ordenado a sus hombres que se centraran en los hombres más fuertes de Padraig en la retaguardia de sus líneas, mientras que Horas, Crisdean y un grupo de sus hombres más leales flanquearían a Latharn mientras se abría camino hacia Padraig para luchar con él uno contra uno.

El corazón de Latharn retumbaba en su pecho mientras avanzaba. A su alrededor, solo se oía el sonido de las pisadas sobre la hierba húmeda, las respiraciones pesadas y el repiqueteo de las gotas de lluvia contra el suelo. Un grupo de arqueros los seguía por el este, listos para cubrirlos cuando comenzara la batalla.

Latharn se permitió disfrutar de un breve recuerdo de Evelyn: su suave piel contra la suya, sus palabras de amor, antes de guardar el recuerdo en el lugar más privado de su corazón.

Un repentino rugido se elevó en la distancia: era el sonido de los cascos de los caballos y los gritos de los hombres mientras cargaban hacia la batalla. Su corazón aceleró el ritmo mientras se giraba, gritando a sus hombres que cargaran.

Obedecieron mientras los hombres de Padraig se materializaban en la distancia, corriendo hacia ellos con gritos de batalla. Latharn observó las primeras líneas. Neacal había dicho la verdad; los hombres que cargaban hacia ellos parecían de clase baja con su ropa vieja y andrajosa y sus armas simples.

Los hombres de Latharn obedecieron sus órdenes y centraron su atención en avanzar hacia la retaguardia de los atacantes, donde luchaban los guerreros más fuertes de Padraig. Latharn combatía hábilmente a los hombres que se le acercaban, flanqueado por Horas y Crisdean.

Su corazón dio un vuelco al oír más gritos y se giró. Más hombres de Padraig descendían sobre ellos desde el oeste. Sus hombres no estaban preparados, y escuchó gruñidos y gritos de sorpresa mientras eran dominados.

Sus arqueros entraron en acción, y una lluvia de flechas cayó sobre los hombres de Padraig

que cargaban.

—¡Adelante! —gritó Latharn en medio del estruendo—. ¡Cargad hacia delante!

Pero era un caos, con sus hombres actuando ahora a la defensiva en lugar de al ataque, luchando por repeler a los hombres de Padraig que se acercaban. Podía ver a Artair a través del tumulto de cuerpos, instando a sus hombres a avanzar.

Se giró, buscando entre la masa de cuerpos en lucha hasta que divisó a Padraig en la retaguardia de sus hombres, flanqueado por media docena de guardias. La furia lo invadió al ver a esa serpiente, y soltó un gruñido y cargó hacia adelante, solo para ser detenido por un hombre grande y fornido cuya espada chocó con la suya. Mientras luchaban, Crisdean corrió a su lado.

—¡Ve! —gritó su hermano—. ¡Yo lo contendré!

Latharn obedeció, cargando hacia adelante, luchando contra los hombres que lo atacaban mientras avanzaba. Una vez que se acercó a Padraig, su primo lo miró a los ojos y se puso rígido.

—¡Matadlo! —ordenó Padraig a sus guardias.

¿Acaso el cobarde no quería enfrentarse a él personalmente? Latharn gruñó mientras los guardias de Padraig cargaban; Horas y los otros hombres de Latharn se lanzaron hacia adelante para ayudarlo a repelerlos. Dejó inconscientes a dos con la empuñadura de su espada y apuñaló a otro directamente antes de lanzarse hacia su primo.

Tan pronto como alcanzó a Padraig, sus espadas chocaron en el aire. A pesar de su cobardía, Padraig era tan buen luchador como Latharn, y sus espadas se encontraban golpe a golpe, hasta que Padraig se estiró con un gruñido, derribándolo hacia atrás con el pie. Latharn perdió el equilibrio, resbalando en el suelo que se había vuelto fangoso por la lluvia, su espalda golpeando el suelo con un doloroso golpe mientras Padraig se abalanzaba hacia adelante, levantando su espada para asestar el golpe mortal.

Pero una flecha surcó el aire, casi atravesando el cuello de Padraig. Padraig esquivó, evitándola, lo que dio a Latharn tiempo suficiente para ponerse de pie de un salto.

Moviéndose tan rápido como su cuerpo le permitía, alcanzó su espada, pateando las rodillas de Padraig y enviándolo al suelo. Padraig intentó alcanzar su espada, pero Latharn la atrapó, aferrando ambas espadas mientras miraba furioso a su primo, presionando su pie contra su garganta.

—Te doy esta única oportunidad, primo —gritó, por encima del estruendo de la batalla a su alrededor—. Cede tu reclamo. Ordena a tus hombres que depongan las armas. Y te dejaré vivir.

—¡Nunca! —rugió Padraig, sus ojos destellando de odio.

Latharn apretó los dientes, levantando su espada para asestar el golpe mortal, pero Padraig se movió rápido, alejándose con un giro. Empujó a Latharn al suelo con su pierna, y Latharn se encontró nuevamente de espaldas, el impacto tan fuerte que el mundo giró a su alrededor.

Padraig agarró una de las espadas caídas, montándose a horcajadas sobre Latharn mientras bajaba la hoja hacia su pecho-

Pero Latharn envolvió su mano alrededor de la hoja, ignorando el dolor en su mano mientras sangraba, usando toda su fuerza para evitar que atravesara su corazón.

—¡Ya deberías estar muerto! —rugió Padraig, su cara enrojeciendo por el esfuerzo mientras trabajaba para presionar la hoja hacia abajo—. ¡No deberías haber sobrevivido! ¡Mi padre me dejó el clan a mí!

Al mencionar a su tío, el hombre que había matado tanto a su padre como al padre de la mujer que amaba, la ira de Latharn se hinchó, dándole un impulso de fuerza. Usando su mano libre, alcanzó su daga, aún en su vaina a su costado, y la clavó hacia arriba en la garganta de Padraig.

Los ojos de Padraig se llenaron de furia, luego de sorpresa, luego de dolor, mientras su cuerpo se sacudía y la sangre brotaba de su herida. Y entonces se quedó inmóvil, su cuerpo desplomándose sobre Latharn, sus ojos abiertos y sin vida.

CAPÍTULO 27



Evelyn estaba de pie al borde del campamento, observando cómo el mar de hombres regresaba del campo de batalla. Esperaba con el aliento contenido, su corazón golpeando como un ariete contra su pecho, rogando que Latharn hubiera sobrevivido.

Diana estaba a su lado, con el rostro pálido; Evelyn sabía que estaba igual de aterrorizada por Artair. Había querido ayudar a cambiar el curso de la batalla a favor de los hombres de Latharn con su magia, pero Artair había insistido en que se quedara atrás.

Tragando con dificultad, Evelyn buscó la mano de Diana, y permanecieron en un tenso silencio, dos viajeras del tiempo al borde de un campo de batalla del siglo XIV, esperando el regreso de los hombres que amaban.

Por favor, rezó Evelyn, mirando cómo los hombres se acercaban. Por favor, que esté vivo. Por favor.

Notó que los rostros de los hombres estaban cansados pero triunfantes al regresar. Pero no podía encontrar a Latharn entre la multitud, y su pánico aumentaba... hasta que vislumbró su figura familiar.

Él y Artair caminaban lado a lado, sus ropas empapadas de lluvia y sangre. Artair cojeaba mientras Latharn se agarraba la mano herida, pero ambos estaban vivos.

Un grito ahogado brotó de los labios de Evelyn. No le importaba quién estuviera mirando; se lanzó hacia adelante, rodeando a Latharn con sus brazos y presionando sus labios contra los de él. Latharn le devolvió el beso, abrazándola con fuerza.

Más tarde, Latharn le contaría que después de matar a Padraig en el campo de batalla, muchos de sus hombres, especialmente los campesinos que solo luchaban por él por miedo, habían desertado, cambiando el curso de la batalla a su favor.

Pero por ahora, Evelyn solo quería concentrarse en el hecho de que Latharn había sobrevivido a la batalla y estaba aquí en sus brazos.

—Te amo —susurró, apretando su abrazo al hombre que amaba, sin querer dejarlo ir nunca.



TRAS LA BATALLA, Latharn se instaló en el Castillo MacUisdean. Los nobles del clan le juraron lealtad, con el apoyo de Neacal. Los principales nobles de Padraig fueron encarcelados cuando se negaron a jurar su lealtad; pero la mayoría parecía feliz de ver a Padraig desaparecido, confesando que solo habían servido a Steaphan y luego a Padraig por miedo.

Latharn había cumplido su palabra y convenció a Modan para que permitiera que su otra hija Sofie se casara con Crisdean, quien se había encariñado bastante con ella durante su estancia en

el castillo de Modan. Modan también había permitido que Ros se casara con el hombre que amaba, el hijo del mozo de cuadra de su castillo. Modan parecía complacido con este arreglo; era una perspectiva atractiva tener a una de sus hijas casada con el hermano del nuevo señor. Pero eso significaba que los nobles del clan ahora competían por casar a Latharn con sus hijas, hermanas o sobrinas.

Artair y Diana se marcharon al día siguiente, pero no antes de que Diana pidiera dar un paseo con Evelyn por el patio.

—¿Cuándo planeas regresar a Tairseach? —preguntó.

—Mañana —dijo Evelyn, sintiendo una punzada de dolor en su corazón ante la idea—. Latharn será nombrado oficialmente jefe y señor en una reunión de celebración mañana, y luego haré que Horas me escolte hacia el sur.

Diana la estudió detenidamente.

—¿Es eso lo que quieres?

—Es la única opción que tengo. Sabes cómo es esta época; las reglas son diferentes. Latharn acaba de convertirse en señor, necesita casarse con alguien aceptable.

—Estoy embarazada.

Evelyn se quedó inmóvil. Aunque estaba feliz por Diana, no entendía por qué había elegido compartir tal noticia en este momento.

—Me alegro por ti —dijo Evelyn, dedicándole una sonrisa—. Felicidades.

—Es por eso que Artair no quería que ayudara en el campo de batalla. La razón por la que te lo digo ahora es porque yo fui como tú una vez, insegura de mi lugar junto a Artair. Sabía que quería quedarme con él más que nada, pero el miedo me frenaba. Si me hubiera ido y hubiera regresado a mi tiempo... —El rostro de Diana se tensó de angustia—. No puedo imaginar mi vida sin él.

—Artair ya era señor cuando lo conociste —le recordó Evelyn—. Mi situación con Latharn es diferente.

—Ambas somos mujeres que viajaron en el tiempo y se enamoraron de sexys escoceses —respondió Diana, dedicándole una sonrisa irónica—. No creo que nuestra situación sea tan diferente. Solo... piensa en lo que te he dicho, ¿de acuerdo? Si regresar al futuro es lo que realmente quieres, asegúrate de hacerlo con el corazón abierto.

Las palabras de Diana resonaron en su mente mientras regresaba a su habitación. Sabía que no volvería a su propio tiempo con el corazón abierto; estaría dejando atrás al hombre que amaba. Pero ya había escuchado a los otros nobles sugerir novias de alta cuna a Latharn, lo que probaba su punto de que necesitaba casarse con alguien adecuado, no con una viajera del tiempo del siglo XXI.

Entró en el castillo, poniéndose tensa al notar que Gormal se acercaba a ella. Exhaló un suspiro; probablemente iba a pedirle que abandonara el castillo ahora que Latharn era señor y sus servicios ya no eran necesarios.

—Me marcho después de la reunión de mañana —dijo ella con rigidez cuando él llegó a su lado—. No hace falta que me digas que me vaya.

Gormal la miró con sorpresa y negó con la cabeza.

—No iba a pedirte que te fueras. Quería disculparme —dijo con aspereza—. Por cómo te he tratado. Conocí a tu padre y lo respetaba; lo habría enfadado si hubiera sabido cómo he tratado a su hija.

Evelyn simplemente lo miró con mudo asombro, sin creer que realmente se estuviera disculpando. Él le dirigió una mirada de remordimiento.

—No eres la única a quien he ofrecido mis disculpas. También me disculpé con Latharn por mi arrogancia. Estaba tan decidido a verlo convertirse en laird, y sabía que sería un buen líder. Cuando tú apareciste, temí que perdiera el enfoque. Pero solo pareciste ayudarlo a concentrarse.

—Te lo agradezco —dijo ella, ofreciéndole una sonrisa—. Y acepto tus palabras de disculpa.

Gormal se relajó, devolviéndole la sonrisa. Era extraño ver al hombre mayor, que había pasado las últimas semanas mirándola con el ceño fruncido, darle una sonrisa genuina.

—También vine a verte porque el laird me pidió que te convocara. Hay alguien que desea verte en el gran salón.

Evelyn lo siguió hasta el gran salón, quedándose paralizada de sorpresa al ver a Aimil de pie ante Latharn, con la cabeza inclinada. Latharn le hizo un gesto para que se acercara y ella obedeció, enfrentándose a Aimil.

—Quería pedirle perdón por la parte que jugué en su encarcelamiento —dijo Aimil, con el rostro lleno de vergüenza, sin mirarla aún—. Padraig había encarcelado al hombre que amo, mi prometido, por no poder pagar el alquiler. Me dijo que le mostraría clemencia si espiaba a los otros sirvientes cuando se corrió el rumor de que Latharn MacUisdean había regresado. Él... me pidió que siguiera a cualquier sirviente que fuera nuevo y se ausentara mucho tiempo del castillo. Recordé que usted había preguntado si el Laird MacUisdean estaba vivo, así que la seguí durante una de sus visitas para verlo; así supe que era una espía. Yo... no quería decírselo a Padraig, pero si no le hubiera dicho algo, habría matado a mi prometido. —Aimil cerró los ojos, derramando lágrimas—. Si quiere encarcelarme, exiliarme... lo entiendo.

La boca de Latharn se tensó, pero miró a Evelyn.

—Te dejaré decidir —murmuró.

Evelyn estudió a Aimil, su corazón llenándose de compasión. Sabía lo que significaba hacer cualquier cosa por el hombre que amabas.

—Lo entiendo, Aimil. Estás perdonada —dijo con suavidad.

Evelyn miró a Latharn, quien le dio un asentimiento a regañadientes.

—Volverás a tu puesto, pero si alguna vez intentas traicionarme... —le dijo Latharn a Aimil, dejando que su voz se apagara con una advertencia.

—No lo haré —dijo Aimil. Miró a Evelyn, temblando mientras se secaba los ojos—. Se lo agradezco, Laird MacUisdean. Gracias, Eibhlin.

Cuando Aimil se fue, Latharn se volvió hacia ella y comenzó a hablar, pero fue interrumpido por otro noble.

—Laird MacUisdean, esperaba que pudiéramos continuar nuestra discusión sobre su matrimonio con mi sobrina, Ceit. Es una buena muchacha que...

Evelyn se dio la vuelta y salió apresuradamente del salón, sin querer oír nada más sobre su posible novia, con la angustia arremolinándose en lo profundo de su estómago.

Te irás antes de que se case con otra, se aseguró a sí misma. Había hecho lo que vino a hacer, y Latharn estaba en el lugar que le correspondía. Podría curar su corazón roto cuando regresara a su propio tiempo.



EVELYN NO VIO a Latharn durante el resto del día. Un nuevo laird era un hombre ocupado, con un flujo constante de visitantes y nobles que juraban lealtad o le pedían favores. Ella permaneció en su cámara de invitados, diciéndose a sí misma que necesitaba descansar antes de emprender el viaje a Tairseach —y de vuelta a través del tiempo. Pero sabía que solo se estaba engañando.

Quería evitar oír hablar de la nueva novia de Latharn.

Permaneció en su cámara incluso durante el festín de esa noche; Aoife le llevó la comida a su habitación, donde comió sola, tratando de no pensar en quién había elegido Latharn como novia, y tratando de no preguntarse por qué no la había mandado llamar —o visitado su cámara— antes de caer en un sueño inquieto.

Cuando se despertó a la mañana siguiente, decidió que no podía quedarse para la reunión de celebración de esa noche. La reunión sería un lugar perfecto para que Latharn anunciara a quién había elegido para casarse, y su corazón no podía soportar siquiera oír el nombre de su futura novia.

Salió de su cámara después de lavarse y cambiarse a un vestido lo suficientemente cómodo para viajar, con el corazón pesado. Tenía que encontrar a Horas para que la escoltara al sur, a Tairseach. No podía enfrentarse a Latharn para despedirse; le rompería el corazón enfrentarlo.

Evelyn salió al pasillo, quedándose paralizada al ver a Crisdean acercándose a su cámara.

—¿Adónde vas, muchacha?

—Me voy —dijo ella, forzando una sonrisa—. Yo... debería volver a casa. Me he quedado más tiempo del que pretendía.

—Mi hermano quiere verte en el gran salón —dijo Crisdean con el ceño fruncido.

—Dale mis disculpas, pero debería...

—Por favor, Evelyn —dijo él, y ella se sobresaltó, mirándolo con sorpresa por el uso de su verdadero nombre—. Mi hermano puede que me haya contado algunas cosas sobre ti —añadió, con una mirada de complicidad—. Pero después de esto, tienes mi palabra de que te escoltaré a Tairseach si no quieres quedarte.

Ella tragó saliva con dificultad. ¿Le había dicho Latharn a Crisdean que era una viajera en el tiempo? ¿Y qué quería Latharn de ella en el gran salón?

Después de un breve momento de vacilación, asintió, siguiendo a Crisdean hasta el gran salón.

Cuando entró, un dolor se extendió por su interior al ver a Latharn de pie en la mesa principal, rodeado de los nobles con toda su elegancia: una túnica oscura y un kilt de tartán con cinturón, ya no el humilde sirviente sino el laird y jefe que siempre estaba destinado a ser.

Sus ojos se encontraron con los de ella cuando se sentó en una de las largas mesas en la parte trasera del salón, junto a Crisdean.

—Como todos sabéis, debo casarme con alguien que tenga fuertes lazos con uno de nuestros clanes aliados —o con uno de vuestros parientes, ahora que soy laird y jefe —dijo Latharn.

El corazón de Evelyn dio un vuelco de dolor, y las lágrimas le escocieron los ojos. ¿Era por esto que quería que viniera al gran salón? ¿Iba a hacer que escuchara el anuncio de su novia?

—Estoy aquí para anunciar a quién he elegido para casarme.

Los ojos de Evelyn se llenaron de lágrimas. Bajó la cabeza, sintiendo náuseas. Se puso de pie, necesitando alejarse. Crisdean extendió la mano para detenerla.

—Evelyn...

—No puedo escuchar esto —susurró, con el corazón demasiado destrozado para mantener su acento. Pasó junto a él, con lágrimas cayendo de sus ojos—. Tengo que irme.

—El padre de mi prometida una vez sirvió a este clan bajo el mando de mi padre, y murió por su lealtad. Su hija es feroz, orgullosa y fuerte. Tan feroz que la he llamado por el nombre de esas criaturas que habitan en tierras lejanas. Leona.

Evelyn estaba a mitad de camino hacia la puerta, pero se congeló al escuchar las palabras de Latharn.

—Es la muchacha más fuerte que he conocido. Muchos de vosotros habéis visto por vosotros mismos cuán feroz es como arquera. Ha arriesgado su vida por mí, por este clan, espiando para mí en este castillo, trabajando como sirvienta, soportando torturas cuando fue capturada. Pero siguió luchando por mí. Su padre era un hombre al que todos respetabais, un noble del clan, y aun así ella trabajó como sirvienta sin orgullo. Quiero ser un gran líder para vosotros, pero solo puedo ser ese líder si tengo a Eibhlin Aingealag O'Brolchan a mi lado, o Evelyn Angelica O'Brolchan, como la llamaba su madre inglesa, el nombre que ella prefiere. Evelyn, la mujer que amo. Y por esas razones, la elijo como mi esposa. Mi señora. Si ella me acepta.

Evelyn se giró lentamente, con la boca seca. Todos los ojos en el salón estaban fijos en ella.

Latharn salió de detrás de la mesa, acercándose a ella, sus ojos llenos de emoción pura.

—Si ella me acepta —continuó Latharn, mientras se acercaba a ella—, esta valiente muchacha llevará el apellido MacUisdean. Mi apellido. La elijo a ella; no hay nadie más digna que ella. Soy yo quien no es digno de ella. Pero espero que acepte mi propuesta. —Se arrodilló ante Evelyn, tomando ambas manos entre las suyas. Habló en voz baja ahora, solo para sus oídos—. ¿Te quedarás conmigo en este tiempo y serás mi esposa, Evelyn? Todo lo que soy, todo lo que tengo... es tuyo. Incluyendo mi corazón.

Evelyn encontró su mirada, su corazón latiendo con fuerza en su pecho, una alegría que nunca antes había conocido la invadió. En sus ojos, vio amor. En sus ojos, vio su futuro.

—Sí —susurró—. Te amo tanto, Latharn MacUisdean.

Latharn sonrió radiante, poniéndose de pie para levantarla en sus brazos mientras los nobles gritaban palabras de aprobación y felicitaciones, puntuadas por gritos de "¡Lady MacUisdean!".

Pero Evelyn solo era consciente de Latharn; el hombre que amaba. Su presente, su futuro. Su siempre.

—Te amo —susurró él, con sus ojos fijos en los de ella—. Mi Evelyn. Lady MacUisdean. Tú eres mi destino.

EPÍLOGO



Un mes después

Kensa observaba desde el fondo del gran salón cómo Evelyn y Latharn se casaban, con sus ojos fijos el uno en el otro con amor mientras pronunciaban sus votos. Sonrió cuando el sacerdote anunció que ahora eran marido y mujer; Latharn atrajo a su nueva esposa a sus brazos para darle un beso apasionado mientras los invitados vitoreaban.

Su mirada se desvió de Evelyn y Latharn hacia otras dos parejas que el tiempo, el destino y la magia habían unido; su sobrina Diana y el esposo de Diana, Artair, junto con Niall y Caitria, quienes estaban sentados en la misma mesa, radiantes mientras veían a Evelyn y Latharn sellar sus votos con un beso.

Artair se volvió hacia Diana, bajando su mano hasta el vientre de su esposa, que apenas comenzaba a hincharse con las primeras etapas de su embarazo. Niall y Caitria cruzaron sus miradas, y Caitria extendió la mano para entrelazarla con la de Niall, quien la llevó a sus labios, depositando un tierno beso en su palma.

Kensa había pasado la última quincena visitando a las parejas que habían sido unidas a través del tiempo. Eadan y Fiona, que ahora estaban instalados en el Castillo Macleay, felices padres de una recién nacida. Kara y el primo de Eadan, Ronan, quienes a menudo compartían cenas con Eadan y Fiona, y daban largos paseos por el sendero fuera de la mansión de Ronan. Ciaran e Isabelle, la amiga cercana de Fiona a quien esta visitaba tan a menudo como podía, y que ahora estaba en la etapa final del embarazo de su primer hijo. Había visto a Ciaran e Isabelle caminar de la mano por el patio del Castillo Aitharne, con la mano de Ciaran a menudo deslizándose protectoramente sobre el vientre de su embarazada esposa, una sonrisa de amor extendiéndose por sus apuestas facciones.

Ver el amor que había unido a estas parejas a través de los siglos le traía una gran alegría a Kensa. Sintió los ojos de su sobrina sobre ella desde el otro lado del salón, y esta le hizo un gesto para que se uniera a ellos. Había sido Diana quien había hecho que Evelyn le extendiera una invitación a su boda con Latharn, aunque Kensa aún no la había conocido formalmente.

La mirada de Kensa volvió a Latharn y Evelyn, quienes ahora saludaban a sus invitados tomados de la mano mientras recibían felicitaciones. Desde su lugar en el fondo del salón, podía oír que el acento moderno de Evelyn comenzaba a notarse, aunque muy ligeramente. Diana le había dicho a Kensa que Evelyn planeaba volver gradualmente a su acento nativo con el tiempo, usando la excusa de la influencia persistente de su madre inglesa. Pero dado cómo los nobles del clan habían acogido a Evelyn después de que ella ayudara a luchar por los títulos de Latharn, así como el amor y la devoción absolutos del nuevo laird hacia su novia, sospechaba que a nadie le

importaría.

Evelyn había encontrado su propio camino hacia esta época, pero Kensa había vigilado cuidadosamente durante este viaje al pasado, y el que había realizado anteriormente, para asegurarse de que nada saliera mal, preparada para intervenir si fuera necesario. Pero una vez que Evelyn se cruzó con Latharn, supo que era solo cuestión de tiempo antes de que el amor los uniera a los dos.

Kensa se volvió hacia su sobrina, simplemente negando sutilmente con la cabeza. Era hora de que dejara esta época y regresara al presente. Volvería de vez en cuando para visitar a Diana, pero por ahora había cumplido su propósito en este tiempo.

Kensa echó un último vistazo a sus parejas antes de volverse para salir del salón sin ser notada, con una sonrisa en el rostro, satisfecha de que los hilos del tiempo, la magia y el destino hubieran llevado a sus viajeros del tiempo a cuándo y con quién pertenecían.

FIN

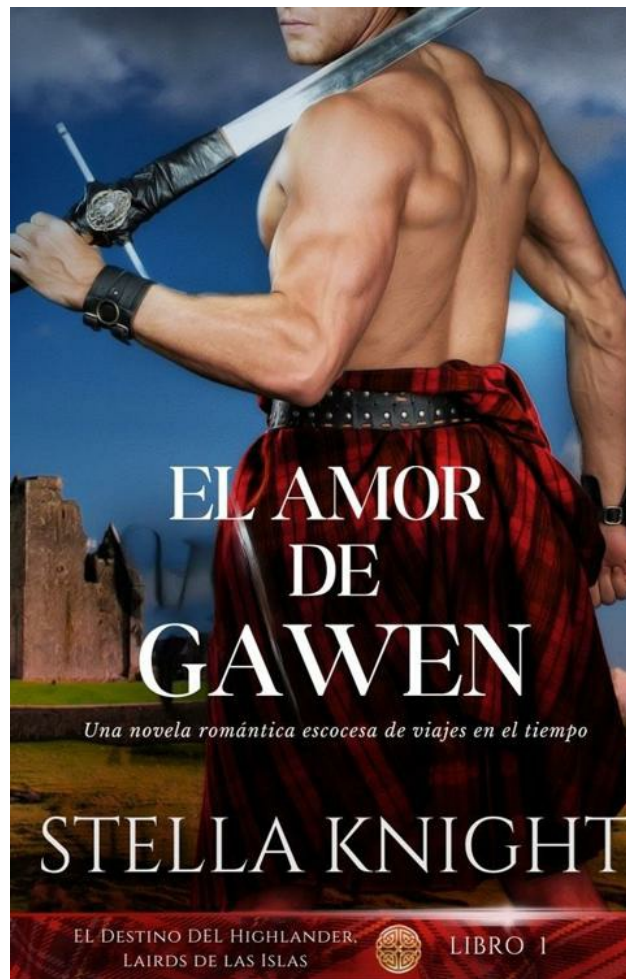


ESPERO que hayas disfrutado de la serie *El Destino del Highlander*.

Otro viaje comienza con la serie *Lairds de las Islas* en El amor de Gawen (*El Destino del Highlander, Lairds de las Islas*

Libro 1). ¡Consigue tu copia ahora!

EL AMOR DE GAWEN



Una nueva aventura comienza con la serie *Lairds de las Islas* en *El amor de Gawen* (*El Destino del Highlander, Lairds de las Islas Libro 1*). ¡Consigue tu copia ahora!

POSTFACIO

El origen de la idea para esta serie comenzó con una simple imagen: una mujer de pie en un museo en la Escocia actual, impresionada por la familiaridad de una pintura creada en el siglo XIV. Me pregunté: ¿y si la pintura le causara déjà vu porque *ella* fue quien la pintó? ¿Y si fuera una viajera en el tiempo cuya alma gemela vivió hace cientos de años? A partir de ahí, la historia fluyó de mí, junto con la de Kara y Ronan, luego la de Ciaran e Isabelle, hasta llegar a la historia de Evelyn y Latharn. Encuentro la Escocia medieval absolutamente fascinante, con una historia tan rica y vívida; era el período perfecto para enviar a mis viajeros del tiempo.

Intenté ser históricamente precisa cuando fue posible, pero dado que esta es una serie de fantasía histórica que presenta viajes en el tiempo, magia y brujas... me tomé algunas licencias. La más grande es el idioma; el gaélico era la lengua que se hablaba en las Tierras Altas de Escocia en esa época, pero dado que mis viajeros modernos no hablaban gaélico, usé el distintivo acento escocés como sustituto. Tampoco había, lamentablemente, kilts, al menos no los que conocemos hoy en día. Existía el precursor del kilt moderno, una prenda exterior llamada "belted plaid" o "great kilt", razón por la cual usé el término "belted plaid" siempre que pude.

Leí muchos libros y fuentes para sumergirme en la época, algunas de las fuentes más útiles incluyen *Life in the Middle Ages* de Richard Winston y *The Time Traveler's Guide to Medieval England* de Ian Mortimer, entre muchas, muchas otras.

Los clanes en la serie son todos ficticios, aunque me inspiré un poco en la famosa y larga enemistad entre los clanes MacDougal y Campbell. Tairseach es ficticio, pero creo que sería divertido si existiera un lugar así...

Tuve ayuda para dar vida a esta serie, y me gustaría tomarme un momento para agradecer a quienes lo hicieron posible. Quiero agradecer a mi increíblemente talentosa diseñadora de portadas, Kim Killion, por sus hermosas portadas con los apuestos Highlanders de la serie Highlander Fate. Me gustaría agradecer a mi maravillosa editora y correctoras, incluyendo a Paula, mi editora/correctora principal, quien es paciente, minuciosa y eficiente. También me gustaría agradecer a la narradora de los audiolibros, Liisa Ivary, por dar vida a mis personajes de manera tan vívida.

En una nota personal, me gustaría agradecer al Sr. Knight por ser un gran apoyo, animador y mi propio héroe digno de suspiros, lo que hace que crear apuestos héroes de las Highlands sea pan comido.

Pero, sobre todo, me gustaría agradecer a todos y cada uno de los lectores que se tropezaron con mis libros y se arriesgaron con una autora nueva para ellos, sumergiéndose de cabeza en mi mundo. Gracias por todos sus amables mensajes diciéndome cuánto aman la serie, el mundo y, lo más importante, los personajes. No puedo expresar cuánto significa para mí cada mensaje y cuán

agradecida estoy con cada uno de ustedes por leer mis libros. Sin ustedes, estaría sin trabajo y no habría serie Highlander Fate. Así que gracias, desde el fondo del corazón de esta agradecida autora.

Con amor y gratitud,
Stella Knight

TAMBIÉN DE STELLA KNIGHT

Serie El Destino del Highlander

El voto de Eadan
La cautiva de Ronan
El vínculo de Ciaran
La novia de Niall
La tentadora de Artair
El destino de Latharn

Serie El Destino del Highlander, Lairds de las Islas

El amor de Gawen
La promesa de Bhaltair
El honor de Domhnall

Novelas Cortas de El Destino del Highlander

Su destino highlander (novela corta precuela)
La hechicera de Toran

SOBRE LA AUTORA

Stella Knight escribe novelas románticas de viajes en el tiempo y romances históricos. Disfruta transportando a los lectores a diferentes épocas y lugares con héroes y heroínas vívidos y llenos de matices.

¡Mantente en contacto!
stellaknightbooks.com
stella@stellaknightbooks.com